Suave Es la Noche
Libro Segundo

Por

Francis Scott Fitzgerald

I

En la primavera de 1917, cuando el doctor Richard Diver llegó a Zurich por primera vez, tenía veintiséis años, que es una edad excelente para un hombre; la mejor de todas, en realidad, si es soltero. Incluso en tiempos de guerra era una buena edad para Dick, que era ya demasiado valioso, se había invertido en él demasiado como para correr el riesgo de enviarlo al frente. Pensando en esto años después, le parecía que para lo bien protegido que estaba no había salido tan bien parado, pero tampoco estaba totalmente seguro de ello. En 1917, ni se lo planteaba, y decía en tono de disculpa que la guerra no le afectaba en absoluto. Las instrucciones de las autoridades militares de las que dependía eran que debía completar sus estudios en Zurich y obtener un título tal como había planeado.

Suiza era una isla, bañada a un lado por las oleadas de truenos de los alrededores de Gorizia y al otro por las cataratas del Somme y el Aisne. Por una vez parecía haber más extranjeros intrigantes que enfermos en los cantones, pero esto había que adivinarlo, pues los hombres que cuchicheaban en los cafetines de Berna y de Ginebra lo mismo podían ser vendedores de diamantes o viajantes de comercio. No obstante, todo el mundo había visto pasar los trenes interminables de soldados ciegos o tullidos y los camiones de moribundos que se cruzaban entre los lagos luminosos de Constanza y Neuchátel. En las cervecerías y en los escaparates de las tiendas había carteles llenos de colorido en los que se representaba a los suizos defendiendo sus fronteras en 1914. Con expresión entre iluminada y feroz, hombres jóvenes y viejos contemplaban desde lo alto de las montañas a unos franceses y alemanes fantasmagóricos; se trataba de convencer a los suizos de que su corazón había compartido la gloria contagiosa de aquellos días. Como la masacre no cesaba, los carteles fueron desapareciendo, y cuando los Estados Unidos se metieron chapuceramente en la guerra, no hubo país más sorprendido que su república hermana.

Para entonces el doctor Diver había estado ya muy cerca de la guerra: en 1914 había ido a Oxford desde Connecticut con una beca Rhodes. Luego regresó a su país para cursar el último año en la Universidad Johns Hopkins, donde se graduó. En 1916 se las arregló para ir a Viena, pues tenía la impresión de que el gran Freud acabaría tarde o temprano perdiendo la vida en algún bombardeo aéreo y, por tanto, debía darse prisa en ir. Ya entonces Viena era una ciudad moribunda, pero Dick pudo conseguir suficiente carbón y petróleo para encerrarse en su cuarto de la Damenstiff Strasse y escribir unos ensayos que luego destruyó pero que, después de volverlos a escribir, constituyeron la base del libro que publicó en Zurich en 1920.

Casi todos tenemos un periodo en nuestras vidas que preferimos a los demás, un periodo heroico, y el de Dick Diver era ése. Para empezar, no tenía ni idea de que era encantador, no pensaba que el afecto que daba e inspiraba tuviera nada de particular entre gente normal. En su último año en New Haven alguien le había llamado «Dick el afortunado» y ese apelativo se le quedó grabado en la memoria.

—Con razón te llaman Dick el afortunado —murmuraba para sí mientras daba vueltas por la habitación al calor del último fuego que le quedaba—. Has dado en el clavo. No se le había ocurrido a nadie hasta que tú apareciste.

A comienzos de 1917, cuando ya empezaba a ser difícil conseguir carbón, Dick utilizó como combustible casi la totalidad de los cien libros de texto que había acumulado, pero cada vez que arrojaba al fuego uno de los libros se reía para sus adentros con la seguridad que le daba saber que su propia mente era un compendio del contenido del libro y que, si valía la pena resumirlo, lo podría resumir de allí a cinco años. Esa operación tenía lugar hasta a las horas más extrañas, si era necesario, y Dick la llevaba a cabo con una alfombra sobre los hombros, con esa hermosa serenidad del estudioso que está más cerca de la paz celestial que de ninguna otra cosa, pero que, como pronto se verá, estaba llegando a su fin.

Que por el momento continuara se lo tenía que agradecer a su cuerpo, que había hecho gimnasia con anillas en New Haven y ahora nadaba en el Danubio en pleno invierno. Dick compartía un piso con Elkins, segundo secretario en la Embajada, y de vez en cuando iban a visitarlos dos muchachas bastante agradables; eso era todo, sin excesos de ningún tipo, ni siquiera en lo que se refería a la Embajada. Su relación con Elkins le planteó por primera vez ciertas dudas en cuanto a la calidad de sus propios procesos mentales; no le parecía que fueran tan diferentes de los de Elkins, un tipo que se sabía de memoria los nombres de todos los defensas que había habido en New Haven en los últimos treinta años.

—Y Dick el afortunado no puede ser uno de esos tipos listos. Debe estar menos intacto, incluso un poquito destruido. Pero debe hacerlo la propia vida, no una enfermedad ni un fracaso sentimental ni un complejo de inferioridad. Aunque, ¡quién sabe!: no estaría nada mal reconstruir alguna parte dañada hasta que resultara mejor que la estructura original.

Terminaba burlándose de sus razonamientos, tachándolos de especiosos y «americanos»; consideraba que cualquier frase construida irreflexivamente era americana.

Sin embargo, sabía que el precio a pagar por estar intacto era estar incompleto.

—Lo mejor que puedo desear para ti, hijo mío —como decía el hada Palonegro en El anillo y la rosa, de Thackeray—, es una pequeña desgracia.

Cuando se sentía con ánimos, se aferraba a sus propios razonamientos: ¿Tengo yo la culpa de que Pete Livingstone se encerrara en los vestuarios el día de las elecciones a las hermandades cuando todo el mundo andaba como enloquecido buscándolo? Y fui elegido yo, cuando, de otro modo, no hubiera conseguido entrar en Elihu con la poca gente que conocía. Él era el que debía haber sido elegido y yo el que debía haberme encerrado en los vestuarios. Tal vez lo habría hecho si hubiera pensado que tenía alguna probabilidad de salir elegido. Pero Mercer no hacía más que venir a mi habitación durante todas aquellas semanas. Bueno, sí, supongo que sabía que tenía probabilidades. Pero más me hubiera valido haberme tragado la insignia en la ducha y crearme un conflicto.

En la universidad, después de las clases, solía discutir esa cuestión con un joven intelectual rumano que conseguía tranquilizarle:

—No hay ninguna prueba de que Goethe tuviera nunca un «conflicto» en el sentido moderno, ni tampoco un hombre como Jung, por ejemplo. Tú no eres un filósofo romántico: eres un científico. Memoria, fuerza, carácter y, sobre todo, sentido común. Tu problema va a ser ése: que te juzgas a ti mismo. Conocía a un tipo que se pasó dos años estudiando el cerebro de un armadillo, con la idea de que, antes o después, acabaría sabiendo más que nadie del cerebro de los armadillos. Yo le discutía que estuviera realmente ampliando el campo del saber humano: aquello era demasiado arbitrario. Y efectivamente, cuando envió su trabajo a la revista médica, se lo rechazaron. Acababan de aceptar la tesis que había escrito otro sobre el mismo tema.

Dick llegó a Zurich con menos talones de Aquiles tal vez de los que se hubieran necesitado para equipar a un ciempiés, pero con bastantes ilusiones de fuerza y salud eternas, fe en la bondad intrínseca del género humano y todas las ilusiones de una nación, las mentiras de muchas generaciones de mujeres de pioneros que tenían que arrullar a sus hijos haciéndoles creer que no había lobos fuera de la cabaña. Una vez que obtuvo su título, recibió órdenes de incorporarse a un servicio de neurología que se estaba montando en Bar-sur-Aube.

Pero, para su pesar, el trabajo que le esperaba en Francia era de tipo administrativo más que práctico. En compensación, encontró tiempo para terminar el ensayo que estaba escribiendo y reunir el material para su nuevo proyecto. Regresó a Zurich, ya desmovilizado, en la primavera de 1919.

Todo lo anterior tiene el tono de una biografía, sin la satisfacción de saber de antemano, como en el caso de Grant, recostado en su almacén de Galena, que el protagonista está a punto de ser llamado a un intrincado destino.

Además, desconcierta encontrarse con una fotografía de juventud de alguien a quien se ha conocido en plena madurez y ver a un desconocido lleno de fuerza y ardor juvenil y con mirada de águila. Pero no hay de qué preocuparse: en el caso de Dick Diver, todo comienza ahora.

II

Era un día húmedo de abril, con largas nubes que se cernían en diagonal sobre el Albishorn y agua estancada en las zonas bajas. Zurich no se diferencia mucho de una ciudad norteamericana. Dick había echado a faltar algo desde que llegó, dos días antes, y comprendió que era la sensación que tenía en los caminos franceses de limitación, de que no había nada más. En Zurich, por el contrario, había una gran cantidad de cosas aparte de Zurich. Desde los tejados se alcanzaba a ver prados con vacas que tintineaban, que a su vez suavizaban la vista de las montañas que había más arriba, de forma que la vida era un ascenso perpendicular a un cielo de tarjeta postal. El país alpino, tierra del juguete y el funicular, del tiovivo y el campanilleo sutil, no parecía estar realmente allí, al contrario que en Francia, donde las viñas crecen a los pies de uno.

En Salzburgo, en cierta ocasión, Dick había sentido la presencia acumulada de un siglo de música comprado y prestado. Y en otra ocasión, en los laboratorios de la Universidad de Zurich, mientras hurgaba delicadamente en la corteza cervical de un cerebro, se había sentido más como un fabricante de juguetes que como aquel torbellino que había pasado dos años antes por los viejos edificios de ladrillo rojo de la Universidad John Hopkins sin que le estorbara la ironía del Cristo gigantesco que había en la entrada principal.

Y pese a todo, había decidido quedarse otros dos años en Zurich, pues no subestimaba la importancia de hacer juguetes con una precisión y paciencia infinitas.

Aquel día fue a la clínica Dohmler, a orillas del lago de Zurich, a ver a Franz Gregorovius. Franz, uno de los psiquiatras residentes, que era vaudois de nacimiento y tenía unos años más que Dick, le estaba esperando en la parada del tranvía. Tenía el aspecto sombrío y soberbio de un Cagliostro, que contrastaba con su mirada angelical. Era el tercero de los Gregorovius; Krapaelin había sido discípulo de su abuelo cuando la psiquiatría estaba empezando a salir de la oscuridad de los tiempos. Era orgulloso, vehemente y manso como un cordero y se las daba de hipnotizador. Si bien el genio original de la familia ya estaba un poco gastado, no cabía duda de que Franz llegaría a ser un excelente clínico.

Camino de la clínica, le dijo:

— ¿Por qué no me hablas de tu experiencia en la guerra? ¿Te ha cambiado como a los demás? Tienes la misma cara bobalicona y sin edad de todos los americanos, pero me consta que tú no tienes nada de tonto, Dick.

—No vi la guerra ni de lejos. Debiste haberlo deducido por mis cartas, Franz.

—Eso no importa. Tenemos pacientes con neurosis de guerra que simplemente oyeron de lejos un bombardeo. Incluso unos cuantos que lo único que hicieron fue leer los periódicos.

—Todo eso me suena más bien sin sentido.

—Quizá no lo tenga, Dick, pero nuestra clínica es para ricos, así que nunca decimos que algo no tiene sentido.

Dime la verdad: ¿has venido hasta aquí para verme a mí o para ver a esa chica?

Se miraron de soslayo. Franz sonreía enigmáticamente.

—Naturalmente, leí las primeras cartas —dijo ahuecando la voz, para darle un tono más oficial—. Cuando los cambios empezaron, no las seguí abriendo por delicadeza. A decir verdad, ese caso había pasado a ser tuyo.

— ¿Entonces está bien? —preguntó Dick.

—Perfectamente. Yo me ocupo de ella. En realidad, me ocupo de la mayoría de los pacientes ingleses y americanos. Me llaman doctor Gregory.

—Deja que te explique lo de esa chica —dijo Dick—. No la vi más que una vez, ésa es la verdad. Esa vez que fui a despedirme de ti antes de marcharme a Francia. Era la primera vez que me ponía el uniforme y me sentía con él como si llevara un disfraz. Iba por ahí saludando a soldados rasos y esas cosas.

— ¿Por qué no lo llevas hoy?

— ¡Pero si hace ya tres semanas que me licenciaron! Mira: así fue como me encontré a esa chica. Después de dejarte a ti, me fui andando al edificio ese que tenéis junto al lago para recoger mi bicicleta.

— ¿A «Los Cedros»?

—Hacía una noche magnífica. Se veía la luna sobre aquella montaña…

—El Krenzegg.

—… y delante de mí iban una enfermera y una chica joven. No se me ocurrió que la chica pudiera ser una paciente. Me adelanté y le pregunté a la

enfermera si sabía el horario de los tranvías y seguimos andando juntos. La chica era, creo, la cosa más bonita que había visto en mi vida.

—Lo sigue siendo.

—Era el primer uniforme americano que ella veía y nos pusimos a hablar y no le di más vueltas al asunto. Sólo que…

Se interrumpió para mirar un paisaje que le resultaba familiar y luego continuó:

—Sólo que, Franz, todavía no estoy tan endurecido como tú, y si veo una belleza como ésa no puedo por menos de lamentarme de lo que oculta en su interior. Y eso fue absolutamente todo. Hasta que empezaron a llegar las cartas.

—Fue lo mejor que podía haberle ocurrido —dijo Franz con mucho énfasis —, una transferencia de lo más impensable. Por eso vine a esperarte, a pesar de que hoy tengo muchísimo trabajo. Quiero que vengas a mi despacho y hablemos un buen rato antes de que la veas. De hecho, la he mandado a Zurich de compras.

Su voz vibraba de entusiasmo.

—Incluso la he mandado sin una enfermera, con una paciente menos estable que ella. Me siento muy orgulloso de este caso, que he tratado con tu ayuda accidental.

El coche, que había ido bordeando el lago de Zurich, circulaba por una fértil región de pastos y suaves colinas coronadas de chalés. El sol flotaba en un océano de cielo azul y de pronto se encontraron en el valle suizo ideal: sonidos y murmullos placenteros y la fragancia de la salud y la alegría.

El establecimiento del profesor Dohmler consistía en tres edificios viejos y dos nuevos situados entre una pequeña elevación y las orillas del lago. Se había inaugurado diez años antes y era el primer centro moderno que se había creado para enfermedades mentales. A simple vista, ningún profano hubiera podido pensar que se trataba de un refugio para los desquiciados, los deficientes, los peligrosos de este mundo, si bien dos de los edificios estaban rodeados de muros emparrados de una altura que engañaba. Unos hombres rastrillaban heno al sol; una vez en el recinto, aparecía de vez en cuando la bandera blanca de una enfermera ondeando junto a un paciente por algún camino.

Tras llevar a Dick a su despacho, Franz se excusó porque tenía algo que hacer durante media hora. Al quedarse solo, Dick se puso a dar vueltas por la habitación tratando de reconstruir la personalidad de Franz a partir del desorden que había en su mesa de trabajo, de sus libros y los libros que habían

pertenecido a su padre y su abuelo o habían escrito éstos y de un enorme retrato del primero, color vino clarete, que colgaba de la pared como exponente de la devoción filial de los suizos. Como había humo en la habitación, Dick abrió una puerta-ventana y entró algo de sol. De pronto se puso a pensar en la paciente, aquella muchacha.

Había recibido unas cincuenta cartas de ella, escritas a lo largo de un periodo de ocho meses. En la primera le pedía disculpas por haberse atrevido a escribirle y le explicaba que había oído en América que había chicas que escribían a soldados que no conocían. Le había pedido al doctor Gregory que le diera su nombre y señas y esperaba que no le molestara que le escribiera de vez en cuando para desearle suerte, etcétera, etcétera.

En cierto modo, se reconocía fácilmente el estilo de las cartas: era el mismo de Papaíto Piernas Largas o de Molly la fantástica, series en forma epistolar, entretenidas y sensibleras, que estaban en boga en los Estados Unidos. Pero todo el parecido terminaba ahí.

Las cartas se dividían en dos categorías. La primera de ellas, que abarcaba hasta más o menos la época del armisticio, tenía un cariz marcadamente patológico, y la segunda, que comprendía todas las cartas escritas desde entonces, tenía un tono completamente normal y denotaba una personalidad muy rica que estaba madurando. Dick había llegado a esperar estas últimas cartas con impaciencia durante los últimos meses de su aburrida estancia en Bar-sur-Aube, pero incluso con la lectura de las primeras cartas había descubierto muchas más cosas de las que Franz se podía imaginar.

MON CAPITAIN:

Cuando le vi con su uniforme me pareció guapísimo. Luego pensé «Je m’en fiche» en francés y también en alemán. Usted también pensó que yo era bonita pero ya me ha pasado más veces y llevo mucho tiempo soportándolo. Si vuelve usted por aquí con esa actitud vil y criminal que según me enseñaron no es en absoluto como se porta un caballero, que Dios le ampare. Sin embargo, parece usted más tranquilo que los otros, todo suave como un enorme gato. Por alguna razón, todos los chicos que me suelen gustar son más bien afeminados. ¿Es usted un afeminado? Había algunos no sé dónde.

Perdóneme todo lo que digo. Ésta es la tercera carta que le escribo y si no la mando inmediatamente no la mandaré nunca. Yo también he pensado mucho en la luz de la luna y podría encontrar muchos testigos si pudiera salir de aquí.

Me dijeron que era usted médico, pero con tal de que sea un gato me da igual. Me duele mucho la cabeza, así que perdone ese paseo como supongo que diría un ordinario con un gato blanco. Hablo tres idiomas, cuatro con el

inglés, y estoy segura de que podría ser útil como intérprete si usted lo arreglara en Francia estoy segura de que podría controlarlo todo con los cinturones todo el mundo abrochados como si fuera miércoles. Hoy es sábado y usted está lejos, tal vez muerto.

Vuelva a verme algún día, porque siempre estaré en esta verde colina. A menos que me dejen escribir a mi padre, al que quería muchísimo.

Perdone todo esto. Hoy me siento muy rara. Volveré a escribirle cuando me encuentre mejor.

Adiós

Nicole Warren

Perdone todo esto.

CAPITÁN DIVER:

Ya sé que la introspección no es buena cuando se tienen los nervios tan alterados como yo los tengo, pero me gustaría explicarle lo que me pasa. El año pasado o cuando fuera en Chicago cuando estaba tan mal que ni podía hablarles a los criados o salir a la calle estaba esperando que alguien me explicara lo que me pasaba. Tenía que haberlo hecho alguien que lo comprendiera. A los ciegos hay que ayudarles a caminar. Pero nadie me lo explicaba del todo, no me lo decían más que a medias y yo ya estaba demasiado confusa para poder atar cabos. Hubo un hombre que fue muy bueno conmigo: era un oficial francés y me entendió. Me dio una flor y dijo que era «plus pétite et moins entendue». Nos hicimos amigos. Luego se la llevó. Me puse peor y no había nadie que me explicara nada. Solían cantarme una canción sobre Juana de Arco pero era una crueldad: sólo conseguían hacerme llorar porque entonces tenía la cabeza perfectamente bien. Me hablaban de deportes, pero en esa época no me interesaban nada. Hasta que un día me fui a caminar sola por Michigan Boulevard, caminé millas y millas y finalmente me siguieron en un automóvil, pero yo me negaba a entrar en él. Hasta que me metieron a la fuerza y dentro había unas enfermeras. A partir de entonces, empecé a entenderlo todo, porque podía ver lo que les pasaba a otros. Así que ésa es la situación en que me encuentro.

¿Y qué bien me puede hacer seguir aquí, con todos los médicos insistiendo todo el tiempo en recordarme todas las cosas que se supone que había venido aquí a superar? Por eso hoy le he escrito a mi padre pidiéndole que venga a sacarme de aquí. Me alegra que le interese tanto examinar a la gente y luego mandarla a su casa. Debe ser muy divertido.

Y en otra de las cartas:

Debería saltarse al siguiente paciente y escribirme una carta. Me acaban de

mandar unos discos por si se me olvidaba la lección pero los he roto todos y ahora la enfermera no me habla. Eran en inglés, de modo que las enfermeras no entendían lo que decían. Un médico de Chicago dijo que yo estaba fingiendo pero lo que en realidad quería decir era que yo era seis gemelas y era la primera vez que veía a alguien como yo. Pero entonces estaba muy ocupada estando loca, así que no me importaba nada lo que pudiera decir, cuando estoy muy ocupada estando loca no me suele importar lo que diga la gente, ni aunque fuera un millón de chicas.

Usted me dijo esa noche que me iba a enseñar a jugar. Bien, yo creo que lo único que existe es el amor, o así debería ser. En todo caso, me alegro de que su interés en examinar a la gente le tenga ocupado.

Toute á vous,

Nicole Warren.

Había otras cartas en las que ritmos más sombríos acechaban entre las cesuras desesperadas.

QUERIDO CAPITÁN DIVER:

Le escribo porque no hay ninguna otra persona a la que pueda acudir y me parece que si lo absurdo de esta situación le resulta evidente a una persona tan enferma como yo también se lo debe resultar a usted. Los problemas mentales ya han desaparecido pero aparte de eso me siento completamente destrozada y humillada, no sé si es eso lo que querían. Mi familia me ha abandonado de manera vergonzosa, no puedo esperar de ella ninguna ayuda o compasión. No puedo aguantar ya más y pretender que lo que tengo en la cabeza se puede curar no sirve más que para arruinarme la salud y hacerme perder el tiempo.

Sigo en este lugar que parece ser un manicomio para semilocos simplemente porque nadie creyó conveniente decirme la verdad de nada. Si hubiera sabido lo que me estaba pasando como lo sé ahora creo que podría haberlo soportado perfectamente porque soy bastante fuerte, pero los que deberían haberlo hecho no creyeron conveniente aclararme nada. Y ahora que lo sé y he pagado un precio tan caro por saberlo, ellos siguen ahí con sus vidas de perros y me dicen que debo seguir creyendo lo que creía antes. Sobre todo uno de ellos, pero ya no me engañan.

Me siento muy sola todo el tiempo con mis amigos y mi familia tan lejos al otro lado del Atlántico ando por todas partes medio aturdida. Si usted pudiera conseguirme trabajo como intérprete (sé francés y alemán como un nativo, bastante italiano y un poco de español) o en las ambulancias de la Cruz Roja o de enfermera, aunque tuviera que sacar un diploma, no sabe el gran favor que me haría.

Y en otras cartas:

Si no acepta mi propia explicación de lo que me pasa, podría al menos decirme lo que piensa al respecto, porque tiene cara de gato bondadoso y no ese extraño aspecto que parece estar tan de moda aquí. El doctor Gregory me dio una foto en la que está usted, no tan apuesto como con su uniforme pero más joven.

MON CAPITAIN:

Qué estupendo recibir una postal suya. Me alegra que se tome tanto interés en inhabilitar a enfermeras. Sí, entendí su nota perfectamente. Y yo que pensé desde el primer momento que le vi que era usted diferente.

QUERIDO CAPITAIN:

Un día pienso una cosa y al día siguiente otra. Eso es ni más ni menos lo que me pasa, aparte de tener unas ganas terribles de provocar y de no tener sentido de la proporción. Aceptaría con sumo gusto a cualquier alienista que usted me indicara. Aquí están todos tendidos en sus bañeras cantando «Vete a jugar a tu patio» como si yo tuviera un patio donde jugar o pudiera encontrar alguna esperanza en mi pasado o en mi futuro. El otro día volvieron a intentarlo en la confitería y casi le di al hombre con un peso pero me sujetaron.

No le voy a volver a escribir. Soy demasiado inestable.

Luego pasó un mes sin ninguna carta. Y de pronto, se produjo el cambio.

—Lentamente empiezo a vivir otra vez…

—Hoy las flores y las nubes…

—La guerra ha terminado y apenas me he dado cuenta de que ha habido una guerra…

— ¡Qué amable ha sido conmigo! Debe usted ocultar una gran sabiduría tras su cara de gato blanco, aunque no tiene esa cara en la foto que me dio el doctor Gregory…

—Hoy he ido a Zurich. ¡Qué sensación tan extraña volver a ver una ciudad!

—Hoy hemos ido a Berna. Qué bonita con los relojes.

—Hoy hemos subido lo bastante alto para encontrar asfódelos y edelweiss.

Después de ésas, hubo muy pocas cartas, pero Dick contestó a todas. Una de ellas decía:

Ojalá se enamorara alguien de mí como se enamoraban los chicos hace siglos antes de que estuviera enferma. Pero me imagino que hasta dentro de

muchos años no podrán volver a pasar esas cosas.

Pero cuando, por la razón que fuera, la respuesta de Dick tardaba en llegar, se notaba una repentina agitación, como la inquietud de una amante: «Tal vez le haya aburrido», o «Me temo que esperaba demasiado», o «Me paso las noches pensando que a lo mejor está usted enfermo».

En realidad, Dick había tenido la gripe. Cuando se restableció, se sentía tan fatigado que tuvo que renunciar a toda su correspondencia salvo la estrictamente oficial, y poco después, el recuerdo de ella quedó eclipsado por la presencia, muy real ésta, de una chica de Wisconsin que trabajaba de telefonista en el cuartel general en Bar-sur-Aube. Llevaba los labios pintados como una modelo de calendario y entre los soldados se la conocía por el obsceno apodo de «La Buscaclavijas».

Franz volvió a su despacho dándose aires de hombre importante. Dick pensaba que probablemente llegaría a ser un excelente clínico, pues las cadencias sonoras o en staccato con que disciplinaba a enfermeras o pacientes no provenían de su sistema nervioso, sino de una vanidad tremenda aunque inofensiva. Sus verdaderas emociones eran más ordenadas y se las guardaba para él.

—Bueno, vamos a hablar de esa chica, Dick —dijo—. Naturalmente, quiero que me hables de ti y también quiero contarte cosas mías, pero antes hablemos de la chica, porque llevo mucho tiempo esperando para hablarte de ella.

Abrió una archivadora y se puso a buscar un legajo de papeles hasta que lo encontró, pero, tras repasarlo brevemente, decidió que era un estorbo y lo puso sobre su mesa. Y en lugar de enseñarle los papeles a Dick, le contó toda la historia.

III

Aproximadamente un año y medio antes, el doctor Dohmler mantuvo una correspondencia más bien vaga con un señor norteamericano que vivía en Lausana, un tal Devereux Warren, de los Warren de Chicago. Concertaron una cita y un día llegó el señor Warren a la clínica con su hija Nicole, una muchacha de dieciséis años. Era evidente que la chica no estaba bien y la enfermera que la acompañaba se la llevó a dar un paseo por los jardines mientras el señor Warren consultaba con el doctor Dohmler.

Warren era extraordinariamente apuesto y aparentaba menos de cuarenta años. Era un buen ejemplar de norteamericano en todos los aspectos: alto, de

espaldas anchas, bien proporcionado; «un homme trés chic» fueron las palabras que utilizó el doctor Dohmler para describírselo a Franz. Sus grandes ojos grises estaban ribeteados de venillas de estar expuesto al sol mientras remaba en el lago de Ginebra, y tenía ese aire especial que da haber conocido las mejores cosas del mundo. La conversación fue en alemán, pues resultó que se había educado en Göttingen. Estaba nervioso y era evidente que el asunto que le había llevado allí le resultaba muy penoso.

—Doctor Dohmler, mi hija no está bien de la cabeza. La he puesto en manos de numerosos especialistas y entemieras y se ha sometido a un par de curas de reposo, pero la cosa ha cobrado unas dimensiones que me desbordan y me han recomendado insistentemente que viniera a verle a usted.

—Muy bien —dijo el doctor Dohmler—. ¿Por qué no me lo cuenta todo desde el principio?

—No hay ningún principio, o por lo menos, que yo sepa, no hay ningún caso de enfermedad mental en la familia por ninguno de los dos lados. La madre de Nicole falleció cuando ella tenía once años, y más o menos he sido para ella un padre y una madre a la vez, con la ayuda de institutrices. Padre y madre a la vez.

Daba muestras de gran emoción mientras decía esto y el doctor Dohmler observó que tenía lágrimas en los ojos y notó por primera vez que le olía algo el aliento a whisky.

—De niña era un encanto. Todo el mundo estaba loco con ella, todo el que la conocía. Era lista como el diablo y más alegre que unas pascuas. Tenía afición a leer, a dibujar, a bailar, a tocar el piano, lo que fuera. Le oía decir a mi mujer que de todos nuestros hijos Nicole era la única que no lloraba por las noches. Tengo otra hija mayor y tenía un hijo que murió, pero Nicole era… Nicole era… Nicole…

Se interrumpió bruscamente y el doctor Dohmler salió en su ayuda.

—Era una niña completamente normal, inteligente y feliz.

—Absolutamente.

El doctor Dohmler esperó a que siguiera. El señor Warren maneó la cabeza, dio un profundo suspiro, echó una mirada rápida al doctor Dohmler y volvió a bajar la vista.

—Hará unos ocho meses, o tal vez seis o diez, no sé muy bien. Estoy tratando de calcularlo, pero no recuerdo exactamente dónde estábamos cuando empezó a hacer cosas raras… locuras. Su hermana fue la primera en decirme algo. Porque Nicole para mí seguía siendo la misma… —añadió de manera más bien apresurada, como si alguien le hubiera echado la culpa a él— la

misma niña encantadora de siempre. Lo primero tuvo que ver con un criado.

—Ah, sí —dijo el doctor Dohmler haciendo un gesto de asentimiento con su cabeza venerable, como si, a la manera de Sherlock Holmes, hubiera sabido que en ese punto del relato tenía que entrar en escena un criado.

—Tenía un criado… llevaba años a mi servicio. Suizo precisamente —dijo, levantando la vista como si esperara la aprobación del doctor Dohmler como buen patriota—. Y no sé qué absurda idea se le metió en la cabeza con ese criado. Pensaba que la estaba cortejando. Naturalmente, por aquel entonces la creí y tuve que despedir al criado, pero ahora sé que todo eran historias.

—Según ella, ¿qué es lo que había hecho el criado?

—Eso fue lo primero. Los médicos no pudieron sacarle nada. Se limitaba a mirarlos como si ellos tuvieran la obligación de saber lo que había hecho. Pero dio a entender claramente que había tratado de hacer indecencias con ella. De eso no cabía ninguna duda.

—Ya entiendo.

—Naturalmente, he oído hablar de mujeres que se sienten solas y se imaginan que hay un hombre debajo de la cama y cosas por el estilo, pero ¿por qué tenía que ocurrírsele una cosa así a Nicole? Tenía todos los jóvenes que quisiera a su disposición. Estábamos en Lake Forest —un lugar de veraneo cerca de Chicago donde tenemos una casa— y se pasaba el día fuera jugando al golf o al tenis con chicos. Y algunos de ellos bastante chalados por ella además.

Todo el tiempo que Warren le estaba hablando al viejo armazón reseco del doctor Dohmler, parte de La mente de éste se concentraba intermitentemente en una visión de Chicago. Cuando era joven había tenido la oportunidad de ir a Chicago con una beca para enseñar en la universidad, y tal vez de hacerse rico allí y ser propietario de una clínica en lugar de un pequeño accionista como era ahora. Pero cuando se puso a pensar en lo que consideraba sus escasos conocimientos esparcidos por toda aquella extensión, todos aquellos campos de trigo e inmensas praderas, decidió no aceptar la beca. Pero en aquellos días había leído mucho sobre Chicago, sobre las grandes familias feudales de los Armour, los Palmer, los Field, los Crane, los Warren, los Swift y los McCormick entre muchas otras, y en los años subsiguientes le había llegado un número considerable de pacientes de ese estrato social de Chicago y Nueva York.

—Se puso peor —continuó Warren—. Tuvo como tina especie de ataque. Las cosas que decía cada vez tenían menos sentido. Su hermana anotó algunas de ellas.

Le tendió al doctor una hoja de papel muy doblada.

—Casi siempre eran sobre hombres que iban a atacarla, hombres que conocía o que viera por la calle… cualquiera…

Le habló de su alarma y su angustia, de los horrores que tienen que soportar las familias en esas circunstancias, del poco éxito que habían tenido todos los intentos que hicieron en los Estados Unidos y, por último, de la fe en que un cambio de aires resultara beneficioso, lo que le había hecho afrontar el bloqueo marítimo y la presencia de submarinos y llevar a su hija a Suiza.

—En un crucero de los Estados Unidos —precisó con cierta arrogancia—. Con un poco de suerte lo pude arreglar. Y supongo que no necesito añadir —dijo, esbozando una sonrisa de disculpa— que, en lo que atañe al dinero, no se plantea el menor problema.

—Por supuesto que no —asintió el doctor Dohmler secamente.

Se estaba preguntando por qué le estaría mintiendo aquel hombre y qué era lo que trataba de ocultar.

Y si no, ¿a qué se debía aquel aire de falsedad que había impregnado toda la habitación desde que aquel hombre tan atractivo con traje de tweed se había dejado caer en su sillón con elegancia deportiva? Allí afuera, en aquel día de febrero, había un pobre pajarito al que le habían cortado las alas, una verdadera tragedia, mientras que dentro de aquel despacho todo era demasiado endeble, endeble y falso.

—Ahora me gustaría hablar con ella unos minutos —dijo el doctor Dohmler pasando al inglés, como si de esa manera pudiera acercarse más a Warren.

Varios días después, cuando ya Warren había regresado a Lausana y dejado a su hija en la clínica, el doctor y Franz anotaron en la ficha de Nicole lo siguiente:

Diagnostic: schizophrénie. Phase aigüe en décroissance. La peur des hommes est un symptorne de la maladie, et n’est point constitutionnelle. Le pronostic doit rester réservé.

Y se pusieron a esperar, con un interés cada vez mayor a medida que pasaban los días, la segunda visita que les había prometido el señor Warren.

La visita tardaba mucho en producirse. Pasados quince días, le escribió el doctor Dohmler. Como a pesar de eso seguían sin tener noticias suyas, el doctor Dohmler hizo lo que para aquellos días era «una locura»: telefoneó al Gran Hotel de Vevey. El criado del señor Warren le informó de que éste se encontraba en esos momentos haciendo las maletas, pues se disponía a regresar a los Estados Unidos. Pero al recordársele que los cuarenta francos

suizos de la conferencia se iban a reflejar en la contabilidad de la clínica, la sangre de guardia de las Tullerías que tenía el criado vino en ayuda del doctor Dohmler, y el señor Warren se puso al teléfono.

—Es absolutamente necesario que venga usted. De ello depende la salud de su hija. Yo no me puedo hacer responsable.

—Pero, doctor, para eso precisamente está usted. ¡Tengo que regresar urgentemente a mi país!

El doctor Dohmler nunca había hablado con nadie que estuviera a esa distancia, pero dio su ultimátum por teléfono con tal firmeza que el norteamericano atormentado que estaba al otro lado del aparato tuvo que ceder. Media hora después de esta segunda visita al lago de Zurich, toda la resistencia de Warren se había venido abajo. Con los hombros perfectos sacudidos por terribles sollozos dentro de la chaqueta de buen corte y los ojos más rojos que el mismo sol reflejándose sobre el lago de Ginebra, les confesó lo inconfesable.

—No sé cómo ocurrió —dijo con voz enronquecida—. No lo sé, no lo sé… Después de morir su madre cuando ella era todavía pequeña, venía todas las mañanas y se metía en mi cama y a veces dormía en mi cama. Me daba mucha pena la pobre niña. Y después, siempre que íbamos a algún sitio en coche o en tren nos teníamos las manos cogidas. Ella me cantaba siempre. Y solíamos decirnos: «Hoy vamos a hacer como si no existiera nadie más en el mundo. Vamos a vivir sólo el uno para el otro. Hoy me perteneces».

Su voz adquirió un tono desesperadamente sarcástico.

—La gente decía: qué padre e hija tan perfectos. Hasta con lágrimas en los ojos. En realidad, éramos como amantes. Y un día, sin más, nos convertimos en amantes de verdad. Y diez minutos después de que ocurriera me hubiera pegado un tiro. Sólo que debo ser tan degenerado que no tuve valor para hacerlo.

— ¿Y qué pasó luego? —dijo el doctor Dohmler, que se había puesto otra vez a pensar en Chicago y en un caballero pálido de modales suaves que treinta años atrás, en Zurich, le había examinado a través de sus quevedos—. ¿Siguió la cosa?

— ¡Oh no! Ella casi… pareció enfriarse enseguida. Lo único que decía era: «No te preocupes, no te preocupes, papi. No importa. No te preocupes».

— ¿Y no tuvo consecuencias?

—No.

Soltó un sollozo convulsivo y se sonó varias veces.

—Pero las ha tenido ahora. ¡Y qué consecuencias! Una vez terminado el relato, el doctor Dohmler se arrellanó en su sillón de burgués satisfecho y dijo para sí con encono: «¡Patán!». Era uno de los pocos juicios absolutos de carácter profano que se había permitido en veinte años. Luego dijo:

—Me gustaría que se fuera a algún hotel de Zurich a pasar la noche y luego viniera a verme por la mañana. — ¿Y después de eso?

El doctor Dohmler abrió las manos lo suficiente como para dar cabida a un lechón.

—Chicago —sugirió.

IV

—Así que por fin sabíamos qué terreno pisábamos —dijo Franz—. Dohmler le dijo a Warren que nos haríamos cargo del caso si estaba de acuerdo en no tener ningún contacto con su hija por tiempo indefinido. Un mínimo absoluto de cinco años. Una vez repuesto de su crisis, lo que más parecía preocuparle a Warren era que la historia pudiera llegar a saberse en los Estados Unidos. Trazamos un programa para la chica y nos pusimos a esperar. Los pronósticos eran poco esperanzadores. Como sabes, el porcentaje de curaciones a esa edad es bajo, incluso de curaciones que sólo permiten reintegrar al paciente a la sociedad.

—Sí, esas primeras cartas tenían mal aspecto —reconoció Dick.

—Muy malo. Muy típico. Dudé mucho antes de dejar que la primera de ellas saliera de la clínica. Luego pensé: será bueno para Dick saber que seguimos aquí. Fue muy generoso por tu parte contestar a esas cartas.

Dick suspiró.

— ¡Era tan bonita! Y con las cartas me enviaba muchas fotos suyas. Por otra parte, no tuve nada que hacer allí durante un mes. Lo único que decía en mis cartas era: «Pórtese bien y haga lo que le dicen los médicos».

—Y con eso bastaba. Así tenía alguien de fuera en quien pensar. Durante un tiempo no tuvo a nadie, salvo una hermana con la que no parece tener una relación muy íntima. Además, leer sus cartas nos sirvió de mucho. Eran un fiel reflejo del estado en que se encontraba en cada momento.

—Me alegro.

— ¿Comprendes ya lo que pasó? Se sintió cómplice tuya. Es algo que no parece pertinente al caso, pero ten en cuenta que nuestro objetivo es que

recupere su equilibrio interno y la fuerza de su carácter. Primero tuvo aquel trauma. Luego estuvo en el internado y oía hablar a las otras chicas. Así que simplemente para protegerse se convenció a sí misma de que no había tenido la menor complicidad en el asunto, y de ahí fue fácil pasar a un mundo de fantasmas en el que todos los hombres eran unos malvados, y cuanto más los querías y confiabas en ellos, más malvados.

— ¿Llegó ella a hablar alguna vez directamente de… de aquel horror?

—No, y a decir verdad, esto nos planteó un problema cuando parecía que empezaba a estar normal, hacia octubre más o menos. A una mujer de treinta años se la puede dejar que ella misma se vaya readaptando, pero con alguien tan joven como Nicole teníamos miedo de que se endureciera y guardara para siempre dentro de ella todo aquello. Por tanto, el doctor Dohmler le dijo con toda franqueza: «Ahora se debe usted a sí misma. Esto no significa en absoluto el fin de nada. Al contrario, su vida no ha hecho más que empezar» y etcétera, etcétera. En realidad, tiene una mente muy despierta. Le dio algunas cosas de Freud para que las fuera leyendo y se mostró muy interesada. Es un poco la niña mimada de todos aquí en la clínica. Pero sigue más bien a la defensiva.

Pareció dudar.

—Nos hemos preguntado si en las últimas cartas que te escribió, que ella misma echó al correo en Zurich, te decía algo que nos pudiera aclarar cuál es su estado de ánimo actual y si tiene algún plan para el futuro.

Dick se puso a pensar.

—Pues no sé qué decirte. Te puedo traer las cartas si quieres. Parece tener esperanzas y unas ganas de vivir normales; parece incluso algo romántica. A veces habla del «pasado» como podría hablar alguien que hubiera estado en la cárcel. Pero nunca se sabe en estos casos si la persona en cuestión se refiere al delito que cometió o a la prisión o a la totalidad de la experiencia. Ten en cuenta que yo para ella no soy más que una especie de muñeco.

—Por supuesto. Entiendo perfectamente tu posición y te expreso una vez más nuestro agradecimiento. Por eso quería verte antes de que la vieras a ella.

Dick se rio.

— ¿Es que crees que va a abalanzarse sobre mí en cuanto me vea?

—No, no es eso. Pero sí te pido que seas prudente. Las mujeres te encuentran muy atractivo, Dick.

— ¡Dios me asista entonces! Tendré que ser no sólo prudente sino también repulsivo. Masticaré un ajo cada vez que vaya a verla y llevaré siempre barba de varios días. La obligaré a protegerse contra mí.

— ¡Nada de ajos! —dijo Franz, creyendo que hablaba en serio—. No hay necesidad de que comprometas tu carrera. Pero creo que no hablas en serio del todo.

—Y también podría cojear un poco. Y en todo caso, donde vivo ahora no hay una bañera de verdad.

—Estás bromeando —dijo Franz, relajándose, o más bien haciendo como que se relajaba—. Pero háblame de ti ahora. ¿Cuáles son tus planes?

—Sólo tengo uno, Franz: convertirme en un buen psiquiatra, tal vez en el mejor que haya existido nunca.

Franz rio de buena gana, pero se dio cuenta de que esta vez Dick no bromeaba.

—Me parece muy bien. Típicamente americano —dijo—. A nosotros no nos resulta tan fácil.

Se levantó y fue hasta la puerta-ventana.

—Desde aquí puedo ver todo Zurich. Allí está la torre de la Gross-Münster; mi abuelo está enterrado en su cripta. Al otro lado del puente yace mi antepasado Lavater, que se negó a ser enterrado en una iglesia. Cerca de allí está la estatua de otro de mis antepasados, Heinrich Pestalozzi, y la del doctor Alfred Escher. Y por encima de todo siempre está Zuinglio. Estoy enfrentado continuamente a un panteón de héroes.

—Sí, claro —dijo Dick, poniéndose en pie—. Sólo me estaba dando bombo. Todo vuelve a empezar ahora. Casi todos los americanos que viven en Francia están ansiosos por volver a América, pero yo no. Sólo por asistir a las clases en la universidad me siguen dando la paga militar todo lo que queda de año. ¿Qué te parece? ¿A que ése es un gobierno por todo lo alto que sabe quiénes van a ser los grandes hombres del país? Cuando terminen las clases me iré a América por un mes para ver a mi padre. Y luego volveré aquí. Me han ofrecido un trabajo.

— ¿Dónde?

—Vuestros rivales. La clínica Gisler en Interlacken.

—No se te ocurra aceptarlo —le aconsejó Franz—. Han llegado a tener hasta doce médicos jóvenes en un año.

Gisler es un maniaco-depresivo y la clínica la llevan su mujer y el amante de ésta. Por supuesto, todo esto que te digo es de carácter confidencial.

— ¿Y qué hay de aquel viejo proyecto tuyo en América? —preguntó Dick con aire jovial—. ¿Recuerdas? Íbamos a ir a Nueva York a abrir una clínica supermoderna para multimillonarios.

—Aquello era palabrería de estudiantes.

Dick cenó con Franz, su esposa y un perrito que olía a goma quemada en el chalé que tenían en las inmediaciones de la clínica. Sentía una vaga opresión, que no se debía al ambiente de estrechez económica, ni a la señora Gregorovius, que era exactamente como se la había imaginado, sino al hecho de que los horizontes de Franz fueran de pronto tan limitados y pareciera totalmente resignado a ello. Para Dick, los límites del ascetismo estaban marcados de forma distinta. Podía ser un medio de llegar a una meta fijada de antemano, o incluso un elemento inseparable de la gloria que se alcanzaría gracias a él. Pero lo que no entendía era cómo se podía reducir deliberadamente la vida a las dimensiones de un traje heredado. En la actitud doméstica de Franz y su esposa, en sus gestos carentes de gracia mientras se movían por aquel confinado espacio no había el menor espíritu de aventura. Los meses de posguerra pasados en Francia, junto con los generosos ajustes de cuentas que estaban teniendo lugar bajo la égida de la magnificencia norteamericana, habían afectado a la visión que tenía Dick de las cosas. Además, todo el mundo, hombres y mujeres, le alababa mucho, y tal vez lo que le había hecho regresar al centro de los grandes relojes suizos fuera la intuición de que aquello no era nada bueno para un hombre que quería ser serio.

Se las arregló para hacer que Kaethe Gregorovius se sintiera como si realmente fuera una persona encantadora, pese a que el olor a coliflor que impregnaba todo le estaba poniendo cada vez más nervioso, pero al mismo tiempo no se perdonó aquel amago de superficialidad cuyo objeto no terminaba de entender.

«¿Soy a pesar de todo como los demás?», era una pregunta que solía hacerse cuando de pronto se despertaba por las noches. «¿Soy como el resto de la gente?».

Éstas, sin duda, no eran reflexiones dignas de un socialista, pero perfectamente dignas de aquellos que realizan tina parte importante del más excepcional de los trabajos. La verdad era que desde hacía varios meses estaba tratando de hacer esa partición de las cosas de juventud que sirve para decidir si hay que sacrificarse o no por algo en lo que ya no se cree. En las horas inertes de la madrugada, en. Zurich, mientras contemplaba la cocina de alguna casa desconocida apenas iluminada por el reflejo de un farol, siempre pensaba que quería ser bueno, amable, valiente y prudente, pero ser todas esas cosas era bastante difícil. También quería que alguien le quisiera, si encontraba lugar para ello.

V

Habían abierto las puertas-ventanas y la terraza del edificio principal estaba toda iluminada, salvo en un punto en que las negras sombras de paredes livianas y las sombras de fantasía de unas sillas de hierro parecían deslizarse hasta un macizo de gladiolos. Entre las figuras que se movían de una habitación a otra, Dick sólo distinguió fugazmente al principio la de la señorita Warren, pero se precisó claramente en cuanto ella le vio; al cruzar el umbral, su rostro captó la última luz de la sala y la llevó consigo a la terraza. Parecía seguir un ritmo al andar. Durante toda esa semana había tenido los oídos llenos de canciones, canciones de verano que evocaban cielos ardientes y sombras montaraces, y al llegar él, la música aquélla había vuelto a entrar en sus oídos con tal insistencia que podía haberse puesto a cantar.

— ¿Cómo está, capitán? —dijo, separando sus ojos de los de él con dificultad, como si se hubieran enredado—. ¿Quiere que nos sentemos aquí?

Permaneció inmóvil; sólo sus ojos se movieron un instante.

—Estamos ya en verano prácticamente.

La había seguido una mujer a la terraza; era regordeta y llevaba un chal. Nicole se la presentó a Dick:

—La señora…

Franz se marchó, poniendo una disculpa, y Dick colocó tres sillas juntas.

—Qué noche tan deliciosa —dijo la señora.

—Muy hermosa —corroboró Nicole; luego se volvió a Dick—: ¿Va a estar mucho tiempo?

— ¿Quiere decir en Zurich? Sí, voy a estar mucho tiempo.

—En realidad, ésta es la primera noche de primavera auténtica —observó la señora.

— ¿Se va a quedar?

—Por lo menos hasta julio.

—Yo me iré en junio.

—Junio es un mes delicioso aquí —comentó la señora—. Debería quedarse todo junio y marcharse en julio, que es cuando hace realmente demasiado calor.

— ¿Y adónde va? —le preguntó Dick a Nicole.

—No sé, con mi hermana. Espero que a un lugar que sea realmente

divertido, porque he perdido tanto tiempo… Pero a lo mejor piensan que debería ir primero a un sitio tranquilo, a Como, por ejemplo. ¿Por qué no se viene a Como?

—Ah, Como… —empezó a decir la señora.

Dentro del edificio un trío comenzó a tocar La caballería ligera de Suppe. Nicole aprovechó para levantarse y la impresión que le producía a Dick su juventud y su belleza fue creciendo dentro de él hasta convertirse en una emoción insostenible. Ella sonrió, con una conmovedora sonrisa infantil que era como toda la juventud perdida del mundo.

—Con esa música tan fuerte es imposible hablar. ¿Qué le parece si damos un paseo? Buenas noches, señora.

—Buenas noches, buenas noches.

Bajaron dos escalones hasta el camino y enseguida se vieron envueltos en la oscuridad. Nicole se agarró del brazo de Dick.

—Tengo unos cuantos discos de gramófono que me ha mandado mi hermana de América —dijo—. La próxima vez que venga se los pondré. Sé de un sitio donde se puede escuchar el gramófono sin que nadie se entere.

—Estupendo.

— ¿Conoce Indostán? —preguntó, con un dejo de melancolía—. No la había oído nunca, pero me gusta. Y también tengo ¿Por qué las llaman nena?, y Me alegro de hacerte llorar. Me imagino que habrá bailado al son de todas esas canciones en París.

—Nunca he estado en París.

Su vestido color crema, que mientras caminaban se volvía alternativamente azul o gris, y su pelo rubísimo tenían a Dick encandilado. Cada vez que se volvía a mirarla, la veía esbozar una sonrisa, y cuando les alcanzaba la luz de alguno de los focos que había al borde del camino, su rostro se iluminaba como el de un ángel. Ella le dio las gracias por todo, como si la hubiera llevado a alguna fiesta, y a medida que Dick se sentía menos seguro de la relación que tenía con ella, ella se sentía más segura de sí misma. La animación que la desbordaba parecía reflejar toda la animación que había en el mundo.

—Ahora me dejan hacer lo que quiero —dijo.

Le voy a poner dos canciones muy buenas: Espera hasta que vuelvan las vacas y Adiós, Alexander.

La vez siguiente, una semana después, Dick llegó con retraso y Nicole le estaba esperando en un punto del camino por el que tenía que pasar al volver

de casa de Franz. Llevaba el pelo peinado hacia atrás por detrás de las orejas y le caía sobre los hombros de tal manera que parecía que la cara acabara de salir de él, como si fuera aquél el momento exacto en que surgiera de un bosque y entrara en un claro de luna. Parecía surgir de la nada, y Dick deseó que no tuviera un pasado, que fuera simplemente una muchacha perdida sin más señas que la noche de donde había salido. Fueron al escondrijo en donde había dejado el gramófono, torcieron a la altura del taller, treparon por una roca y se sentaron tras un muro bajo en la noche inmensa que avanzaba.

Ya estaban en América. Ni siquiera Franz, que estaba convencido de que Dick era un donjuán irresistible, se podía haber imaginado que iban a llegar tan lejos. Lo sentían tanto, cariño. Los dos fueron a la cita en un taxi, cielo. Los dos tenían sus preferencias en materia de sonrisas y se conocieron en el Indostán, y debieron pelearse poco después, porque nadie lo sabía y a nadie parecía importarle. Pero finalmente uno de ellos se fue y dejó al otro llorando, tan triste y tan solo.

Aquellas canciones insustanciales, en las que se enlazaban el tiempo ya perdido y las esperanzas futuras, giraban y giraban en la noche de Valais. En los momentos en que el gramófono dejaba de sonar, un grillo dominaba el ambiente con una sola nota. De vez en cuando Nicole paraba el aparato y le cantaba a Dick:

Si pones un dólar de plata en el suelo verás cómo rueda porque es muy redondo.

De la impecable separación de sus labios no parecía salir aliento alguno. De pronto Dick se puso en pie.

— ¿Qué pasa? ¿Es que no le gusta?

—Claro que me gusta.

—La cocinera que tenemos en casa me enseñó ésta:

Una mujer nunca sabe,

lo bueno que es su marido,

hasta que ya lo ha perdido.

— ¿Le gusta?

Le sonrió, asegurándose de que la sonrisa recogía todo lo que había en su interior y se lo ofrecía a él; le prometía lo más profundo que había en ella a cambio de bien poco: el latido de una respuesta, la tranquilidad de notar en él una reacción con la que se sintiera halagada. Por momentos iba penetrando en ella toda la dulzura de los sauces, toda la dulzura del oscuro mundo.

Nicole se puso en pie también y, al tropezar con el gramófono, fue a dar

contra Dick, se apoyó un instante en su hombro redondeado.

—Tengo otro disco más —dijo—. ¿Ha oído Hasta luego, Letty? Supongo que sí.

—Pero en serio, aunque no me quiera creer: no he oído absolutamente nada.

Ni conocido, ni olido, ni probado, podría haber añadido; sólo muchachas de mejillas ardientes en cuartos secretos donde hacía un calor sofocante. Las chicas que había conocido en New Haven en 1914 besaban a los hombres diciendo «Pero ¿qué haces?», y poniéndoles las manos en el pecho para apartarlos. Y ahora tenía allí a aquella niña extraviada, apenas salvada del naufragio, que le ofrecía la esencia de todo un continente…

VI

La siguiente vez que la vio fue ya en mayo. El almuerzo en Zurich le hizo comprender que tenía que ser prudente. Era evidente que la lógica de su propia vida tendía a apartarle de la muchacha; y sin embargo, cuando un desconocido que estaba en una mesa cercana la miró descaradamente, con unos ojos que brillaban de manera perturbadora, como una luz no localizada, se volvió hacia él con expresión amenazante —o más bien una versión civilizada de ésta— e hizo que dejara de mirarla.

—Era un mirón —exclamó divertido—. Sólo estaba mirando su vestido. ¿Cómo es que tiene tanta ropa?

—Mi hermana dice que somos muy ricos —explicó humildemente— desde que murió la abuela.

—Está bien, la perdono.

Tenía los suficientes años más que Nicole como para que le hicieran gracia sus destellos de vanidad y pequeños placeres juveniles, como, por ejemplo, el esbozo de pausa que hizo ante el espejo del vestíbulo al salir del restaurante para que el incorruptible azogue le devolviera su propia imagen. Disfrutaba viéndola mover las manos como si alcanzara a tocar nuevas octavas ahora que se sentiría hermosa y rica. Trató sinceramente de que no se obsesionara con la idea de que su cambio se lo debía a él y se alegraba de que cada vez se sintiera más feliz y segura de sí misma sin su ayuda. El problema era que Nicole terminaba por ponerlo todo a sus pies, le entregaba la ambrosía del sacrificio, el mirto del culto.

En la primera semana del verano Dick estaba instalado de nuevo en Zurich.

Había ordenado sus ensayos y los nuevos trabajos que había escrito mientras estaba en el ejército, de forma que le sirvieran de base para su revisión de Psicología para psiquiatras. Creía haber encontrado editor y se había puesto en contacto con un estudiante pobre que le iba a corregir los errores que tuviera en alemán. Franz opinaba que era un trabajo demasiado apresurado, pero Dick, para convencerle, le hizo ver que el tema tenía pocas pretensiones.

—Es una materia que nunca voy a dominar como ahora —insistió—. Y tengo el presentimiento de que si no es fundamental es simplemente porque le ha faltado reconocimiento material. El fallo de esta profesión es que atrae a gente un poco tarada, más bien débil. Una vez dentro de la profesión tratan de suplir esas deficiencias concentrándose en el aspecto clínico, «práctico», del trabajo y así consiguen ganar la batalla sin la menor lucha. Tú, Franz, por el contrario, eres un buen profesional porque el destino te eligió para esta profesión antes incluso de que hubieras nacido. Deberías dar gracias a Dios por no haberte sentido «llamado» a ella. ¿Sabes por qué decidí yo hacerme psiquiatra? Pues porque había una chica en St. Hilda, en Oxford, que iba a esas mismas clases. Tal vez esté diciendo banalidades, pero no quiero que se me ahoguen las ideas que tengo ahora en un montón de vasos de cerveza.

—Está bien —respondió Franz—. Tú eres americano y puedes hacer eso sin perjuicio para tu carrera. A mí no me gustan todas esas generalidades. Pronto te voy a ver escribiendo fascículos con títulos como «Pensamientos profundos para el hombre de la calle», de tal simplificación que se puede garantizar absolutamente que no hacen pensar a nadie. Si mi padre viviera, Dick, te miraría y soltaría un gruñido. Luego cogería su servilleta y la doblaría así y la metería en el servilletero, este mismo que ves.

Franz levantó el servilletero para enseñárselo: tenía una cabeza de jabalí esculpida en la madera oscura.

—Y te diría: «Bueno, mi impresión es…» y luego volvería a mirarte y de pronto pensaría: «¡Para qué me voy a molestar!», y se callaría lo que iba a decirte, volvería a gruñir y la cena habría terminado.

—Hoy estoy solo —dijo Dick, irritado—, pero quizá mañana no lo esté. Entonces doblaré la servilleta como tu padre y gruñiré.

Franz aguardó un momento.

— ¿Y qué hay de nuestra paciente? —preguntó.

—No sé.

—Bueno, creo que deberías saber algo de ella a estas alturas.

—Me agrada. Es atractiva. ¿Qué quieres, que la lleve a coger edelweiss?

—No. Pensé que, puesto que te interesan los libros científicos, podías tener

alguna idea.

— ¿Que dedique mi vida a ella?

Franz llamó a su mujer, que estaba en la cocina:

—Du lieber Gott! Bitte, bringe Dick noch ein Glass-Bier.

—No debo seguir bebiendo si he de ir a ver a Dohmler.

—Hemos pensado que lo mejor sería hacerse un plan.

Han pasado ya cuatro semanas y parece que la chica está enamorada de ti. En circunstancias normales, eso no sería asunto nuestro, pero mientras ella esté en la clínica sí que nos atañe. Dick asintió.

—Haré lo que diga el doctor Dohmler.

Pero tenía poca fe en que Dohmler fuera a arrojar mucha luz sobre el asunto. Él mismo era el elemento incalculable de la situación, en la que se había visto envuelto sin que tuviera conciencia de haberlo querido. Le recordaba una ocasión en su infancia en que todos los de la casa andaban buscando la llave del armario en que se guardaba la vajilla de plata y él sabía que la había escondido debajo de los pañuelos en el primer cajón de la cómoda de su madre. En aquella ocasión había experimentado una indiferencia filosófica, y esa misma sensación tenía ahora al dirigirse con Franz al despacho del profesor Dohmler.

El profesor, con su bello rostro enmarcado por patillas rectas, como la terraza de una espléndida mansión cubierta de parras, le desarmó. Dick conocía a algunas personas que tenían más talento, pero a nadie de una categoría cualitativamente superior a la de Dohmler. (Seis meses más tarde volvió a pensar lo mismo al ver a Dohmler muerto, pero entonces ya no había luz en la terraza, las parras de sus patillas rozaban su cuello duro y las innumerables batallas que habían presenciado aquellos ojos como hendiduras habían quedado silenciadas para siempre bajo los párpados frágiles y delicados).

—Buenos días, señor profesor.

Permaneció en posición de firme, como si se encontrara de nuevo en el cuartel.

El profesor Dohmler entrelazó los dedos en un gesto reposado. Franz se puso a hablar en parte como oficial de enlace y en parte como secretario, hasta que su superior le interrumpió a mitad de una frase.

—Nosotros hemos andado parte del camino —dijo con dulzura—. Para seguir necesitamos su ayuda, doctor Diver. Dick se sintió indefenso.

—Es que yo no veo las cosas tan ciarás —confesó.

—Sus reacciones personales no me interesan —dijo Dohmler—. Lo que sí me interesa, y mucho, es que se ponga fin a esta supuesta «transferencia» —y al decir esto lanzó una breve mirada irónica a Franz, que éste le devolvió—. La señorita Nicole va sin duda muy bien, pero no está en condiciones de sobrevivir a lo que podría tomar como una tragedia.

Franz volvió a hacer ademán de hablar, pero el doctor Dohmler hizo que se callara con un gesto.

—Me hago cargo de que su situación es difícil.

—Efectivamente lo es.

El profesor se acomodó en su sillón y se echó a reír, y antes de que se hubiera apagado el eco de su risa, dijo, con un brillo malicioso en sus penetrantes ojillos grises:

A lo mejor es que también usted se ha visto complicado sentimentalmente.

Consciente de que se le quería sonsacar algo, Dick también se echó a reír.

—Es una muchacha muy bonita. A todos nos afectan esas cosas en mayor o menor grado. No tengo ninguna intención de…

Una vez más quiso hablar Franz y una vez más se lo impidió Dohmler haciéndole una pregunta a Dick cargada de significado.

— ¿No ha pensado en marcharse?

—No puedo marcharme.

El doctor Dohmler se volvió a Franz.

—Entonces podríamos hacer que se fuera la señorita Warren.

—Lo que usted crea conveniente, profesor Dohmler —dijo Dick, dispuesto a ceder—. Desde luego es un problema.

El profesor Dohmler levantó el cuerpo del sillón como un hombre sin piernas que se apoyara en un par de muletas.

—Pero un problema profesional —dijo, elevando la voz pero sin alterarse.

Se volvió a sentar en su sillón con un suspiro y esperó a que dejaran de oírse en la habitación los ecos del trueno que había lanzado. Dick comprendió que la entrevista con Dohmler había alcanzado su punto culminante y no creía que a él mismo le quedaran fuerzas para poder seguir. Cuando ya habían declinado los efectos del trueno, Franz consiguió al fin intervenir.

—El doctor Diver es un hombre muy entero —dijo—. Creo que en cuanto

se dé perfecta cuenta de cuál es la situación le hará frente como es debido. En mi opinión, Dick puede colaborar con nosotros aquí, sin que sea necesario que se vaya nadie.

— ¿Qué dice usted a eso? —le preguntó el profesor Dohmler a Dick.

Dick se sentía torpe, incapaz de hacer frente a la situación con elegancia. Por otra parte, en el silencio que había seguido a la declaración de Dohmler se había dado cuenta de que aquel estado de inercia no se podía prolongar por tiempo indefinido, y de repente lo soltó todo.

—Estoy medio enamorado de ella. Incluso me he planteado casarme con ella.

— ¡Chsss! ¡Chsss! —hizo Franz.

—Espere —le advirtió Dohmler. Pero Franz se negó a esperar.

— ¡Pero qué dices! Dedicar la mitad de tu vida a ser médico y enfermero todo a la vez. ¡Ni se te ocurra! Sé perfectamente lo que pasa en esos casos. Una vez de cada veinte se va todo al traste pasado el primer impulso. Es mejor que no la vuelvas a ver nunca.

— ¿Qué piensa usted? —preguntó Dohmler a Dick.

—Franz tiene razón, eso está claro.

VII

Era ya entrada la tarde cuando acabaron de deliberar qué debía hacer Dick. Decidieron que debía mostrarse sumamente amable, pero, al mismo tiempo, suprimir todo sentimiento personal. Cuando al fin se pusieron en pie los tres médicos, a Dick se le fue la mirada hacia la ventana: al otro lado caía una lluvia ligera y en algún lugar bajo aquella lluvia estaba esperando Nicole, expectante. Salió abotonándose el cuello del impermeable y bajándose el ala del sombrero y enseguida se encontró a Nicole bajo el cobertizo de la entrada principal.

—Conozco un sitio nuevo al que podemos ir —dijo ella—. Cuando estaba enferma no me importaba quedarme dentro con los demás por la tarde. Lo que decían me parecía normal. Pero, claro, ahora los veo como enfermos y es… es…

—Pronto se irá de aquí.

—Oh, sí, pronto. Mi hermana, Beth, bueno, siempre la hemos llamado

Baby, va a venir dentro de unas semanas y me va a llevar no sé adónde. Después volveré aquí para estarme un último mes.

— ¿Su hermana mayor?

—Sí. Es mucho mayor que yo. Tiene veinticuatro años. Es muy inglesa. Vive en Londres con la hermana de mi padre. Se iba a casar con un inglés pero lo mataron. No llegué a conocerlo.

Su rostro, de un dorado marfileño contra el difuso crepúsculo que pugnaba por dejarse ver a través de la lluvia, encerraba una promesa que Dick veía ahora por primera vez: los pómulos salientes, la ligera palidez, más fresca que febril, hacían pensar en un potro de raza en el que ya se percibían las formas del futuro caballo, un ser cuya vida no prometía ser únicamente una proyección de la juventud sobre una pantalla cada vez más gris, sino un proceso de crecimiento auténtico. Ese rostro seguiría siendo hermoso al llegar a la madurez, y sería hermoso en la vejez, porque tenía todo lo esencial: el dibujo de los rasgos y la estructura ósea.

— ¿Qué está mirando?

—Estaba pensando que va a ser usted bastante feliz. Nicole se asustó.

— ¿Sí? Bueno, peor de lo que me ha ido no me puede ir ya.

El lugar al que llevó a Dick era un leñero cubierto, y una vez allí se sentó con las piernas cruzadas sobre sus zapatillas de golf, envuelta en su burberry. El aire húmedo daba vigor a sus mejillas. Le devolvió la mirada a Dick con expresión grave y observó su porte más bien altanero, la forma en que se apoyaba en el poste de madera sin dejar que su cuerpo cediera del todo. Observó su rostro, que tendía de por sí a ser alegre y burlón pero él lo sometía a una disciplina constante para que pareciera serio y atento. El lado de él que parecía cuadrar con su rubicunda tez irlandesa era el que ella conocía menos; lo temía, pero era el que más deseaba explorar. Era su lado más masculino; el otro, que era su lado educado, el de un hombre siempre cortés y considerado, lo aceptaba sin pensar, como le ocurría a la mayoría de las mujeres.

—Al menos esta institución me ha servido para practicar idiomas —dijo Nicole—. He hablado en francés con dos de los médicos, en alemán con las enfermeras y en italiano, o algo parecido, con dos mujeres de la limpieza y una de las pacientes, y he aprendido mucho español con otra.

—Qué bien.

Estaba tratando de adoptar una actitud, pero no le venía ninguna que resultara lógica.

—Y también para la música. Espero que no se pensara que sólo me interesaba el ragtime. Practico todos los días; estos últimos meses he asistido a

un curso en Zurich sobre la historia de la música. En realidad, era lo único que a veces me hacía soportar todo lo demás: la música y el dibujo.

De pronto se inclinó y se arrancó una tira de la suela de una de sus zapatillas que estaba suelta. Luego alzó la vista.

—Me gustaría dibujarle tal como está ahora. A Dick le entristecía que sacara a relucir todas sus habilidades para que él la aceptara.

—La envidio. Por el momento parece que no haya nada que me interese salvo mi trabajo.

—Ah, eso está bien para un hombre —se apresuró a decir—. Pero una chica, a mí me parece que tiene que cultivar todas esas pequeñas dotes para luego poder pasárselas a sus hijos.

—Supongo que sí —dijo Dick con indiferencia deliberada.

Nicole dejó de hablar. Dick deseaba que hablara para que él pudiera seguir haciendo el fácil papel de aguafiestas, pero estaba allí sentada sin decir nada.

—Ya está perfectamente bien —le dijo—. Trate de olvidar el pasado. Procure no forzar las cosas durante un año o así. Vuélvase a América y que la presenten en sociedad y enamórese. Y sea feliz.

—No me puedo enamorar.

Con la zapatilla estropeada sacó raspando un capullo de oruga pulverizado del tronco donde estaba sentada.

—Claro que puede —insistió Dick—. Tal vez no hasta que haya pasado un año o así, pero antes o después… Luego añadió, sin delicadeza alguna:

—Podrá llevar una vida completamente normal, con una casa llena de hermosos descendientes. El hecho mismo de que se haya repuesto totalmente a su edad indica que prácticamente el único problema estaba en los factores que precipitaron la crisis. Créame, jovencita, va a seguir usted al pie del cañón mucho tiempo después de que se hayan llevado a sus amigos dando gritos.

Pero había una expresión de dolor en los ojos de Nicole mientras trataba de tragar aquella píldora amarga, de aceptar aquel cruel recordatorio.

Dick estaba demasiado alterado para poder decir nada más. Miró hacia los campos de trigo e hizo un esfuerzo por recobrar su actitud distante y agresiva.

—Ya verá cómo le van bien las cosas. Todos en la clínica tienen fe en usted. El doctor Gregory está tan orgulloso de usted que probablemente…

—Odio al doctor Gregory.

—Pues no debería odiarle.

A Nicole se le había derrumbado todo su mundo, pero era un mundo frágil, apenas creado; entre las ruinas, sus sentimientos y su instinto seguían batallando. ¡Y pensar que sólo una hora antes le estaba esperando en la entrada y llevaba su esperanza en la cintura como un ramillete de flores!

Vestido, mantente tieso para él; botón, sigue en tu puesto; narciso, florece. Aire, sigue suave e inmóvil.

—Qué bien poder volver a divertirme —dijo Nicole atropelladamente.

Estaba tan desesperada que por un momento estuvo considerando la idea de hablarle de lo rica que era, de las enormes casas en las que vivía, de decirle que verdaderamente era un buen partido. Por un momento se convirtió en su abuelo, Sid Warren, el tratante de caballos. Pero no sucumbió a la tentación de confundir todos los valores y dejó que todo aquello siguiera encerrado en sus cámaras victorianas. Aunque ya no tenía un hogar al que regresar: sólo vacío y dolor.

—Tengo que volver a la clínica. Ya ha dejado de llover. Dick caminaba al lado de ella. Notaba lo infeliz que era y sentía deseos de beber la lluvia que rozaba sus mejillas.

—Tengo algunos discos nuevos —dijo Nicole—. Estoy deseando ponerlos. ¿Conoce…?

Dick pensó que esa noche después de la cena iba a consumar la ruptura. También tenía ganas de darle un puntapié en el trasero a Franz por ser en parte responsable de que se hubiera metido en aquella sórdida historia. Estaba esperando en el vestíbulo y siguió con la mirada una boina que no estaba mojada de esperar bajo la lluvia como la de Nicole, sino que cubría un cráneo recién operado. Debajo de ella había unos ojos humanos que se fijaron en él y se acercaron:

—Bonjour, docteur.

—Bonjour, monsieur.

—II fait beau temps.

—Oui, merveilleux.

—Vous étes ici maintenant.

—Non, pour la journée seulement.

—Ah, bon. Alors, au revoir, docteur.

Satisfecho de haber sobrevivido a otro contacto, el desdichado de la boina se alejó. Dick seguía esperando. En esto bajó una enfermera y le dio un recado.

—La señorita Warren le pide disculpas, doctor. Quiere echarse un rato. Esta noche quiere cenar en su cuarto.

La enfermera estaba pendiente de su respuesta, casi convencida de que iba a dar a entender que la actitud de la señorita Warren era patológica.

—Ah, bien. Bueno.

Trató de controlar el flujo de su propia saliva, los latidos de su corazón.

—Espero que se mejore. Gracias.

Se sentía aturdido y descontento. En cualquier caso, aquello le liberaba.

Le dejó una nota a Franz excusándose por no cenar con él y luego fue andando a campo traviesa hasta la parada del tranvía. Mientras subía a la plataforma, en aquel crepúsculo primaveral que daba un tono dorado a los rieles y al cristal de las expendedoras automáticas de billetes, tuvo la sensación de que la parada del tranvía y el hospital oscilaban entre un movimiento centrípeto y otro centrífugo. Le entró miedo. Se sintió aliviado cuando los sólidos adoquines de Zurich resonaron una vez más con sus pisadas.

Esperaba que Nicole le llamara al día siguiente, pero no dio señales de vida. Pensó que tal vez estuviera enferma y llamó a la clínica. Habló con Franz.

—Ayer bajó a comer y hoy también —dijo Franz—. Parecía algo abstraída y como en las nubes. ¿Cómo fue todo?

Dick trató de saltar sobre el abismo insondable que separa a los sexos.

—No llegamos a hablarlo, o, por lo menos, tengo la sensación de que no lo hicimos. Traté de mostrarme distante, pero no creo que nada de lo que pasó fuera suficiente para hacerle cambiar de actitud si realmente se lo ha tomado en serio.

¿Se sentía tal vez herido en su vanidad porque no había que dar el golpe de gracia?

—A juzgar por ciertas cosas que le dijo a su enfermera, tiendo a pensar que sí que lo entendió.

—Muy bien.

—Ha sido lo mejor que podía haber pasado. No parece estar sobreexcitada. Sólo un poco como en las nubes. —Perfecto.

—Dick, ven a verme pronto.

VIII

Durante las semanas siguientes Dick sintió una gran insatisfacción. El origen patológico de aquella historia y la forma maquinal en que se había resuelto le habían dejado un regusto desabrido y metálico. Se había hecho un uso indigno de los sentimientos de Nicole. ¿Y qué ocurriría si resultaba que él también había tenido esos mismos sentimientos? No le quedaba más remedio que renunciar a la felicidad por un tiempo. En sueños la veía camino de la clínica, con su ancho sombrero de paja en la mano…

En una ocasión la vio en persona. Mientras pasaba ante el Palace Hotel, un espléndido Rolls se metió en la entrada en forma de media luna. Dentro del coche, empequeñecidas por sus proporciones gigantescas y animadas por la potencia de sus cien caballos superfluos, iban Nicole y una joven que supuso que sería su hermana. Nicole le vio y por un instante entreabrió los labios con un gesto de pánico. Dick hizo un breve saludo con el sombrero y siguió su camino, pero durante un rato no oyó más que los ruidos de todos los trasgos de la Gross-Münster que lo rodeaban en sus corros. Tratando de librarse de aquella obsesión, escribió un memorando en el que se describía detalladamente el riguroso régimen que debía seguir Nicole, e incluso se apuntaba la posibilidad de una recaída debido a las tensiones a las que inevitablemente la iba a someter el mundo exterior. En definitiva, un memorando que hubiera convencido a cualquiera salvo a él, que era el que lo había escrito.

Aquel esfuerzo sirvió sobre todo para hacerle ver una vez más lo implicados que estaban sus propios sentimientos en aquella historia; en consecuencia, decidió procurarse antídotos. Uno de ellos fue la telefonista de Bar-sur-Aube, que estaba haciendo una gira por Europa, de Niza a Coblenz, en un intento desesperado por volverse a encontrar con todos los hombres que había conocido en lo que para ella habían sido unas vacaciones que nunca iba a poder repetir; otro fue hacer gestiones para regresar a su país en agosto en uno de los barcos que transportaban tropas; un tercero consistió en la consiguiente intensificación de su trabajo de corrección de pruebas para el libro que se iba a presentar aquel otoño al mundo de la psiquiatría de habla alemana.

Para Dick, ese libro pertenecía a una etapa ya superada. Lo que quería en aquel momento era adquirir más experiencia práctica en su profesión. Si conseguía una beca de intercambio tendría oportunidad de practicar bastante.

Entre tanto, tenía en proyecto una nueva obra: Ensayo de clasificación uniforme y pragmática de las neurosis y las psicosis basado en el estudio de mil quinientos casos prekrapaelinianos y postkrapaelinianos tal como podrían

ser diagnosticados con arreglo a la terminología de las diferentes escuelas contemporáneas, acompañado de otro párrafo rimbombante: Con una cronología de las subdivisiones de opinión que han surgido independientemente.

En alemán ese título resultaría monumental.

Dick pedaleaba lentamente camino de Montreux, unos trechos embobado contemplando el Jugenhorn cada vez que le era posible verlo y otros cegado por los destellos del lago al fondo de los senderos que separaban los hoteles ribereños. Se percató de que había grupos de ingleses, que volvían a aparecer después de cuatro años de ausencia y andaban con miradas de sospecha como personajes de novela policíaca, como si temieran ser asaltados en aquel dudoso país por bandas entrenadas por los alemanes. Todo eran signos de construcción, de resurgimiento, en aquel montón de detritos formado por un torrente de montaña. En Berna y en Lausana, mientras bajaba al sur, le preguntaron ansiosamente si iba a haber americanos ese año. «¿Si no en junio, en agosto?».

Llevaba pantalones cortos de cuero, una camisa militar y botas de montaña. En la mochila llevaba un traje de algodón y una muda. En la estación del funicular de Glion facturó la bicicleta y se tomó una cerveza en el bar mientras miraba cómo descendía lentamente el pequeño insecto por la pendiente de ochenta grados de la montaña. Tenía sangre seca en una oreja desde la Tour de Pelz, donde había corrido a toda velocidad para ver si se mantenía en forma. Pidió alcohol y se limpió la oreja por fuera mientras llegaba el funicular a la estación. Se cercioró de que embarcaban la bicicleta, colgó la mochila en el compartimiento inferior del tren y a continuación se metió él.

Los trenes alpinos se construyen con una inclinación semejante a la que da al ala de su sombrero alguien que no desea ser reconocido. Mientras salía el agua a borbotones del depósito que había debajo del tren, Dick se maravilló de ver el ingenio de todo aquel concepto: en aquel momento otro tren complementario se estaba abasteciendo de agua en la cima y, en cuanto se soltaran los frenos, arrastraría hacia arriba al que se había descargado por la fuerza de la gravedad. Aquél al que se le ocurriera la idea estuvo, en verdad, muy inspirado. En el asiento de enfrente de Dick, una pareja de ingleses estaba hablando del cable propiamente dicho.

—Los que se fabrican en Inglaterra duran siempre cinco o seis años. Hace dos años los alemanes nos pisaron el contrato. ¿Cuánto crees que duró su cable?

— ¿Cuánto?

—Un año y diez meses. Entonces los suizos se lo vendieron a los italianos, que no llevan un control muy rígido de los cables.

—Desde luego sería terrible para Suiza que se rompiera uno de estos cables.

El encargado cerró una puerta. Luego telefoneó a su colega entre las vibraciones del cable y, con un tirón, el tren inició su ascenso en dirección a un punto que se podía ver allá arriba, sobre una colina verde esmeralda. Una vez que se elevó sobre los tejados bajos se extendió ante los pasajeros una vista panorámica de los cielos de Vaud, Valais, la Saboya suiza y Ginebra. En el centro del lago, enfriado por la corriente del Ródano que lo penetraba, estaba el verdadero centro del mundo occidental. Sobre él flotaban cisnes como botes y botes como cisnes, unos y otros perdidos en la nada de aquella implacable belleza. Era un día luminoso y el sol resplandecía sobre la playa de hierba y sobre las blancas pistas de tenis del Kursaal. Las figuras que había en las pistas no proyectaban sombra alguna.

En cuanto se alcanzaron a ver Chillon y la isla de Salagnon con su palacio, Dick volvió la vista adentro. El funicular se había elevado sobre las casas más altas de la orilla; a ambos lados, una maraña de follaje y flores culminaba a intervalos en masas de color. Era un jardín por el que pasaba el tren y en el vagón había un cartel que decía: Défense de cueillir les fleurs.

Aunque no se debían coger flores mientras se ascendía, allí estaban, al alcance de la mano. Las rosas Dorothy Perkins se metían con suavidad en cada compartimiento balanceándose lentamente con el movimiento del funicular hasta que se liberaban y, con un balanceo último, volvían a su macizo rosado. Una y otra vez penetraban en el vagón aquellas flores.

En el compartimiento de arriba, enfrente de Dick, había un grupo de ingleses de pie que lanzaba gritos de admiración ante la belleza del cielo. De pronto se produjo cierta confusión entre ellos y se apartaron para dejar pasar a una pareja joven que, entre disculpas, consiguió hacerse sitio en el compartimiento de atrás del funicular: el de Dick. El joven tenía aspecto de italiano y ojos de ciervo disecado. La muchacha era Nicole.

Con tanto esfuerzo, los dos trepadores se habían quedado sin aliento. Mientras se sentaban, entre risas, y obligando a los dos ingleses a apretarse en un rincón, Nicole dijo hola. Estaba preciosa. Dick se dio cuenta inmediatamente de que algo había cambiado; enseguida vio que era su pelo sedoso, que se lo había cortado a lo Irene Castle, ahuecado y con rizos. Llevaba un suéter azulete y una falda de tenis blanca. Era como la primera mañana de mayo y no quedaba en ella ni rastro de su paso por la clínica.

— ¡Uf! —dijo jadeante—. ¡Caray con el guardia! Seguro que nos detienen

en la próxima parada. El doctor Diver, el conde de Marmora.

— ¡Caray! —volvió a exclamar, todavía sin aliento, mientras se palpaba el nuevo peinado—. Mi hermana compró billetes de primera. Para ella es una cuestión de principio.

Cambió una mirada con Marmora y luego siguió, a gritos:

—Pero primera es esa especie de coche fúnebre detrás del conductor, rodeado de cortinas por si se pone a llover, así que no se puede ver nada. Pero mi hermana es tan digna.

Nicole y Marmora volvieron a reír con ese aire de complicidad de los jóvenes.

— ¿Adónde van? —preguntó Dick.

—A Caux. ¿Usted también?

Nicole se fijó en la vestimenta que llevaba.

— ¿La bicicleta esa que llevan ahí delante es suya? —Sí. Voy a correr cuesta abajo el lunes.

— ¿Y me va a llevar en el manillar? Lo digo en serio. ¿Sí? Podría ser lo más divertido del mundo.

— ¡Pero yo te bajo en brazos si quieres! —protestó vivamente Marmora—. O te llevo en patines. O si no, te lanzo y caes lentamente, como una pluma.

A Nicole se le iluminó el rostro. ¡Oh, volver a ser una pluma en lugar de una plomada, flotar en lugar de arrastrarse! Contemplarla era todo un espectáculo: un momento tímida y recatada y al otro afectada, haciendo muecas, gesticulando; en otros momentos se cernía sobre ella una sombra y todo su ser cobraba la dignidad del sufrimiento pasado. Dick hubiera preferido no estar allí, pues temía que su presencia le recordara a ella un mundo que había quedado muy atrás. Decidió no ir al mismo hotel que ella.

El funicular se paró de pronto y los que viajaban en él por primera vez se agitaron inquietos en sus asientos al quedar suspendidos entre dos cielos azules. Aquello se debió simplemente a un misterioso intercambio entre el conductor del tren que subía y el conductor del tren que bajaba. Volvieron a ascender sobre un sendero de bosque y un desfiladero, luego sobre una colina que se transformó en una masa sólida de narcisos, desde los pasajeros hasta el cielo. Todos los que jugaban al tenis en Montreux, en las pistas que había junto al lago, parecían ya puntitos. Había una sensación nueva en el aire, un frescor que se encarnó en música cuando el tren entró en Glion y oyeron la orquesta que tocaba en el jardín del hotel.

Cuando cambiaron al tren que les iba a llevar por la montaña, el agua que

soltaba a chorros la cámara hidráulica ahogó la música. Prácticamente sobre ellos estaba Caux, donde las mil ventanas de un hotel ardían al sol del atardecer.

Pero esta vez el sistema era diferente. Una ruidosa locomotora tiraba de los pasajeros haciéndoles dar vueltas y más vueltas por una vía serpenteante que subía y volvía a subir. Subían traqueteando entre nubes bajas y por un momento Dick perdió de vista a Nicole en medio del humo de aquella pequeña locomotora en diagonal. Sortearon una racha de viento perdida; el hotel crecía de tamaño con cada vuelta hasta que, ante su gran sorpresa, se encontraron allí, encima del sol.

En la confusión de la llegada, mientras Dick se colgaba la mochila al hombro y se dirigía a recoger su bicicleta por el andén, se encontró a Nicole a su lado.

— ¿Es que no se aloja en nuestro hotel? —preguntó.

—Estoy haciendo economías.

— ¿Por qué no viene a cenar con nosotros?

En aquel momento se armó cierta confusión con los equipajes.

—Le presento a mi hermana. El doctor Diver, de Zurich.

Dick saludó a una joven de veinticinco años, alta y segura de sí misma. Como había conocido a otras mujeres que, como ella, llevaban los labios pintados como una flor abierta dispuesta a ser libada, pensó que, a pesar de tener una presencia que imponía, debía ser vulnerable.

—Me dejaré caer después de la cena —prometió Dick—. Primero tengo que aclimatarme.

Montó en su bicicleta y se alejó, sintiendo los ojos de Nicole fijos en él, sintiendo sobre sí la desesperación de su primer amor, que se le enroscaba dentro. Subió los trescientos metros de cuesta que había hasta el otro hotel, pidió una habitación y se encontró de pronto lavándose sin el menor recuerdo de los últimos diez minutos. En su mente sólo había una especie de exaltación ebria surcada de voces; voces insignificantes que no sabían hasta qué punto era amado.

IX

Le estaban esperando y sin él estaban incompletos. Seguía siendo el elemento imprevisible. En la señorita Warren y el joven italiano se leía la

expectación tan claramente como en Nicole. El salón del hotel, cuya acústica era legendaria, era exclusivamente para bailar, pero había una pequeña galería de inglesas de cierta edad con gargantillas, el pelo teñido y la cara con polvos de un gris rosado, y de americanas de cierta edad con pelucas blancas como la nieve, vestidos negros y los labios rojo cereza. La señorita Warren y Marmora ocupaban una mesa que estaba en un rincón. Nicole estaba a treinta metros de distancia, en posición diagonal con respecto a ellos, y al llegar Dick oyó su voz:

¿Me oye? Le estoy hablando sin forzar la voz.

—Perfectamente.

—Hola, doctor Diver.

— ¿Qué pasa?

— ¿Se da usted cuenta de que la gente que está en medio de la pista no puede entender lo que digo y usted sí?

—Nos lo dijo un camarero —explicó la señorita Warren—. De esquina a esquina. Es como la radio.

Era emocionante estar en la cima de la montaña, como en un barco que navegara por alta mar. Enseguida se les unieron los padres de Marmora. Trataban a las Warren con mucha deferencia y Dick dedujo que su fortuna tenía algo que ver con un banco de Milán que tenía algo que ver con la fortuna de los Warren. Pero Baby Warren quería hablar con Dick, quería hablar con él con el mismo impulso que la lanzaba vagarosamente a todo hombre nuevo, como si anduviera en la cuerda floja y pensara que lo mejor era llegar al otro extremo lo antes posible. Cruzaba las piernas y las volvía a cruzar una y otra vez, a la manera de las vírgenes altas e inquietas.

—Nicole me ha dicho que usted también se ocupó de ella y tuvo mucho que ver en que se pusiera bien. Lo que no acabo de entender es lo que se espera que hagamos ahora. ¡Fueron tan imprecisos en el sanatorio! Lo único que me dijeron es que procuráramos que estuviera contenta y la dejáramos ser espontánea. Pero ya ve. Como sabía que estaban aquí los Marmora, le dije a Tino que por qué no se venía con nosotras en el funicular. Y lo primero que hace Nicole es arrastrarlo de un extremo al otro del tren como si estuvieran los dos chalados.

—Pero eso fue totalmente normal —dijo Dick, echándose a reír—. Yo diría que es buena señal. Estaban los dos a ver quién impresionaba más a quién.

—Pero ¿cómo voy a saber yo qué es normal y qué no lo es? Antes de que me pudiera dar cuenta, y prácticamente ante mis propios ojos, se cortó el pelo

en Zurich porque había visto una fotografía en Vanity Fair.

—No pasa nada. Es una esquizoide. Es decir, una excéntrica permanente. Eso no puede cambiarse.

— ¿Y qué quiere decir eso?

—Pues lo que he dicho: una excéntrica.

— ¿Y cómo se puede saber si algo es una excentricidad, una locura?

—Nadie está loco. Nicole es feliz y se encuentra como nueva. No hay nada que temer.

Baby cruzaba y descruzaba las piernas. Era un compendio de todas las mujeres insatisfechas que habían amado a Lord Byron cien años antes y, a pesar de su trágica historia con el oficial de la Guardia Real, había en ella una cierta rigidez de virgen onanista.

—No es que me importe la responsabilidad —manifestó—, pero no sé muy bien qué hacer. Nunca habíamos tenido nada así en nuestra familia. Sabemos que Nicole tuvo algún trauma y mi propia opinión es que fue algún chico, pero en realidad no sabemos nada. Papá dice que si hubiera podido saber quién era le habría pegado un tiro.

La orquesta estaba tocando Pobre mariposa y Marmora hijo bailaba con su madre. Era una canción bastante nueva para todos. Dick la escuchaba y observaba a la vez los hombros de Nicole mientras ésta charlaba con Marmora padre, que tenía el pelo a mechas blancas y negras como las teclas de un piano, y se puso a pensar en los hombros de un violín y luego en la deshonra, el secreto. Oh mariposa: los instantes se convierten en horas…

—En realidad, tengo un plan —seguía diciendo Baby, con una obstinación por la que a la vez parecía pedir disculpas—. Tal vez le parezca absurdo a usted, pero, según dicen, habrá que seguir cuidando a Nicole durante algunos años. No sé si ha estado alguna vez en Chicago…

—No, no he estado nunca.

—Bueno, el caso es que está la parte norte y la parte sur, muy separadas la una de la otra. La parte norte es la elegante y eso, y nosotros hemos vivido siempre allí, por lo menos desde hace muchos años, pero cantidad de familias antiguas, familias antiguas de Chicago, no sé si me entiende, siguen viviendo en la parte sur. Allí es donde está la Universidad. A alguna gente le resulta el ambiente opresivo, pero bueno, es diferente de la parte norte. No sé si entiende lo que estoy diciendo.

Dick asintió. Concentrándose un poco había logrado entender de qué hablaba.

—Naturalmente, conocemos cantidad de gente allí. Papá controla ciertas cátedras y becas y cosas de ésas en la Universidad, y se me ocurrió que si nos llevamos a Nicole a casa y la introducimos en ese ambiente —al fin y al cabo, a ella le gusta mucho la música y habla cantidad de idiomas y eso—, qué cosa mejor le podría pasar en su estado que enamorarse de un médico que esté bien y…

Dick estaba a punto de soltar una carcajada. O sea, que los Warren le iban a comprar un médico a Nicole. (¿No tendrán ustedes un médico que esté bien? ¿Nos lo pueden prestar?). No había que preocuparse por Nicole puesto que ellos podían permitirse el lujo de comprarle un médico joven y presentable con la pintura todavía fresca.

—Pero ¿y el médico? —dijo maquinalmente.

—Muchos habrá que no quieran perderse una oportunidad así.

Los que habían estado bailando regresaban ya, pero Baby tuvo tiempo de decirle en voz baja:

—Ésa es la idea que se me ocurrió. Bueno, y ahora ¿dónde está Nicole? ¿Dónde se habrá metido? ¿Estará arriba en su habitación? ¿Qué debo hacer? Nunca sé si es algo sin importancia o si tengo que ponerme a buscarla.

—A lo mejor sólo quiere estar a su aire un poco. La gente que vive sola se habitúa a la soledad.

Pero al ver que la señorita Warren no estaba escuchando lo que decía, se interrumpió.

—Voy a echar un vistazo.

Afuera todo estaba envuelto en niebla. Por un momento tuvo la sensación de que era como la primavera con las cortinas echadas. Sólo había vida en las proximidades del hotel. Dick pasó por delante de un sótano a través de cuyas ventanas se veía a unos ayudantes de camarero que jugaban a las cartas sentados en literas con una botella de litro de vino español. A medida que se acercaba a la avenida comenzaban a asomar las estrellas sobre las blancas cumbres alpinas. En el paseo en forma de herradura desde el que se dominaba el lago estaba Nicole, inmóvil entre dos veladores, y Dick se acercó por el césped sin hacer ruido. Al volverse a mirarlo, la expresión de su rostro no parecía denotar exactamente que se alegrara de verle allí, y por un instante se arrepintió de haber ido.

—Su hermana estaba preocupada.

— ¡Oh!

Estaba acostumbrada a que la vigilaran. Trató de dar explicaciones, pero

no le resultaba fácil.

—A veces me pongo un poco… todo es un poco… demasiado. He vivido tan plácidamente. Esa música que tocaban era demasiado. Me daba ganas de llorar.

—Lo entiendo.

—Ha sido un día tan emocionante.

—Lo sé.

—No quiero ser insociable. Ya he causado bastantes problemas a todos. Pero esta noche tenía que escaparme.

A Dick le vino a la cabeza de pronto —como a un moribundo le podía venir a la cabeza que había olvidado decir dónde estaba su testamento— que Nicole había sido «reeducada» por Dohmler y las generaciones fantasmales que le habían precedido. También se le ocurrió pensar que eran muchas las cosas que se le tendrían que enseñar a Nicole. Pero tras haber registrado estos datos en su mente, decidió hacer frente a la situación tal como insistía en presentarse.

—Usted es una buena persona. No se deje influir por lo que piense que los demás opinan de usted y confíe en su propio criterio.

— ¿A usted le gusto?

—Claro.

— ¿Y habría podido…?

Caminaban hacia el extremo más oscuro de la herradura, que estaba a doscientos metros de distancia.

—Sí no hubiera estado enferma, ¿usted habría podido…? Quiero decir, ¿hubiera sido el tipo de chica de la que usted podría…? Oh, qué tontería. Bueno, ya sabe lo que quiero decir.

Por fin había ocurrido lo que tenía que ocurrir. Dick se sentía poseído por la irracionalidad de todo aquello. La tenía tan cerca que casi no podía respirar, pero una vez más su tan ejercitado aplomo acudió en su ayuda con una risita de adolescente y una observación banal.

—Se está engañando a sí misma, jovencita. Yo conocía a un tipo que se enamoró de su enfermera…

La anécdota seguía y seguía estirándose, acentuada por el ruido de sus pasos. De pronto Nicole la interrumpió con una brusquedad muy de Chicago:

— ¡Qué narices!

—Esa expresión es muy vulgar.

— ¡Y qué! —repuso indignada—. Usted se cree que no tengo sentido común. Tal vez no lo tuviera antes de ponerme enferma, pero ahora sí lo tengo. Usted es el hombre más atractivo que he conocido nunca, y si no me diera cuenta de ello podría pensarse que sigo estando loca. He tenido mala suerte, lo reconozco. Pero no intente hacerme creer que no me entero de nada. Sé perfectamente todo lo que pasa entre usted y yo.

Dick estaba en situación de desventaja por otra razón, además. Se acordó de lo que había dicho la mayor de las Warren de los médicos jóvenes que se podían comprar en el mercado intelectual de la parte sur de Chicago, y por un instante se endureció.

—Es usted encantadora, pero no me puedo enamorar.

—No me da usted ni una oportunidad.

— ¿Qué?

Aquella impertinencia, que parecía dar a entender que tenía derecho a invadirle, le dejó anonadado. Salvo que aceptara la anarquía total, no se le ocurría pensar en ninguna oportunidad que Nicole Warren mereciera.

—Dámela ahora.

A Nicole se le enronqueció la voz hasta hundirse en su pecho, y al acercarse a él, se tensó sobre su corazón el prieto corpiño que llevaba. Dick sintió la frescura de sus labios, su cuerpo que suspiraba de alivio en el abrazo que se hacía más fuerte. Ya no cabía hacer plan alguno, porque era como si Dick hubiera hecho arbitrariamente una mezcla indisoluble al unir unos átomos que ya no se podían separar; se podría desechar la mezcla, pero los átomos ya nunca podrían volver a ocupar el lugar que les correspondía en la escala atómica. Mientras la tenía abrazada y sentía su sabor, y ella se doblaba más y más entregándose a él, entregándole sus labios, que hasta para ella eran nuevos, ahogada y sumida en amor y sin embargo apaciguada y triunfante, se alegraba simplemente de existir, aunque sólo fuera como un reflejo en los ojos húmedos de Nicole.

— ¡Oh Dios! —dijo jadeante—. Qué maravilla besarte.

Eso sólo eran palabras, pero Nicole lo tenía en su poder ya y no lo iba a soltar. De pronto se hizo la coqueta y se apartó, dejándolo tan suspenso como lo había estado en el funicular esa misma tarde. Pensaba: «Así aprenderá a no ser tan engreído; vaya manera de tratarme. Ah, pero fue ¡tan maravilloso! Ya lo tengo: es mío». Ahora le tocaba huir, pero era todo tan tierno y tan nuevo que andaba despacio, como si temiera dejar de sentirlo.

De pronto se estremeció. Allá abajo, a una distancia de seiscientos metros,

se veían el collar y la pulsera de luces que eran Montreux y Vevey y, más allá, el oscuro colgante de Lausana. Desde algún lugar de aquel abismo subía el débil sonido de una música de baile. Nicole tenía ya la mente despejada. Lo veía todo con frialdad y estaba tratando de confrontar los recuerdos sentimentales de su infancia con la misma determinación con que va a emborracharse un soldado después de una batalla. Pero seguía temiendo a Dick, que estaba cerca de ella, apoyado, en una de sus posturas características, en la cerca de hierro que bordeaba la herradura; y esto la llevó a decir:

—Recuerdo que solía esperarte en el jardín sosteniendo todo mi ser en los brazos como un cesto de flores. Ésa al menos es la impresión que tenía. Me parecía tan encantador, estar allí esperando para entregarte ese cesto de flores.

Sintió la respiración de Dick en el hombro. La obligó a volverse hacia él y ella le besó varias veces, y cada vez que se acercaba, agarrándose a sus hombros, se le agrandaba el rostro.

—Está lloviendo mucho.

De repente se oyó una detonación que venía de las laderas cubiertas de viñas del otro lado del lago; estaban lanzando cañonazos contra las nubes cargadas de granizo para romperlas. Todas las luces de la avenida se apagaron y luego volvieron a encenderse. Entonces se precipitó la tormenta, que cayó primero del cielo y luego en torrentes de las montañas, arrastrándose estrepitosamente por los caminos y las acequias de piedra. Llegó acompañada de un cielo sombrío y amenazador, rayos feroces y truenos que parecían partir la tierra en dos, mientras las nubes desgarradas pasaban en su huida destructora por encima del hotel. Desaparecieron el lago y las montañas y el hotel se encogió en medio del tumulto, el caos y las tinieblas.

Para entonces Dick y Nicole habían llegado al vestíbulo, donde Baby Warren y los tres Marmora les aguardaban inquietos. Qué sensación tan vivificante haber escapado de la lluvia y la niebla y estar allí, entre aquel golpear de puertas, riendo y temblando de emoción, con el viento aún ululando en sus oídos y las ropas empapadas. En la sala de baile la orquesta tocaba un vals de Strauss y el sonido resultaba demasiado agudo y desconcertante.

«¿Que el doctor Diver se casó con una de sus pacientes? Pero ¿cómo ocurrió? ¿Cómo empezó la cosa?».

— ¿Por qué no se va a cambiar y luego vuelve? —dijo Baby Warren a Dick tras examinarlo detenidamente.

—No tengo nada que ponerme, como no sea unos pantalones cortos.

Mientras caminaba trabajosamente hacia su hotel en un impermeable prestado, no cesaba de reír para sus adentros.

«Qué gran oportunidad, efectivamente. ¡Dios santo! ¿Conque decidieron comprar un médico? Pues bien: más vale que se conformen con lo que puedan encontrar en Chicago».

Pero mostrarse tan implacable le pareció repulsivo y trató de compensar a Nicole recordando que jamás había probado unos labios tan frescos como los suyos, recordando las gotas de lluvia como lágrimas que derramara por él que caían sobre sus suaves mejillas de porcelana… El silencio que se hizo al cesar la tormenta le despertó hacia las tres de la mañana. Se levantó y fue hasta la ventana. La belleza de Nicole subía por la pendiente ondulada, entraba en la habitación y se filtraba por las cortinas con un leve susurro.

A la mañana siguiente trepó los dos mil metros que había hasta Rochers de Naye, muy divertido por el hecho de que el encargado del funicular del día anterior hubiera aprovechado su día libre para trepar también.

Luego Dick bajó hasta Montreux para darse un baño y volvió a su hotel a tiempo para la cena. Tenía dos notas esperándole:

No estoy en absoluto avergonzada por lo de anoche. Fue la cosa más bonita que me ha pasado nunca e incluso si no le vuelvo a ver nunca más, mon capitain, me alegro de que haya ocurrido.

El tono era bastante desarmante. La pesada sombra de Dohmler se desvaneció mientras Dick abría el segundo sobre:

QUERIDO DOCTOR DIVER.

Le llamé por teléfono pero había salido. ¿Podría pedirle un inmenso favor? Debido a circunstancias imprevistas he de regresar a París y parece ser que es mucho más rápido si me voy por Lausana. ¿Le importaría que Nicole viajara con usted hasta Zurich, ya que se va usted el lunes, y dejarla luego en el sanatorio? ¿Es mucho pedir?

Le saluda atentamente,

BETH EVAN WARREN

Dick se puso furioso. La señorita Warren sabía que había ido en bicicleta, pero la nota estaba redactada de tal forma que era imposible negarse. ¡Qué fácil nos lo pone! ¡La bendita propincuidad y el dinero de los Warren!

Pero se equivocaba. No era ésa la intención de Baby Warren. Había examinado a Dick con su mirada experta de mujer de mundo, lo había medido con su regla retorcida de anglófila y había llegado a la conclusión de que no estaba a la altura de lo que se hubiera esperado de él; a pesar de que físicamente le parecía muy apetecible. Pero era demasiado «intelectual» para ella y le encasillaba en un tipo de ambiente similar al de cierta gente entre zarrapastrosa y con pretensiones sociales que había tenido ocasión de conocer

en Londres. Era demasiado intenso para estar realmente bien. No veía ninguna posibilidad de que se pudiera convertir en lo que ella entendía por aristócrata.

Y encima, era testarudo. Por lo menos seis veces había notado que, mientras ella le hablaba, dejaba de prestarle atención y adoptaba ese aire ausente tan raro que a veces tenía la gente. Nunca le había parecido bien el desenfado con que se comportaba Nicole de niña y ya se había convencido de que lo más sensato era considerarla «un caso perdido». Pero, en todo caso, el doctor Diver no era el tipo de médico que se podía imaginar como miembro de su familia.

Simplemente se servía de él en esa ocasión porque le convenía.

Pero aquel favor que le pedía tuvo las consecuencias que Dick daba por supuesto que ella deseaba. Un viaje en tren puede ser algo terrible, doloroso o divertido; puede ser como un vuelo de prueba o puede ser la prefiguración de otro viaje, del mismo modo que un día concreto con un amigo puede ser largo, desde la excitación de la mañana hasta el momento en que los dos se dan cuenta de que tienen hambre y se ponen a comer. Luego llega la tarde y todo decae, porque se tiene la sensación de que la jornada va a terminar, pero todo se vuelve a animar al final. A Dick le entristecía ver la modesta felicidad de Nicole; y sin embargo, era alivio lo que sentía ella al regresar al único hogar que conocía. Ese día no hubo ninguna escena de amor, pero cuando la dejó ante la puerta desolada al borde del lago de Zurich y ella se volvió a mirarle, comprendió que desde aquel momento y ya para siempre el problema de ella era de los dos.

X

En el mes de septiembre el doctor Diver estaba tomando el té con Baby Warren en Zurich.

—Creo que es una imprudencia —decía ella—. Realmente, no entiendo muy bien qué hay detrás de todo esto. —Será mejor que no nos pongamos desagradables.

—Al fin y al cabo, soy la hermana de Nicole, ¿no?

—Eso no le da derecho a ponerse desagradable. A Dick le irritaba no poder decirle tantas cosas que sabía.

—Nicole será muy rica, pero eso no quiere decir que yo sea un aventurero.

—Ésa es la cuestión —recalcó Baby—. Nicole es rica.

— ¿Cuánto dinero exactamente tiene? —preguntó Dick. Baby se sobresaltó y Dick, riéndose para sus adentros, continuó:

— ¿Ve como todo esto es absurdo? En realidad, debería hablar con algún hombre de su familia.

—Lo han dejado todo en mis manos —insistió ella—. No es que pensemos que sea usted un aventurero. Es que no sabemos quién es.

Soy doctor en medicina —dijo Dick—. Mi padre es clérigo, ya retirado. Vivíamos en Buffalo y no tengo ningún inconveniente en que investiguen mi pasado. Estudié en New Haven y luego gané una beca Rhodes. Mi bisabuelo fue gobernador de Carolina del Norte y soy descendiente directo de Anthony Wayne el Loco.

— ¿Quién era Anthony Wayne el Loco? —preguntó Baby con aire suspicaz.

— ¿Anthony Wayne el Loco?

—Creo que ya hay suficiente locura en toda esta historia.

Dick movió la cabeza con impaciencia y en ese momento Nicole salió a la terraza del hotel y miró alrededor tratando de encontrarlos.

—Estaba demasiado loco para dejar tanto dinero como Marshall Field —dijo Dick.

—Todo eso está muy bien, pero…

Baby tenía razón y lo sabía. Cara a cara, prácticamente ningún clérigo podía estar por encima de su padre. La suya era una familia aristocrática americana sin título. Bastaba que su apellido apareciera en el registro de un hotel o en la firma de una carta de presentación, o fuera utilizado en una situación difícil, para provocar una metamorfosis psicológica en la gente, y eso era lo que había afianzado su sentido de la posición que tenían. Todos esos datos los sabía por los ingleses, que los conocían desde hacía más de doscientos años. Pero lo que no sabía era que Dick había estado dos veces a punto de tirarle a la cara aquel proyecto de boda. Lo que esta vez lo impidió fue que Nicole los encontró al fin y apareció radiante, fresca y pura en aquel atardecer de septiembre.

Qué tal, abogado. Nos vamos mañana a Como por una semana y luego regresamos a Zurich. Por eso quería que lo arreglara usted con mi hermana, porque nos da igual la cantidad que se me asigne. Vamos a llevar una vida muy sencilla en Zurich durante dos años y Dick tiene suficiente para los dos. No, Baby, tengo más sentido práctico de lo que te imaginas. Sólo lo voy a necesitar para ropa y cosas así… ¿Qué? Pero eso es más de lo que… ¿Nos podemos realmente permitir una cantidad así? Desde luego, no voy a poder

gastarlo. ¿Tanto tienes? ¿Y por qué tienes más? ¿Es porque se me considera una incapaz? Muy bien pues: que mi parte se vaya amontonando… No. Dick se niega absolutamente a tener que ver con eso. Se me tendrá que subir a mí el dinero a la cabeza por los dos… Baby, no tienes ni idea de cómo es Dick. Lo conoces menos que… Bueno, y ahora dónde firmo. Oh, perdón.

Dick, ¿verdad que es una sensación rara estar juntos, tan lejos de los demás? No tenemos dónde ir, sino el uno al otro.

Vamos a querernos y querernos. Ah, pero yo te quiero más que tú a mí, y noto perfectamente cuando te alejas de mí, aunque sea un poco. Me parece maravilloso ser como los demás, alargar la mano y sentir tu cuerpo cálido junto a mí en la cama… Llame a mi marido al hospital, por favor. Sí, el librito se está vendiendo en todas partes: quieren publicarlo en seis idiomas. Yo iba a hacer la traducción al francés, pero esta temporada me siento muy cansada. Me da miedo caerme, me siento tan pesada y tan torpe… como un budín que se rompe y ya no hay manera de ponerlo derecho. Cuando me ponen el estetoscopio tan frío sobre el corazón lo único que se me ocurre pensar es «Je m'en fiche de tout»… Oh, esa pobre mujer en el hospital con el niño azul. Mucho mejor sería que se muriera. ¿No es estupendo que ahora seamos tres?

… Eso no me parece razonable, Dick. Tenemos motivos de sobra para coger el piso que es más grande. ¿Por qué tenemos que sacrificarnos por el simple hecho de que los Warren tienen más dinero que los Diver? Oh, gracias, cameriere, pero hemos cambiado de idea. Un clérigo inglés nos ha dicho que el vino de aquí de Orvieto es excelente. ¿Que no viaja bien? Debe ser por eso por lo que no lo conocíamos, porque nos encanta el vino.

Los lagos están hundidos en el lodo marrón y las laderas tienen tantos pliegues como un vientre. El fotógrafo nos dio la foto mía en la que estoy con el pelo lacio apoyada en la baranda de la barca que nos llevaba a Capri. «Adiós, Gruta Azul», cantaba el barquero, «vuelve prontooo». Y después recorrimos la espinilla caliente y siniestra de la bota italiana con el viento que susurraba entre aquellos castillos misteriosos y los muertos que nos contemplaban desde lo alto de aquellas montañas.

… Se está bien en este barco, golpeando los dos la cubierta con nuestros tacones al mismo tiempo. Ésta es la esquina donde sopla el viento y cada vez que la doblamos, me inclino haciendo frente al viento y me envuelvo bien en el abrigo sin perder el paso que marca Dick. Cantamos cualquier tontería:

Oh, oh, oh, oh.

no hay más flamencos que yo,

oh, oh, oh, oh.

no hay más flamencos que yo.

La vida con Dick es muy divertida. La gente que está en las hamacas nos mira y una mujer está tratando de entender lo que cantamos. Dick se ha cansado ya de cantar, así que, sigue tú solo, Dick. Solo andarás de otra manera, por una atmósfera más densa, abriéndote paso entre las sombras de las hamacas a través del humo pegajoso de las chimeneas. Notarás tu propio reflejo deslizándose en los ojos de los que te miran. Ya no estás en una isla. Pero supongo que hay que tocar la vida para poder saltar de ella.

Contemplo el mar sentada en el puntal de este bote salvavidas; el viento agita mi pelo y el sol lo hace brillar. Permanezco inmóvil contra el fondo del cielo y este bote fue hecho para transportar mi silueta a la oscuridad azul del futuro. Soy Palas Atenea tallada con veneración en la proa de una galera. El agua está entrando en los retretes y el follaje de espuma verde esmeralda se repliega protestando por la popa.

… Ese año viajamos mucho, de Woolloomooloo Bay a Biskra. Al entrar en el Sahara nos tropezamos con una plaga de langostas y el chófer nos explicó amablemente que eran abejorros. Por las noches el cielo estaba cubierto, preñado con la presencia de un dios extraño que nos vigilaba. ¡Oh, aquella pobrecita Ouled Nail, tan desnuda! La noche era un estruendo: los tambores del Senegal, las flautas, los gemidos de los camellos y el golpeteo incesante de los nativos con sus zapatos hechos de viejos neumáticos.

Pero en esa época yo estaba otra vez mal: los trenes y las playas eran una misma cosa para mí. Por eso me había llevado de viaje, pero después de nacer mi segundo hijo, mi pequeña Topsy, todo se volvió oscuro de nuevo.

… Si pudiera avisar a mi marido, que ha tenido a bien abandonarme aquí, dejándome en manos de incompetentes. ¿Qué dice usted, que mi niña es negra? Eso es ridículo. Es una broma de mal gusto. Fuimos a África exclusivamente para ver Timgad, puesto que lo que más me interesa en la vida es la arqueología. Estoy harta de no saber nada y de que me lo recuerden a cada instante.

… Cuando me ponga bien quiero ser una persona tan completa como tú, Dick. Me pondría a estudiar medicina si no fuera porque es demasiado tarde. Deberíamos gastarnos mi dinero y comprarnos una casa. Estoy harta de pisos y de tener que estar esperándote. Y tú no aguantas ya Zurich y no encuentras tiempo aquí para escribir y siempre dices que el que un científico no escriba equivale a una confesión de debilidad por su parte. Y yo recorreré todo el campo del saber y me decidiré por algo y lo estudiaré realmente bien, de modo que si tengo otra recaída podré tener algo a que agarrarme. Y tú me ayudarás, Dick, para que no me sienta tan culpable. Viviremos cerca de una playa cálida donde podamos broncearnos y seguir jóvenes juntos.

… Esta casita le servirá a Dick de estudio. Ah, la idea se nos ocurrió a los dos al mismo tiempo. Habíamos pasado por Tarmes una docena de veces y nos acercamos hasta aquí y vimos que las casas estaban desocupadas, salvo dos establos. Para la compra utilizamos a un francés de intermediario, pero en cuanto la Marina se enteró de que unos americanos habían comprado parte de un pueblecito en una colina envió aquí a sus espías. Estuvieron rebuscando entre todo el material de construcción convencidos de que iban a encontrar cañones. Y finalmente nos tuvo que echar una mano Baby, que conoce gente en el Ministerio de Asuntos Exteriores en París.

Nadie viene a la Riviera en verano, así que contamos con tener unos pocos invitados y trabajar. Hay algunos franceses aquí. La semana pasada vino Mistinguett y se extrañó de que el hotel estuviera abierto todavía. Y también Picasso y el que escribió Pas sur la bouche.

Dick, ¿por qué nos has registrado como señores de Diver en lugar de doctor Diver y señora? No sé. Me pasó por la cabeza y quería preguntártelo. Tú me has enseñado que el trabajo lo es todo y te creo. Siempre decías que un hombre aprende cosas y cuando deja de aprenderlas es como todos los demás, y por eso lo que debe hacer es adquirir poder antes de que deje de aprenderlas. Si quieres volverlo todo patas arriba, me parece muy bien, pero, cariño, ¿tiene que seguirte tu Nicole como un perrito faldero?

Tommy dice que estoy muy callada. La primera vez que me puse bien hablaba muchísimo con Dick hasta las tantas de la noche, los dos sentados en la cama encendiendo cigarrillos, y luego, cuando despuntaba el alba azul, nos hundíamos en las almohadas para que no nos diera la luz en los ojos. Algunas veces me pongo a cantar, o juego con los animales, y también tengo unos cuantos amigos: Mary, por ejemplo. Cuando hablamos Mary y yo, ninguna escucha lo que dice la otra. Hablar es cosa de hombres. Cuando estoy hablando me digo a mí misma que tal vez sea Dick el que habla. He llegado a ser incluso mi hijo, al acordarme de lo juicioso y tranquilo que es. A veces soy el doctor Dohmler y alguna vez, puede que hasta sea un aspecto de ti, Tommy Barban. Creo que Tommy está enamorado de mí, pero de una manera muy tierna, que me conforta. Lo suficiente, sin embargo, para que empiece a notarse cierta hostilidad entre él y Dick. Pero, con todo, nunca han ido tan bien la cosas como ahora. Estoy rodeada de amigos que me quieren. Estoy aquí, en esta playa tranquila, con mi marido y mis dos hijos. Todo es perfecto… o lo será si consigo terminar de traducir al francés esta condenada receta de pollo a la Maryland. ¡Qué calentitos siento los pies en la arena!

—Sí, voy a mirar. Más gente nueva… Ah, sí, esa chica. ¿A quién decís que se parece?… No, no la he visto. No tenemos muchas posibilidades aquí de ver las películas americanas más recientes. ¿Rosemary qué? Realmente, se está poniendo esto muy de moda. ¡Y eso que estamos en julio! ¿No os parece más

bien raro? Sí, de acuerdo: es una monada. Pero ya hay gente de sobra.

XI

En pleno mes de agosto, el doctor Richard Diver y la señora Elsie Speers estaban sentados en el Café des Alliés bajo unos árboles polvorientos que les daban sombra. El suelo calcinado empañaba el brillo de la mica y de la costa llegaban, a través del Esterel, unas ráfagas de mistral que balanceaban los barcos de pesca en el puerto y hacían que sus mástiles apuntaran desde diferentes ángulos hacia aquel cielo monótono.

—He tenido carta esta mañana —dijo la señora Speers—. ¡Qué mal rato debieron pasar con todos esos negros! Pero Rosemary dice que se portó usted maravillosamente bien con ella.

—A Rosemary deberían darle una condecoración. Fue todo bastante tremendo. A la única persona a la que no le causó el menor trastorno fue a Abe North. Se fue disparado a embarcarse al Havre y probablemente no se ha enterado todavía de lo que pasó.

—Siento que la señora Diver se llevara un disgusto —dijo cautelosamente.

Rosemary le había escrito:

Nicole parecía que había perdido el juicio. No quise ir al sur con ellos porque bastante tenía ya Dick.

—Ya se encuentra bien —dijo Dick casi con impaciencia—. De modo que se va usted mañana. ¿Y cuándo se embarcan?

—Inmediatamente.

— ¡Qué pena que se vayan!

—Nos alegramos mucho de haber venido. Lo hemos pasado muy bien gracias a ustedes. Es usted el primer hombre que le ha gustado realmente a Rosemary.

Otra ráfaga de viento se coló por entre las colinas purpúreas de La Napoule. Algo en el aire anunciaba que la tierra se estaba precipitando hacia un cambio atmosférico; el momento exquisito, intemporal, de la plenitud del verano había pasado ya.

—Rosemary había estado enamoriscada más de una vez, pero antes o después siempre me pasaba al hombre en cuestión… La señora Speers rio un poco y terminó la frase: —… para que le hiciera la disección.

—Así que yo me libré.

Nada hubiera podido hacer yo. Estaba enamorada de usted antes de que yo le conociera. Le dije que siguiera adelante.

Dick vio que en los planes de la señora Speers no se había tenido en cuenta lo que él pudiera pensar, o Nicole, y también que la causa de su amoralidad estaba en las condiciones de su propia renuncia. Era su derecho, la pensión que cobraba después de haber jubilado sus sentimientos personales. Las mujeres son, por necesidad, capaces de prácticamente cualquier cosa en su lucha por la supervivencia y realmente no se las puede declarar culpables de crímenes artificiales como «la crueldad». Mientras la comedia de amor y dolor no sobrepasara ciertos límites, la señora Speers la podía observar con tanta indiferencia e ironía como un eunuco. Ni siquiera había previsto la posibilidad de que Rosemary saliera malparada. ¿O no sería acaso que estaba convencida de que no existía tal posibilidad?

—Si lo que usted dice es cierto, no creo que la haya afectado mucho.

Seguía pretendiendo a toda costa que podía pensar en Rosemary de una manera objetiva.

—Ya lo ha superado. Aunque, por otra parte, tantas cosas importantes de la vida empiezan por parecer accidentales.

—Esto no fue accidental —insistió la señora Speers—. Usted fue el primer hombre y es como un ideal para ella. Me lo dice en todas las cartas.

—Es muy amable.

—No he conocido a nadie más amable que usted y Rosemary, pero esto ella lo dice en serio.

—Mi amabilidad no es más que un truco del corazón.

Esto era verdad en parte. Dick había aprendido de su padre los buenos modales, más bien intencionales, de los jóvenes sureños llegados al norte después de la guerra civil. Los usaba con frecuencia, pero a la vez los despreciaba, porque no representaban una protesta contra lo desagradable que era el egoísmo intrínsecamente, sino contra lo desagradable que resultaba su apariencia.

—Estoy enamorado de Rosemary —le dijo de pronto—. Sé que decírselo a usted supone un exceso por mi parte.

Aquella confesión le sonó muy extraña y oficial. Era como si hasta las mesas y las sillas del Café des Alliés tuvieran que recordarla para siempre. Ya había empezado a notar la ausencia de Rosemary bajo aquellos cielos: en la playa sólo podía pensar en sus hombros pelados por el sol; en Tarmes borraba

con los pies las huellas de sus pisadas cuando cruzaba el jardín; y ahora, la orquesta, que se había puesto a tocar la canción del Carnaval de Niza, un eco de los placeres ya desvanecidos del año anterior, iniciaba la graciosa danza que sólo hablaba de ella. En cien horas Rosemary había llegado a poseer toda la oscura magia del mundo: la belladona, que vuelve ciego; la cafeína, que convierte la energía física en nerviosa; la mandrágora, que impone la armonía.

Haciendo un esfuerzo, llegó a convencerse una vez más de que lo veía todo desde la misma distancia que la señora Speers.

—En realidad, usted y Rosemary no se parecen en nada —dijo—. La sabiduría que usted le transmitió está amoldada a su personaje, a la máscara con que hace frente al mundo. Ella no piensa. En lo más profundo de su ser es irlandesa, romántica, ilógica.

La señora Speers también sabía que Rosemary, a pesar de su apariencia delicada, era como un potro salvaje en el que se podía reconocer al capitán médico Hoyt del Ejército de los Estados Unidos. Si se le hiciera una sección transversal, aparecerían un corazón, un hígado y un alma enormes, bien apretados bajo la deliciosa envoltura.

Mientras se despedía de ella, Dick era consciente de todo el encanto de Elsie Speers, consciente de que para él significaba bastante más que un simple fragmento último de Rosemary del que se desprendía de mala gana. Tal vez hubiera podido inventarse a Rosemary, pero nunca hubiera podido inventarse a su madre. Si la capa, las espuelas y los brillantes que Rosemary se había llevado consigo eran atributos de los que él la había dotado, qué agradable era, por otra parte, observar la elegancia natural de su madre con la certeza de que no era algo que él hubiera evocado. Tenía un aire como de estar esperando. Parecía esperar que un hombre ocupado con algo más importante que ella misma, una batalla o una operación, y al que, por tanto, no se le debía meter prisa ni molestar, terminara de hacer lo que estuviera haciendo. Cuando el hombre hubiera acabado, ella, sin mostrar inquietud ni impaciencia, le estaría esperando en algún lugar sentada en un taburete alto, volviendo las páginas de un periódico.

—Adiós. Y quisiera que las dos recordaran siempre el afecto que les hemos tomado Nicole y yo.

De regreso en Villa Diana, Dick fue a su estudio y abrió los postigos, que se habían cerrado para evitar la luz fulgurante del mediodía. En las dos largas mesas, dispuestos en un ordenado desorden, estaban los materiales de su libro. El volumen I, relativo a la Clasificación, había obtenido cierto éxito en una modesta edición subvencionada. Estaba negociando su reedición. El volumen II era una versión considerablemente ampliada de su primer librito, Psicología para psiquiatras. Como le pasa a tantos hombres, había descubierto que sólo

tenía una o dos ideas, y que su pequeña colección de ensayos, ya en su quincuagésima edición en alemán, contenía el germen de todos sus posibles pensamientos o conocimientos.

Pero en aquel momento aquello le inquietaba mucho. Lamentaba los años que había perdido en New Haven, pero sobre todo consideraba que había una contradicción entre el lujo cada vez mayor con que vivían los Diver y la necesidad de hacer ostentación de él, que al parecer era una de sus condiciones intrínsecas. Cuando se acordaba de la historia que le había contado su amigo rumano del hombre que se había pasado años estudiando el cerebro de un armadillo, le entraba la sospecha de que los alemanes, con lo tenaces que eran, tenían copadas las bibliotecas de Berlín y Viena y se le iban a adelantar sin ninguna consideración. Había decidido más o menos resumir su trabajo, dejándolo en el estado en que se encontraba, y publicarlo en un tomo sin bibliografía de cien mil palabras como introducción a otros tomos más eruditos que escribiría más adelante.

Hizo firme esa decisión mientras daba vueltas en su estudio entre aquellos últimos rayos de sol. De acuerdo con el nuevo plan que se había trazado, podría acabarlo todo para la primavera. Tenía la impresión de que si a un hombre de su energía le habían acosado las dudas durante todo un año era porque había algo que fallaba en el plan.

Puso las barras de metal dorado que usaba como pisapapeles sobre los montones de notas. Barrió un poco, puesto que no permitía que entrara allí ningún criado, limpió superficialmente el cuarto de aseo con Bon Ami, arregló una pantalla y puso en el buzón un pedido para una editorial de Zurich. Luego se sirvió un dedo de ginebra con doble cantidad de agua.

Vio que Nicole estaba en el jardín. Tenía que ir a hablar con ella y quedó paralizado ante esa perspectiva. Delante de ella tenía que mantener una fachada impecable, tanto en aquel momento como al día siguiente, semana tras semana y año tras año. En París la había tenido toda la noche en sus brazos mientras ella dormía con un sueño ligero bajo los efectos del luminal. En la madrugada interrumpió su estado de confusión incipiente antes de que pudiera cobrar forma, hablándole con ternura a fin de que se sintiera protegida, y ella se volvió a dormir, rozándole la cara con el perfume cálido de su pelo. Antes de que se despertara, lo había arreglado todo por teléfono en la habitación contigua. Rosemary se tenía que ir a otro hotel. Volvía a ser la «niña de papá» y ni siquiera se iba a despedir de ellos. El propietario del hotel, el señor McBeth, iba a ser como los tres monos chinos. Al mediodía, después de hacer las maletas en medio de las cajas y el papel de envolver acumulados tras las muchas compras, Dick y Nicole habían salido para la Riviera.

Pero la reacción llegó más tarde. Mientras se acomodaban en el coche-

cama, Dick se dio cuenta de que Nicole le estaba esperando, y cuando se produjo, apenas salido el tren de la estación, fue una reacción fulminante y desesperada. Lo único que deseaba Dick en aquel momento era bajarse en marcha aprovechando que el tren aún iba despacio e ir corriendo en busca de Rosemary, ver lo que estaba haciendo. Se puso las gafas, abrió un libro e hizo como que se enfrascaba en su lectura, consciente de que Nicole, con la cabeza apoyada sobre su almohada, estaba enfrente de él, observándole. Como le resultaba imposible concentrarse en el libro, fingió estar cansado y cerró los ojos, pero Nicole seguía observándole, y a pesar de que estaba adormecida por los efectos del calmante que había tomado, se sentía aliviada y casi feliz de que él volviera a ser suyo.

Con los ojos cerrados era incluso peor, pues notaba una sensación rítmica de encontrar y perder algo, encontrarlo y volver a perderlo, encontrarlo y volver a perderlo, pero para que Nicole no se diera cuenta de su desasosiego, siguió inmóvil en aquella postura hasta la hora del almuerzo. Con el almuerzo las cosas se arreglaron; la comida era siempre buena ¡y eran tantas las veces que habían comido juntos en hosterías y restaurantes, trenes, cantinas de estación y aviones! El apresuramiento, tan familiar ya, de los camareros del tren, las botellas pequeñas de vino y agua mineral y la excelente comida de la línea Paris-Lyon-Mediterranée les crearon la ilusión de que nada había cambiado, y sin embargo, era prácticamente el primer viaje que hacía con Nicole que era un huir de algo y no un ir hacia algo. Mientras hablaban de la casa y de los niños, Dick se bebió una botella entera de vino salvo un vaso que se tomó Nicole. Pero en cuanto regresaron al compartimiento se hizo entre ellos un silencio semejante al del restaurante de enfrente de los jardines de Luxemburgo. Cuando tratamos de retroceder ante algo que nos causa dolor, parece que nos veamos obligados a recorrer de nuevo en sentido inverso el mismo camino que nos llevó hasta allí. Dick sentía un desasosiego que no había experimentado nunca. De repente, Nicole dijo:

—No estuvo nada bien dejar a Rosemary como la dejamos. ¿Tú crees que no le habrá pasado nada?

— ¡Qué le va a pasar! Sabe cuidar de sí misma perfectamente.

Pero para que Nicole no pudiera interpretar aquello como un juicio negativo sobre su capacidad de hacer lo propio, añadió inmediatamente:

—Al fin y al cabo, es una actriz, y por mucho que su madre ande siempre detrás de ella, tiene que saber arreglárselas por sí sola.

—Es muy atractiva.

—Es una cría.

—Pero atractiva.

Mantenían una conversación deshilvanada en la que cada uno expresaba los pensamientos del otro.

—No es tan inteligente como yo pensaba —sugirió Dick.

—Es bastante lista.

—No tanto. Sigue habiendo en ella algo muy infantil.

—Desde luego es muy… muy bonita —dijo Nicole, con aire indiferente pero subrayando cada palabra—, y me pareció que estaba muy bien en la película.

—Estaba bien dirigida. Pensándolo bien, no parecía tener mucha personalidad.

—Yo creo que sí la tenía. Se entiende perfectamente que los hombres la encuentren muy atractiva.

A Dick se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué hombres? ¿Cuántos hombres?

¿Te importa que baje las cortinas?

No, al contrario. Entra demasiada luz.

¿Dónde estará ahora? ¿Y con quién?

—Dentro de unos pocos años va a parecer diez años mayor que tú.

—Al contrario. Hice un dibujo de ella una noche en un programa de teatro, y creo que se va a conservar por muchos años.

Esa noche ninguno de los dos podía dormir. En cuanto pasaran unos días, Dick iba a tratar de desterrar de su vida el fantasma de Rosemary antes de que fuera a habitar con ellos, pero de momento no se sentía con fuerzas para hacerlo. A veces resulta más difícil privarse de un dolor que de un placer, y el recuerdo le obsesionaba tanto que, por el momento, lo único que podía hacer era seguir fingiendo. Esto le resultaba doblemente difícil porque en esos días estaba irritado con Nicole, la cual, después de tantos años, tendría que notar cuándo le venían los primeros síntomas de depresión y hacer lo posible por combatirlos. En un plazo de dos semanas había tenido dos crisis nerviosas; la primera de ellas, la noche que dieron la cena en Tarmes, cuando la encontró en su dormitorio presa de una risa histérica diciéndole a la señora McKisco que no podía entrar en el cuarto de baño porque había arrojado la llave al pozo. La señora McKisco se había quedado atónita y parecía ofendida, pero a la vez, pese a estar desconcertada, se había mostrado comprensiva en cierto modo. En esa ocasión Dick no se había preocupado especialmente porque Nicole parecía estar avergonzada de lo que había pasado. Ella misma llamó al hotel de Gausse, pero los McKisco ya se habían ido.

La crisis de París ya era otra cosa, pues a la luz de ella la primera cobraba más importancia. Parecía anunciar un nuevo ciclo, un nuevo recrudecimiento del trastorno. Después de la tremenda zozobra, no relacionada en absoluto con su profesión de médico, que había experimentado Dick durante la larga recaída de Nicole a raíz del nacimiento de Topsy, se había visto obligado a endurecerse con respecto a ella y a establecer una perfecta separación entre la Nicole enferma y la Nicole sana. Pero eso hacía que le resultara difícil distinguir entre su actitud meramente profesional, que usaba como capa protectora, y aquella especie de frialdad que estaba empezando a sentir. Del mismo modo que la indiferencia, independientemente de que la cultivemos o dejemos que se atrofie, termina por producir un vacío, Dick se había acostumbrado a sentirse vacío de Nicole y cuidaba de ella contra su voluntad sin permitir que en ello intervinieran para nada sus sentimientos. Se habla de que las heridas cicatrizan, estableciéndose un paralelismo impreciso con la patología de la piel, pero no ocurre tal cosa en la vida de un ser humano. Lo que hay son heridas abiertas; a veces se encogen hasta no parecer más grandes que un pinchazo causado por un alfiler, pero siguen siendo heridas. Las marcas que deja el sufrimiento se deben comparar más bien a la pérdida de un dedo o la pérdida de visión en un ojo. Puede que en algún momento no notemos que nos faltan, pero el resto del tiempo, aunque los echemos de menos, nada podemos hacer.

XII

Dick encontró a Nicole en el jardín con los brazos cruzados a la altura de los hombros. Le miró directamente con sus ojos grises en los que había algo de curiosidad infantil.

—He estado en Cannes —dijo Dick—, y me he encontrado a la señora Speers. Se marcha mañana. Quería venir a despedirse de ti, pero la disuadí.

—Lo siento. Me hubiera gustado verla. Me es simpática.

— ¿A que no sabes a quién más he visto? A Bartholomew Tailor.

— ¡No!

—Era imposible no reconocer esa cara de viejo zorro. Andaba buscando por todas partes a la fauna del Ciro’s. El año que viene se van a presentar todos aquí. Ya sospechaba yo que la señora Abrams era una especie de avanzadilla.

—Cada vez que pienso lo escandalizada que estaba Baby el primer verano que vinimos.

—En realidad, les importa un comino estar en un sitio o en otro. No sé por qué no se quedan tranquilamente en Deauville a pasar frío.

— ¿Por qué no empezamos a esparcir rumores de que hay una epidemia de cólera o algo así?

—Le dije a Bartholomew que ciertas clases de personas se morían aquí como moscas. Que un lameculos dura menos que el que dispara una ametralladora en una guerra.

— ¿De verdad se lo dijiste?

—No —reconoció—. Estuvo muy amable. Tenías que habernos visto, dándonos la mano allí en el bulevar. Era como el encuentro de Sigmund Freud con Ward McAllister.

Dick no tenía ganas de hablar: deseaba estar solo y ponerse a pensar en su trabajo y en el futuro para no pensar en el amor y en el presente. Nicole lo sabía, pero sólo de una manera confusa y trágica, y el instinto la llevaba a odiarle un poco al mismo tiempo que deseaba restregarse contra su hombro.

—Un encanto de persona —dijo Dick por decir algo.

Entró en la casa y olvidó de pronto qué era lo que le había hecho ir allí. Luego recordó que había sido el piano. Se sentó silbando y tocó de oído:

Te imagino en mis rodillas,

con té para dos y dos para el «ti»,

y yo para ti y tú para mí.

Pero con la melodía le vino de repente la idea de que al escucharle, Nicole iba a adivinar enseguida que sentía nostalgia de las dos últimas semanas. Se interrumpió en una nota cualquiera y se levantó del piano.

Era difícil decidir a dónde ir. Paseó la mirada por la casa, que era obra de Nicole y se había pagado con el dinero de su abuelo. Lo único que le pertenecía a Dick era su estudio y el terreno en el que éste se levantaba. Con tres mil dólares al año y lo poco que le iba llegando de sus publicaciones tenía para vestirse, para sus gastos, para abastecer la bodega y para sufragar la educación de Lanier, que por el momento sólo consistía en pagar el sueldo de la institutriz. Cada vez que habían pensado en mudarse de sitio, Dick había calculado la parte que le correspondía en los gastos. A fuerza de llevar una vida bastante ascética, de viajar en tercera cuando iba solo, de comprar el vino más barato y procurar que la ropa le durara, aparte de castigarse cada vez que hacía un gasto superfluo, había conseguido mantener una cierta independencia económica. Pero siempre se llegaba a un punto en que las cosas se complicaban: una y otra vez tenían que decidir juntos en qué emplear el dinero

de Nicole. Naturalmente, Nicole, que deseaba que Dick fuera propiedad suya y que nunca se moviera de donde estaba, alentaba cualquier signo de flojedad por su parte y constantemente le estaba inundando de regalos y dinero. La idea de construir aquella casa sobre el acantilado, que había empezado como una fantasía en la que un día se habían recreado, era un ejemplo típico de las fuerzas que los separaban de los simples arreglos en que habían convenido en un principio en Zurich.

Del «¿no sería estupendo que…?», habían pasado al «¡qué estupendo va a ser cuando…!».

Y después de todo, no era tan estupendo. Dick había llegado ya a no distinguir entre lo que era su trabajo y los problemas de Nicole y, por si fuera poco, los ingresos de ella habían aumentado con tal rapidez últimamente que parecían empequeñecer su propio trabajo. Además, con el objetivo de que Nicole se curara, había fingido durante muchos años adaptarse a una estricta vida de familia de la que cada vez se sentía más alejado, y seguir fingiendo resultaba más arduo en aquel ambiente de suave inmovilidad, en el que se veía inevitablemente sometido a un examen microscópico. Que Dick no pudiera ya tocar en el piano lo que le apeteciera era una indicación de que la vida transcurría por cauces cada vez más estrechos. Permaneció largo rato en la gran sala escuchando el zumbido del reloj eléctrico, escuchando el paso del tiempo.

En noviembre las olas ennegrecieron y saltaban por encima del malecón al paseo marítimo; el poco ambiente veraniego que aún quedaba desapareció y las playas presentaban un aspecto melancólico y desolado bajo el mistral y la lluvia. El hotel de Gausse estaba cerrado por reformas y ampliaciones y las obras del casino de verano de Jean-les-Pins habían avanzado mucho y presentaban un aspecto imponente. Cada vez que iban a Cannes o a Niza, Dick y Nicole conocían gente nueva: miembros de orquestas, dueños de restaurantes, entusiastas de la horticultura, navieros —pues Dick se había comprado una vieja lancha— y miembros del Sindicato de Iniciativas. Conocían bien a sus criados y se preocupaban de la educación de los niños. En diciembre Nicole parecía estar ya restablecida. Después de haber pasado un mes sin tensiones, sin labios apretados, sonrisas incomprensibles u observaciones de significado insondable, se fueron a los Alpes suizos a pasar las fiestas de Navidad.

XIII

Antes de entrar, Dick se sacudió con la gorra la nieve que cubría su traje de

esquiar azul oscuro. El gran salón, en cuyo suelo habían dejado sus huellas, como picadura de viruelas, innumerables botas de suela claveteada a lo largo de dos decenios, había sido despejado para el baile de la hora del té, y un grupo numeroso de americanos jóvenes, internos en colegios de los alrededores de Gstaad, brincaba al alegre compás de No traigas a Lulú o tenía un estallido violento al atacar la orquesta un charlestón. Formaban una colonia de gente joven y adinerada pero de gustos sencillos: los verdaderamente ricos, los que hacían de su riqueza una profesión, estaban en Saint-Moritz. Baby Warren consideraba que había hecho un gran sacrificio reuniéndose allí con los Diver.

Dick localizó fácilmente a las dos hermanas en el salón delicadamente embrujado que parecía balancearse suavemente. Destacaban como un anuncio publicitario, espléndidas en sus trajes de esquiar, azul celeste el de Nicole y rojo ladrillo el de Baby. El joven inglés que estaba con ellas les estaba diciendo algo, pero ellas no prestaban atención: estaban contemplando fascinadas aquel baile de adolescentes.

El rostro de Nicole, encendido por la nieve, se iluminó aún más cuando vio a Dick.

— ¿Dónde está?

—Ha perdido el tren. Tendré que volver más tarde. Dick se sentó y cruzó las piernas, balanceando una de sus botas pesadas sobre la rodilla.

—Las dos juntas resultáis realmente impresionantes. De vez en cuando me olvido de que estamos en el mismo grupo y me llevo una impresión tremenda al veros.

Baby era una mujer alta y atractiva, obsesionada por la proximidad de la treintena. Era sintomático que hubiera arrastrado desde Londres a dos hombres para que la acompañaran, uno de ellos apenas salido de Cambridge y el otro ya mayor y endurecido, con aspecto de libertino de la época victoriana. Baby tenía algunas de las características de la solterona típica: no soportaba el contacto físico, se sobresaltaba si alguien le tocaba de pronto y los contactos más prolongados, como besos o abrazos, pasaban directamente de su piel al primer plano de su conciencia. Hacía pocos movimientos con el tronco, con el cuerpo propiamente dicho, y en cambio, daba pataditas en el suelo y erguía la cabeza de una manera que resultaba casi anticuada. Gozaba presintiendo la muerte, prefigurada por las catástrofes que les ocurrían a sus amigos, y se aferraba con obstinación a la idea del trágico destino de Nicole.

El más joven de los dos ingleses de Baby acompañaba a las mujeres por las pistas adecuadas y las atormentaba con las carreras de trineos. Dick, que se había torcido un tobillo al intentar hacer un giro demasiado ambicioso, se

sentía muy contento pasando el tiempo en la pista infantil con los niños o bebiendo kvas con un médico ruso que estaba hospedado en el hotel.

—Pásatelo bien, Dick, por favor —le instó Nicole—. ¿Por qué no te haces amigo de algunas de estas niñitas y bailas con ellas por las tardes?

— ¿Y qué les digo?

Nicole subió varios tonos su voz grave, casi ronca, para simular una coquetería quejumbrosa:

—Les dices: «Niñita, eres lo más monito que he visto». ¿Qué crees que se dice?

—No me gustan las niñitas. Huelen a jabón y a caramelo de menta. Cuando bailo con ellas me siento como si estuviera empujando un cochecito de niño.

Era un tema delicado. Se cuidaba tanto de mirar para otro lado cuando había chicas jóvenes, haciendo como que no las veía, que se le notaba lo incómodo que estaba.

—Tenemos muchos asuntos que tratar —dijo Baby—. En primer lugar, hay noticias de casa: sobre los terrenos que solíamos llamar los terrenos de la estación. La compañía de ferrocarriles compró primero sólo la parte central. Acaba de comprar el resto, que era de mamá, y habrá que pensar en cómo invertir ese dinero.

Haciendo como que le molestaba el giro tan vulgar que había tomado la conversación, el inglés joven se levantó y fue hacia una chica que estaba en la pista de baile. Tras seguirle un instante con la mirada insegura de una muchacha norteamericana víctima de una incurable anglofilia, Baby continuó en tono desafiante:

—Es mucho dinero. Son trescientos mil para cada una. De mis propias inversiones me puedo ocupar yo, pero Nicole no sabe una palabra de valores y me imagino que tú tampoco.

—Tengo que irme a la estación —dijo Dick, no dándose por aludido.

Afuera inhaló la frescura de los copos de nieve que el cielo cada vez más oscuro no le permitía ya ver. Tres niños que pasaban en un trineo le gritaron algo que sonaba como aviso en una lengua desconocida; les oyó dar gritos en el siguiente recodo y, cuando apenas había dado unos pasos, oyó un ruido de cascabeles que avanzaba pendiente arriba en la oscuridad. La estación estaba vibrante de expectación con los chicos y chicas que esperaban a otros chicos y chicas nuevos y, para cuando llegó el tren, a Dick ya se le había contagiado aquel ritmo e hizo creer a Franz Gregorovius que había sacrificado media hora de una lista de placeres sin fin.

Pero el propósito que animaba a Franz era tan firme que se impuso sobre cualquier posible cambio de humor por parte de Dick. «Puede que vaya a Zurich a pasar el día», le había escrito Dick, «o tal vez puedas tú venir hasta Lausana». Franz se las había arreglado para ir hasta Gstaad.

Tenía cuarenta años. Como era una persona madura y sana de mente, sabía resultar agradable en su trato oficial, pero donde más a gusto se sentía era en el ambiente más bien sofocante de su hogar, que le daba una seguridad desde la que podía permitirse despreciar a los ricos desequilibrados que acudían a él para que los reeducara. El prestigio científico heredado le había ofrecido horizontes más amplios, pero él parecía haber optado deliberadamente por una perspectiva más humilde, ejemplarizada por el tipo de esposa que había elegido. Cuando llegaron al hotel, Baby Warren le sometió a un rápido examen y, al no hallar en él ninguno de los rasgos distintivos que respetaba, los atributos o gracias más sutiles por los que se reconocían entre sí los miembros de las clases privilegiadas, le aplicó al trato reservado para los de fuera. A Nicole siempre le imponía un poco su presencia. En cuanto a Dick, le tenía afecto como tenía afecto a todos sus amigos: sin ninguna reserva.

Al llegar la noche, se deslizaron pendiente abajo en dirección al pueblo en los pequeños trineos que cumplen el mismo propósito que las góndolas en Venecia. Su destino era un hotel en el que había una anticuada taberna suiza, toda en madera y resonante, repleta de relojes, barriles, picheles y cabezas de ciervo. En torno a las largas mesas había muchos grupos de personas, como si formaran más bien un solo grupo numeroso, que estaban comiendo fondue, una versión particularmente indigesta del rarebit galés, mitigada con un vino caliente y aromático.

Reinaba un ambiente de jovialidad en la gran sala. Así lo hizo notar el inglés más joven y Dick reconoció que jovialidad era la palabra exacta. El vino estimulante y cabezudo le hizo relajarse y le dio por imaginar que el mundo volvía a ser lo que había sido gracias a aquellos hombres de pelo gris salidos del alegre y desenfadado fin de siglo que cantaban viejas canciones junto al piano con voces estentóreas, aquellas voces juveniles y aquellos vistosos trajes que los remolinos de humo hacían que entonaran con el color de la sala. Por un momento tuvo la sensación de que se encontraban en un barco a punto de recalar; en los rostros de todas las muchachas se leía la misma inocente esperanza ante las posibilidades que parecían brindar la situación y la noche. Dick miró alrededor para ver si se encontraba allí una muchacha que le había llamado particularmente la atención y tuvo la impresión de que estaba en la mesa que había detrás de la suya. Enseguida se olvidó de ella, improvisó un disparate cualquiera y trató de hacer que los de su mesa lo pasaran bien.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Franz en inglés—. No puedo estarme

aquí más de veinticuatro horas.

Ya sabía yo que te traías algo entre manos.

—Tengo un plan que es… ¡maravilloso!

Franz le puso la mano a Dick en la rodilla.

—Tengo un plan que supondría el éxito para nosotros dos.

— ¿Y en qué consiste?

—Dick: sé de una clínica que podría ser nuestra, la vieja clínica de Braun junto al lago de Zug. Todas las instalaciones son modernas, salvo en algunos pequeños detalles. Braun está enfermo. Se quiere ir a Austria, probablemente a morir. Es una oportunidad que no volverá a repetirse. Tú y yo. ¡Menudo par! Por favor, no digas nada hasta que acabe.

Dick dedujo que Baby estaba escuchando lo que decían por el fulgor amarillo que había en sus ojos.

—Es una empresa que tenemos que acometer juntos. No te ataría demasiado; te proporcionaría una base, un laboratorio, un centro. Podrías residir allí digamos la mitad del año, en los meses de buen tiempo. En invierno te podrías ir a Francia o a América y escribir tus libros con la nueva experiencia adquirida en la clínica.

Franz bajó la voz:

—Y para la convalecencia que tengan que hacer en tu familia, no hay que olvidar lo conveniente que puede ser contar con la atmósfera y la regularidad de la clínica siempre a mano.

Dick no le animó con su expresión a que siguiera enfocando por ahí la cuestión, y Franz se dio por enterado haciendo un gesto con la lengua y los labios, y luego prosiguió:

—Podríamos ser socios. Yo el administrador y tú el teórico, el brillante asesor y demás. Yo me conozco: sé que no tengo el talento que tú tienes. Pero se me considera muy capaz a mi manera; soy muy competente en los métodos clínicos más modernos. Más de una vez he estado prácticamente al frente de la vieja clínica, a veces durante meses. El profesor dice que este plan es excelente y me aconseja que no lo deje. Dice que él va a vivir eternamente y va a seguir trabajando hasta el último momento.

Dick trataba de ver mentalmente las posibilidades de aquel proyecto antes de emitir juicio alguno.

— ¿Y en cuanto al aspecto financiero? —preguntó.

Franz levantó la barbilla, las cejas, las arrugas pasajeras de la frente, las

manos, los codos, los hombros; tensó los músculos de las piernas hasta que se abultó la tela de sus pantalones, puso el corazón en la garganta y la voz en el paladar.

— ¡Ésa es la cuestión! ¡El dinero! —gimió—. Yo tengo poco dinero. El precio en dinero americano es doscientos mil dólares. Los innovamientos… (no pareció quedarse muy convencido de la palabra que acababa de acuñar) que convendrás en que es necesario introducir costarán veinte mil dólares americanos. Pero la clínica es una mina de oro. Te lo digo yo, que he visto los libros de cuentas. Con una inversión de doscientos veinte mil dólares tenemos asegurados unos ingresos de…

La curiosidad de Baby era tan patente que Dick hizo que tomara parte en la conversación.

—Con tu experiencia, Baby, ¿no has notado que cuando un europeo quiere ver a un americano muy insistentemente es invariablemente para algo relacionado con dinero?

— ¿De qué se trata? —dijo ella haciéndose la inocente.

—Este joven Privat-dozent piensa que él y yo deberíamos iniciarnos en el mundo de los grandes negocios tratando de atraer a americanos ricos con depresiones nerviosas.

Franz, inquieto, no apartaba la mirada de Baby mientras Dick seguía hablando:

— ¿Y quiénes somos nosotros, Franz? Tú llevas un apellido ilustre y yo he escrito dos libros de texto. ¿Es eso suficiente para atraer a nadie? Y yo no tengo tanto dinero. Vamos, ni la décima parte.

Franz sonrió cínicamente.

—De verdad, no lo tengo. Nicole y Baby son más ricas que Creso, pero todavía no he conseguido echar mano ni a una pequeña parte de su dinero.

Todos se habían puesto a escucharles. Dick se preguntó si no estaría escuchando también la chica de la mesa de atrás. La idea le atrajo. Decidió dejar que Baby hablara por él, como se deja muchas veces a las mujeres que se pongan a discutir problemas cuya solución no está en sus manos. Baby se transformó de pronto en su abuelo, una persona fría y experimentada.

—Creo que es una propuesta que deberías considerar, Dick. No sé lo que estaba diciendo el doctor Gregory, pero a mí me parece…

La chica de la mesa de atrás se había agachado entre volutas de humo a recoger algo del suelo. Nicole, que estaba sentada enfrente de Dick, acopló su rostro al de él. Su belleza, que dudaba entre posar y posarse, afluía a su amor,

siempre preparada para protegerlo.

—Piénsalo bien, Dick —insistió Franz muy agitado—. Si quieres escribir sobre psiquiatría, necesitarás tener una experiencia clínica real. Jung escribe, Bleuler escribe, Freud escribe, Forel escribe, Adler escribe, y todos están en constante contacto con trastornos mentales.

—Dick me tiene a mí —dijo Nicole riendo—. Me parece que ya es suficiente trastorno mental para un solo hombre.

—Es diferente —dijo Franz tratando de obrar con tacto.

Baby estaba pensando que si Nicole vivía cerca de una clínica no tendría que preocuparse más por ella.

—Tendríamos que estudiarlo bien —dijo.

Aunque su insolencia le hizo cierta gracia a Dick, no la dejó que siguiera.

—Es una decisión que tengo que tomar yo, Baby —dijo en tono mesurado —. De todos modos, te agradezco que quieras comprarme una clínica.

Baby, dándose cuenta de que se había entrometido, se apresuró a recoger velas.

—Desde luego, es asunto tuyo y nada más que tuyo.

—Una decisión de esta envergadura puede llevar semanas. No sé si me convence mucho la idea de vernos anclados en Zurich Nicole y yo.

Se volvió hacia Franz, previendo lo que iba a decir:

—Sí, ya sé. Zurich tiene fábrica de gas y agua corriente y luz eléctrica. Viví allí tres años.

—Bueno, mejor será que te lo pienses bien —dijo Franz—. Confío en que…

En ese momento empezaron a sonar las fuertes pisadas de un centenar de pares de botas pesadas que se dirigían hacia la puerta, y todos les siguieron los pasos. Afuera, a la nítida luz de la luna, Dick vio cómo la muchacha amarraba su trineo a uno de los tiros que había allí delante. Se apiñaron en su propio trineo y, con el restallido de las fustas, los caballos tensaron los músculos y se lanzaron a la oscuridad. Vieron pasar ante sí un revoltijo de figuras que corrían; algunas parecían de jóvenes que se empujaban unos a otros hasta hacerse caer de trineos y patines, aterrizaban en la nieve blanda y corrían jadeantes detrás de los caballos hasta que se dejaban caer exhaustos en alguno de los trineos o se quejaban a gritos de que les habían abandonado. A ambos lados los campos estaban sumidos en una calma benéfica; la cabalgata avanzaba por un espacio elevado y sin límites. Al llegar a aquellos parajes, el

ruido de voces pareció decrecer, como si todo el mundo, por un instinto atávico, estuviera atento al aullido de los lobos en la inmensidad nevada.

En Saanen se metieron en tropel en el baile del ayuntamiento, abarrotado de vaqueros, sirvientes de los hoteles, tenderos, profesores de esquí, guías, turistas y campesinos. Entrar en aquel cálido recinto después de haberse sentido afuera en una relación animal, panteística, con la naturaleza, era como volver a asumir un nombre rimbombante y absurdo de caballero que retumbaba como botas con espuelas en la guerra, como calzas de botas de fútbol en el suelo de cemento de unos vestuarios. Se oía el típico cantar tirolés, cuyo ritmo familiar hizo que la escena perdiera para Dick todo el carácter romántico que primero había visto en ella. En un principio creyó que ello se debía a que había logrado apartar a la muchacha de su pensamiento, pero luego se acordó de lo que Baby había dicho: «Tendríamos que estudiarlo bien», y todo lo que esa frase llevaba implícito: «Eres propiedad nuestra y antes o después tendrás que aceptarlo. Es absurdo que sigas pretendiendo que eres independiente».

Hacía ya muchos años que Dick no le guardaba rencor a ningún ser humano: desde que, siendo estudiante de primer año en New Haven, había caído en sus manos un libro muy popular sobre «higiene mental». Pero en aquel momento estaba tratando de contener la indignación que Baby le provocaba; su insensibilidad insolente de mujer rica creaba en él resentimiento. Tendrían que pasar cientos de años para que nuevas generaciones de amazonas llegaran a comprender que un hombre es vulnerable únicamente en lo que atañe a su orgullo, pero que una vez herido en su orgullo se vuelve tan frágil como Humpty-Dumpty, si bien algunas mujeres reconocían cautelosamente ese hecho de dientes afuera. La profesión del doctor Diver, que consistía en clasificar las cáscaras rotas de otra clase de huevo, le había infundido horror hacia cualquier tipo de rompimiento. Sin embargo:

—Se abusa demasiado de los buenos modales —dijo Dick cuando regresaban a Gstaad en el suave trineo.

—A mí me parece que están muy bien —dijo Baby.

—No, no lo están —insistió Dick al bulto de pieles anónimo—. Los buenos modales equivalen a reconocer que todo el mundo es tan delicado que se le tiene que tratar con guante blanco. Pero el respeto a los demás es otra cosa. A un hombre no se le puede llamar cobarde o mentiroso a la ligera, pero si uno se pasa la vida tratando de no herir los sentimientos de los demás y alimentando su vanidad, acaba por no saber qué es lo que debe respetar en ellos.

—A mí me parece que los americanos se toman todo eso de la buena

educación demasiado en serio —dijo el inglés de más edad.

—Supongo que sí —dijo Dick—. La educación que tenía mi padre la había heredado de los tiempos en que se disparaba primero y se pedían disculpas después. Los hombres iban armados. En cambio, en Europa los civiles dejaron de llevar armas a comienzos del siglo XVIII.

—Puede que en cierto modo dejaran de llevarlas, pero…

—No en cierto modo. Realmente dejaron de llevarlas.

—Dick, tú siempre has tenido unos modales tan exquisitos —dijo Baby en tono conciliador.

Las mujeres le miraban con cierta inquietud por entre aquel parque zoológico de abrigos. El inglés más joven no entendía nada —era de esos que se pasaban la vida saltando por cornisas y balcones como si se encontraran en la arboladura de un barco— y llenó el tiempo hasta que llegaron al hotel con una ridícula historia de un combate de boxeo con su mejor amigo que había durado una hora y en el curso del cual se habían demostrado el cariño que se tenían y se habían hecho un sinfín de magulladuras, pero siempre con gran reticencia. A Dick le entraron ganas de tomarle el pelo.

—Es decir, que con cada golpe que le daba le consideraba usted mejor amigo todavía.

—Le respetaba más.

—Lo que no acabo de entender es la premisa. Usted y su mejor amigo se ponen a pelear por un asunto sin importancia…

—Si no lo entiende, ¡para qué se lo voy a explicar! —dijo el inglés joven con frialdad.

«Esto es con lo que me voy a encontrar si me pongo a decir lo que pienso», se dijo Dick.

Se arrepintió de haberle provocado, pues se daba cuenta de que lo absurdo estaba en la forma tan compleja en que había narrado una historia que reflejaba una actitud muy inmadura.

La animación estaba en su apogeo y entraron, como el resto de la gente, en la parrilla del hotel, en donde un barman tunecino jugaba con las luces haciendo una especie de contrapunto cuya otra melodía era la luna sobre la pista de hielo, que se podía ver a través de los grandes ventanales. A Dick le pareció que bajo aquella luz la muchacha había perdido vitalidad e interés, y dejó de mirarla para gozar de la oscuridad, de las puntas encendidas de los cigarrillos que se volvían de un verde plateado cuando las luces eran rojas, de la franja blanca que se extendía sobre los que bailaban cuando se abría y

cerraba la puerta que daba al bar.

—Dime una cosa, Franz. ¿Tú crees que después de haberte pasado la noche bebiendo cerveza vas a poder convencer a tus pacientes cuando vuelvas de que eres un hombre de carácter? ¿No crees que van a pensar más bien que eres un gastrópata?

—Me voy a la cama —anunció Nicole. Dick la acompañó hasta la puerta del ascensor.

—Me iría contigo, pero tengo que demostrarle a Franz que lo mío no es el trabajo de clínica.

Nicole se metió en el ascensor.

—Baby tiene mucho sentido común —dijo pensativa.

—Baby es una de las…

La puerta se cerró de golpe y, enfrentado a un zumbido de motor, Dick terminó la frase para sí: «Baby es una mujer frívola y egoísta».

Pero dos días después, cuando acompañaba a Franz a la estación en el trineo, Dick reconoció que la idea le parecía bien.

—Estamos empezando a entrar en un círculo vicioso —reconoció—. Viviendo a este ritmo se tiene una serie de tensiones inevitables, y Nicole no puede soportarlas. Además, los veranos en la Riviera cada vez tienen menos de bucólicos. Ya sólo falta que el año que viene organicen una temporada social en toda regla.

Veían al pasar el verde vibrante de las pistas de patinaje, donde resonaba la música de valses de Viena, y los colores de muchos colegios de montaña refulgentes contra el azul pálido del cielo.

—Espero que lo consigamos, Franz. Tú eres la única persona con la que lo intentaría.

¡Adiós, Gstaad! Adiós, rostros lozanos, florecillas frías, copos de nieve en la oscuridad. ¡Adiós, Gstaad, adiós!

XIV

Dick se despertó a las cinco después de haber tenido un largo sueño sobre la guerra, fue hasta la ventana y se puso a contemplar el lago de Zug. El sueño había comenzado de una manera majestuosa y sombría: unos hombres de uniforme azul marino cruzaban una plaza oscura por detrás de unas bandas

que tocaban el segundo movimiento de El amor de las tres naranjas de Prokofiev. Luego habían aparecido unos coches de bomberos, símbolos del desastre, y había habido una espantosa sublevación de los mutilados en un hospital de campaña. Dick encendió la lámpara de su mesilla de noche y anotó todo lo que recordaba del sueño, terminando con las palabras en parte irónicas «Neurosis de guerra del no combatiente».

Mientras se sentaba en el borde de la cama, tuvo la sensación de que todo estaba vacío: la habitación, la casa, la noche. En el cuarto de al lado Nicole se quejó en el sueño y Dick se compadeció de la soledad que pudiera estar sintiendo. Para él el tiempo estaba normalmente parado y cada pocos años se aceleraba precipitadamente como una película que se rebobinara muy deprisa. Pero para Nicole, el reloj, el calendario y los cumpleaños señalaban el paso de los años, y además debía hacer frente a la idea desgarradora de que su belleza se iba a marchitar.

Incluso el último año y medio pasado junto al lago de Zug le parecía una pérdida de tiempo a Nicole, pues lo único que señalaba el paso de las estaciones eran los obreros que trabajaban en la carretera, que tomaban un color rosa en mayo, marrón en julio, negro en septiembre y otra vez blanco en la primavera. Había salido de su primera enfermedad vibrante con nuevas esperanzas; era tanto lo que esperaba y sin embargo se había visto privada de una existencia propia, pues sólo vivía a través de Dick, y había criado hijos que sólo podía fingir dulcemente que quería, como si fueran huérfanos que tuviera a su cargo. Las personas que le atraían, rebeldes casi siempre, la perturbaban y no le convenían. Buscaba en ellas la vitalidad que las había hecho independientes o creativas o fuertes, pero buscaba en vano, pues sus secretos yacían enterrados muy hondo en luchas de su infancia que ya habían olvidado. Lo que a esas personas les interesaba más de Nicole era su armonía y encanto aparentes, la otra cara de su enfermedad. Llevaba una vida solitaria teniendo como si fuera propiedad suya a Dick, que no quería ser propiedad de nadie. Dick había tratado en vano muchas veces de soltar las fuertes amarras que la ataban a ella. Pasaban juntos muchos ratos maravillosos, noches enteras conversando entre los momentos de amor, pero siempre que se alejaba de ella y se encerraba en sí mismo, la dejaba con Nada en las manos que miraba y miraba y llamaba por mil nombres distintos aun sabiendo que era sólo la esperanza de que él volviera pronto.

Dick aplastó la almohada hasta endurecerla, se echó y apoyó la parte superior del cuello contra ella, como hacen los japoneses para que la circulación sea más lenta, y se durmió un rato más. Más tarde, mientras él se afeitaba, se despertó Nicole y se puso enseguida en movimiento, dando órdenes breves y tajantes a niños y criados. Lanier entró a ver cómo se afeitaba su padre. Desde que vivía al lado de una clínica psiquiátrica sentía

una confianza ilimitada en su padre y una gran admiración por él, a la vez que una indiferencia exagerada hacia todos los demás adultos; los pacientes le parecían o bien gente excéntrica o bien gente supercorrecta pero sin vitalidad ni personalidad algunas. Era un muchacho guapo que prometía mucho y Dick le dedicaba gran parte de su tiempo y tenía con él una relación como la de un oficial comprensivo pero exigente con un recluta respetuoso.

— ¿Por qué cada vez que te afeitas te dejas un poco de jabón en el pelo? —preguntó Lanier.

Dick separó con cuidado los labios cubiertos de jabón antes de responder:

—Nunca he logrado averiguar por qué, y me lo he preguntado muchas veces. Debe de ser porque me lleno el dedo de jabón al afeitarme las patillas, pero lo que no entiendo es cómo llega el jabón a lo alto de la cabeza.

—Mañana me voy a fijar bien.

— ¿Es ésa la única pregunta que quieres hacerme antes del desayuno?

— ¡Pero si no era una pregunta!

—De acuerdo. Entonces te debo una.

Media hora más tarde se dirigía Dick al pabellón donde estaban las oficinas. Tenía treinta y ocho años, y, aunque seguía sin dejarse barba, se le veía más aire de médico que cuando estaba en la Riviera. Llevaba ya dieciocho meses en la clínica, sin duda una de las mejor equipadas de Europa. Era de estilo moderno, como la de Dohmler. Es decir, ya no un solo edificio oscuro y siniestro, sino una especie de pueblecito, disperso pero no tan integrado como parecía a simple vista. Dick y Nicole habían aportado su buen gusto, por lo que el conjunto resultaba de gran belleza, y no había psiquiatra que pasara por Zurich que no lo visitara. Si se le hubieran agregado instalaciones de golf podría haber pasado perfectamente por un club de campo. El pabellón de la Eglantina y el de las Hayas, que albergaban a los sumidos en la eterna oscuridad, quedaban ocultos tras unos bosquecillos, como fortalezas camufladas. Detrás había un gran huerto del que se ocupaban en parte los pacientes. Los talleres de ergoterapia eran tres, estaban situados en el mismo edificio y era en ellos donde el doctor Diver empezaba cada mañana sus visitas. El taller de carpintería, donde entraba el sol a raudales, rezumaba dulzura de aserrín, de una edad de la madera ya olvidada; siempre había allí media docena de hombres dando martillazos, cepillando, aserrando, hombres callados que levantaban la vista de su trabajo cuando él pasaba y le miraban con expresión solemne. Como él mismo era buen carpintero, se quedaba un rato con ellos hablando con naturalidad de la eficacia de algunas herramientas, mostrándoles un interés personal en lo que hacían. Contiguo a este taller estaba el de encuadernación, adaptado para los pacientes más flexibles, que no

eran siempre, sin embargo, los que más posibilidades tenían de curarse. El último de los talleres estaba dedicado a la fabricación de abalorios, telares y trabajos en latón. Las caras de los pacientes que se encontraban en él tenían la expresión de alguien que acabara de suspirar profundamente desechando algún problema insoluble, pero sus suspiros sólo indicaban el comienzo de otra serie inacabable de razonamientos, no lineales, como en las personas normales, sino girando en torno a un mismo círculo. Dándoles vueltas y más vueltas. Girando eternamente. Pero los colores de los materiales con que trabajaban eran tan vivos que podían producir a los visitantes momentáneamente la impresión engañosa de que todo iba bien, como en un jardín de infancia. A estos pacientes se les iluminaba la cara en cuanto aparecía el doctor Diver. Casi todos le tenían más simpatía a él que al doctor Gregorovius. Desde luego, todos los que habían vivido alguna vez en el gran mundo le preferían a él. Había unos pocos que pensaban que no les hacía caso, o que no era sencillo o que se daba aires. La reacción que provocaba en ellos no era tan distinta de las que despertaba fuera de su vida profesional, pero en este caso tenía un origen más tortuoso.

Había una inglesa que siempre le hablaba de un tema que ella consideraba suyo.

— ¿Vamos a tener música esta noche?

—No sé —respondió—. No he visto al doctor Ladislau. ¿Le gustó lo que tocaron anoche la señora Sachs y el señor Longstreet?

—Regular.

—A mí me pareció excelente, sobre todo lo de Chopin. —A mí regular.

— ¿Cuándo va a tocar usted algo para nosotros?

La mujer se encogió de hombros, muy satisfecha con la pregunta, como venía ocurriendo desde hacía varios años.

—Algún día. Pero sólo toco regular.

Sabían que no tocaba ningún instrumento. Dos hermanas suyas habían sido muy buenas concertistas, pero, cuando las tres eran jóvenes, ella se había mostrado incapaz de aprender solfeo.

Después de los talleres, Dick se fue a visitar la Eglantina y las Hayas. Por fuera estos pabellones parecían tan alegres como los otros; por necesidad, Nicole los había decorado y amueblado a base de rejas y barrotes disimulados y muebles fijos al suelo. Había mostrado tal imaginación en su trabajo —la inventiva, cualidad de la que carecía, la facilitaba el propio problema— que ni a una persona enterada se le podría haber ocurrido que el trabajo de filigrana ligero y gracioso en una ventana era el extremo fuerte y firme de una cadena,

ni que los muebles que reflejaban tendencias tubulares modernas eran más sólidos que las macizas creaciones de los eduardianos; hasta las flores estaban sujetas por dedos de hierro, y el menor adorno o accesorio era tan necesario como una viga maestra en un rascacielos. Con sus ojos incansables había aprovechado cada habitación al máximo. Cuando alguien la felicitaba, decía bruscamente de sí misma que era un fontanero de primera.

Para aquéllos a los que no se les había averiado la brújula, ocurrían cosas muy raras en esos pabellones. El doctor Diver pasaba muchas veces un rato divertido en la Eglantina, el pabellón de hombres, donde había un extraño individuo, exhibicionista, que estaba convencido de que si le dejaban pasear desnudo desde l'Étoile hasta la Concorde iba a resolver un montón de cosas, y Dick pensaba que tal vez estuviera en lo cierto.

Su caso más interesante estaba en el pabellón principal. La paciente era una mujer de treinta años que llevaba seis meses en la clínica; una pintora norteamericana que había vivido muchos años en París. La información de que disponían sobre los antecedentes del caso no era muy satisfactoria.

Un primo suyo se la había encontrado un día en un estado de demencia total y, tras internarla brevemente y sin ningún resultado satisfactorio en uno de los centros de desintoxicación de los alrededores de París, dedicados fundamentalmente a tratar a los turistas víctimas de la droga y la bebida, se las había arreglado para llevarla a Suiza. El día que ingresó era una mujer de una belleza fuera de lo corriente, pero se había convertido en una llaga viviente. Ninguno de los análisis de sangre que se le había hecho había resultado positivo y su dolencia se había catalogado, por llamarla de algún modo, como eczema nervioso. Dos meses llevaba con ella, sufriendo como si estuviera en un potro de tortura. Era coherente e incluso brillante, dentro de los límites de sus extrañas alucinaciones.

Era paciente de Dick en particular. Cuando estaba sobreexcitada, era el único médico que se podía «entender con ella». Varias semanas atrás, en una de las muchas noches que se había pasado sin poder dormir a causa del dolor, Franz había logrado hipnotizarla y había tenido unas cuantas horas de reposo necesario, pero no lo había vuelto a conseguir. La hipnosis era un método del que Dick desconfiaba y que rara vez, usaba, pues sabía que no siempre podía ponerse en situación. Una vez lo había intentado con Nicole y ésta se había reído sarcásticamente de él.

La mujer de la habitación 20 no le había visto entrar: la zona alrededor de sus ojos estaba demasiado hinchada. Tenía una voz potente, modulada y profunda que impresionaba.

— ¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Me voy a quedar así para siempre?

—No. Pronto se va a pasar. El doctor Ladislau me ha dicho que ya hay zonas enteras que se están despejando.

—Si supiera lo que he hecho para merecer esto, lo podría aceptar con ecuanimidad.

—Es mejor que no busque una explicación metafísica. Para nosotros se trata de un fenómeno nervioso. Tiene que ver con el rubor. ¿Se ruborizaba fácilmente cuando era jovencita?

Estaba tendida con el rostro mirando al techo.

—Desde que me salieron las muelas del juicio no he encontrado ninguna ocasión para sonrojarme.

— ¿No ha cometido pequeños pecados y errores, como todo el mundo?

—No tengo nada que reprocharme.

—Tiene usted mucha suerte.

La mujer se quedó pensativa un instante. Su voz, a través de los vendajes que le cubrían la cara, llegó envuelta en cadencias subterráneas:

—Comparto la suerte de todas las mujeres de mi época que se atrevieron a luchar contra el hombre.

—Y, para su gran sorpresa, resultó una lucha como todas las demás —replicó Dick, adoptando su mismo tono solemne.

—Exactamente igual que todas las demás. Reflexionó un instante.

—Si no transiges y llegas a un arreglo, o logras una victoria pírrica o te quedas destrozada, hecha una ruina. Te conviertes en el eco fantasmagórico de un muro destruido.

—Usted no está destrozada ni hecha una ruina —le dijo Dick—. ¿Está segura de que la lucha iba en serio?

— ¡Míreme! —gritó furiosa.

—Ha sufrido, pero muchas mujeres sufrieron antes de que se creyeran hombres.

Aquello se estaba convirtiendo en una discusión y Dick decidió hacer marcha atrás.

—En todo caso, no debe confundir un solo fracaso con la derrota definitiva.

— ¡Qué bien habla usted! —dijo ella con desprecio. Y esas palabras, que traspasaban la costra de dolor, humillaron a Dick.

—Lo que nos importa es averiguar la verdadera razón de que esté usted aquí… —empezó a decir, pero ella le interrumpió.

—Estoy aquí como símbolo de algo. Yo pensaba que tal vez usted sabría de qué.

—Está enferma —dijo Dick maquinalmente.

—Entonces, ¿qué es lo que estuve a punto de encontrar?

—Una enfermedad todavía más grave.

— ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Se oyó mentir y sintió vergüenza de sí mismo, pero en aquel momento y lugar, sólo con una mentira se podía resumir un tema de tal magnitud.

—Fuera de eso sólo hay confusión y caos. No voy a tratar de sermonearla: nos damos perfecta cuenta de su sufrimiento físico. Pero sólo haciendo frente a los problemas de cada día, por muy insignificantes y tediosos que parezcan, podrá usted lograr que las cosas vuelvan a su cauce. Una vez que lo logre, tal vez pueda volver a explorar…

Se había puesto a hablar más despacio porque temía pronunciar las palabras a las que inevitablemente llevaba el hilo de su pensamiento: «las fronteras de la conciencia». No le correspondía a ella explorar las fronteras que los artistas se veían obligados a explorar. Era una mujer sutil, intuitiva; tal vez hallara reposo finalmente en alguna forma plácida de misticismo. Los que exploraban esas fronteras tenían que tener algo de sangre campesina, muslos poderosos y tobillos gruesos; tenía que ser gente capaz de aceptar el castigo como aceptaba el pan y la sal: en cada fibra de su carne y de su espíritu.

Eso no es para usted, estuvo a punto de decir. Es un juego demasiado duro para usted.

Ante la terrible majestad de su dolor, Dick se sentía atraído hacia ella sin reservas, casi sexualmente. Sentía deseos de tenerla en brazos, como tantas veces tenía a Nicole, y amar incluso sus errores, que de manera tan profunda formaban parte de ella. La luz anaranjada que se filtraba por la persiana echada, el sarcófago de su forma sobre el lecho, el trocito de cara, la voz que buscaba el vacío de su enfermedad y sólo hallaba abstracciones remotas. Cuando Dick ya se levantaba, vio cómo le corrían las lágrimas como lava por los vendajes.

—Esto es para algo —susurraba—. Algo debe salir de esto.

Dick se inclinó sobre ella y la besó en la frente.

—Todos debemos procurar ser buenos —dijo. Cuando salió de la habitación, mandó a la enfermera que fuera con ella. Le quedaban otros pacientes por visitar, entre ellos una muchacha americana de quince años a la que habían educado basándose en el principio de que el único objeto de la infancia era pasarlo bien. La visita de Dick se debía a que la muchacha acababa de cortarse todo el pelo con unas tijeras para uñas. No era mucho lo que se podía hacer por ella: varios casos de neurosis en su familia y ni una cosa estable en su pasado a partir de la cual se pudiera construir algo. Su padre, que era una persona normal y concienzuda, había tratado de proteger a su nerviosa progenie de los problemas de la vida y lo único que había conseguido era que no desarrollaran capacidad alguna de hacer frente a las sorpresas que la vida inevitablemente ofrece. Poca cosa podía decirle Dick:

—Helen, cuando tengas alguna duda debes preguntar a una enfermera. Tienes que aprender a aceptar consejos. Prométeme que lo harás.

¿Qué valor tenía una promesa para una mente enferma? Dick vio después a un frágil exiliado del Cáucaso amarrado, para más seguridad, a una especie de hamaca que a su vez estaba sumergida en un baño medicinal caliente, y a las tres hijas de un general portugués que se deslizaban casi imperceptiblemente hacia la paresia. Fue a la habitación contigua a la de éstas y le dijo a un psiquiatra trastornado que estaba mejor, cada vez mejor, y el hombre trató de leer la verdad de lo que decía en su cara, pues lo único que todavía le ataba al mundo real era la seguridad que podía encontrar en las palabras del doctor Diver. Después de esto, Dick despidió a un enfermero por inepto y ya llegó la hora de comer.

XV

— ¿Qué es lo que vas a abandonar? —preguntó Rosemary cuando estaban dentro del taxi, mirando de frente a Dick.

—Nada importante.

— ¿Eres un científico?

—Soy un doctor en Medicina.

— ¡Oooh! —exclamó ella, sonriendo encantada—. Mi padre también era médico. Entonces, ¿por qué no…?

—No es ningún misterio. No es que cometiera un acto deshonroso cuando estaba en la cumbre de mi carrera y tuviera que venir a esconderme en la Riviera. Simplemente no ejerzo. Pero nunca se sabe: es probable que vuelva a

ejercer algún día.

Rosemary le acercó suavemente el rostro para que la besara. Dick se quedó mirándola un momento como si no entendiera. Luego, rodeándola con el hueco del brazo, apretó la mejilla contra la suavidad de su mejilla y, apartándose, se quedó mirándola de nuevo un largo rato.

—Qué criatura tan encantadora —dijo con aire grave. Ella le sonreía y sus manos jugaban maquinalmente con las solapas de su chaqueta.

—Estoy enamorada de ti y de Nicole. En realidad, ése es mi secreto. Ni siquiera puedo hablarle a nadie de vosotros, porque no quiero que ninguna otra persona se entere de lo maravillosos que sois. De verdad. Te quiero a ti y quiero a Nicole.

La había vuelto a llevar a la clínica. La había besado con indiferencia, más bien por complacerla. Después, ella había tratado de que la cosa llegara a más, pero Dick no tenía el menor interés, y luego, tal vez en consecuencia, la chica le había tomado aversión y se había llevado a su madre de la clínica.

—Es la carta de una perturbada —dijo—. No tuve relaciones de ningún tipo con esa chica. Ni siquiera me era simpática.

—Sí. Eso es lo que me gustaría creer —dijo Nicole.

—Supongo que no creerás lo que dice.

—Ya no sé qué creer.

Dick se sentó junto a ella y dijo, en tono de reproche:

—Esto es absurdo. Es la carta de una enferma mental.

—Yo fui una enferma mental.

Dick se puso en pie y habló en tono de más autoridad.

—Bueno, ya está bien de tonterías, Nicole. Ve a llamar a los niños y pongámonos en marcha.

Con el coche, que conducía Dick, fueron siguiendo los pequeños promontorios del lago, y el reflejo de la luz sobre el agua incendiaba el parabrisas. Pasaron, como por un túnel, entre cascadas de verdor. Era el coche de Dick, un Renault tan diminuto que todos sobresalían de él, excepto los niños, entre los cuales se elevaba la figura de la «mademoiselle» como un mástil en el asiento de atrás. Se conocían aquella carretera de memoria: sabían en qué punto exacto iban a sentir el olor de los pinos y del humo de las carboneras. El sol, que estaba alto y parecía tener una cara dibujada, golpeaba brutalmente los sombreros de paja de los niños.

Nicole estaba callada; a Dick le inquietaba su mirada fija y dura. A

menudo se sentía solo junto a ella y muchas veces le cansaba con los breves torrentes de revelaciones de tipo personal que reservaba exclusivamente para él («Así es como soy» o «No, no, soy más bien así»), pero esa tarde se habría alegrado de que se pusieran a parlotear un rato de aquella manera: por lo menos habría tenido una idea de lo que estaba pensando. La situación era siempre más inquietante cuando se encerraba en sí misma y cerraba las puertas tras sí.

En Zug se bajó del coche la «mademoiselle» y los dejó. Antes de llegar a la feria de Agiri, los Diver tuvieron que adelantar a una caravana de apisonadoras gigantescas que les iban cediendo el paso. Dick aparcó el coche y, como Nicole le estaba mirando sin dar señales de querer moverse, dijo:

—Venga, cariño.

Los labios de ella se abrieron de pronto en una sonrisa tan espantosa que a Dick se le hizo un nudo en la garganta, pero hizo como que no la había visto y repitió.

—Sí, sí, ya voy —contestó, como arrancando las palabras de alguna historia que se estuviera desarrollando en su interior a tal velocidad que él no podía captarla—. No te preocupes, que ya voy.

—Pues ven, entonces.

Le dio la espalda a Dick cuando él se puso a caminar a su lado, pero seguía con la misma sonrisa, burlona y remota. Lanier le tuvo que repetir algo que le estaba diciendo varias veces y sólo entonces consiguió concentrar su atención en un objeto, un espectáculo de marionetas, que le sirvió como punto de orientación.

Dick no sabía muy bien qué hacer. La dualidad de puntos de vista en su relación con ella —el del marido y el del psiquiatra— entorpecía cada vez más sus facultades. Durante esos seis años Nicole le había hecho cruzar la línea divisoria en varias ocasiones, y le había desarmado al lograr inspirarle compasión o bien mediante algún rasgo de ingenio fantástico y sin relación con nada, de forma que sólo cuando ya había concluido el episodio y él mismo se había relajado, había tenido claridad mental suficiente para percatarse de que Nicole se había salido con la suya arrastrándole a un compartimiento no conforme a lo que él juzgaba razonable.

Tras una discusión con Topsy sobre si el Polichinela de aquel teatro de marionetas era el mismo Polichinela que habían visto el año anterior en Cannes, la familia reanudó su paseo a cielo abierto entre las casetas. Las anchas tocas de las mujeres, sus corpiños de terciopelo y sus faldas amplias y alegres de muchos cantones parecían de lo más recatado frente al colorido de los carromatos y las casetas pintados de azul y naranja. Se oía el tintineo

lastimero de algún espectáculo seudooriental.

De repente Nicole echó a correr, tan de repente que por un instante Dick no se dio cuenta. Vio a lo lejos su vestido amarillo mezclándose con el gentío, un punto de color ocre en la frontera entre lo real y lo irreal, y se lanzó tras ella. Ella corría en secreto y en secreto él la seguía. Cuando el calor de la tarde se volvía más sofocante e insoportable se dio cuenta de que con la huida de Nicole se había olvidado de los niños; giró sobre sus talones y volvió corriendo a por ellos, los agarró a cada uno por un brazo y recorrió ansiosamente con ellos las casetas.

—Madame! —le gritó a una joven que estaba tras una rueda de lotería blanca—. Est-ce que je peux laisser ces petits avec vous deux minutes? C'est très urgent. Je vous donnerai dix francs.

—Mais oui.

Hizo que los niños le siguieran dentro de la caseta.

—Alors. Restez avec cette gentille dame.

—Oui, Dick.

Echó a correr de nuevo, pero ya la había perdido de vista. Estuvo mirando en el tiovivo hasta que se dio cuenta de que daba vueltas con él a su misma velocidad y miraba siempre el mismo caballo. Se abrió paso entre la gente que había en la cantina y luego, recordando que Nicole sentía predilección por las echadoras de cartas, levantó el borde de la tela de una tienda y miró en el interior. Una voz monótona le saludó:

—La septième fille d’une septième fille née sur les rives du Nil. Entrez, monsieur.

Soltó la tela y corrió hacia el lugar en que terminaba la feria, junto al lago, donde una pequeña noria giraba lentamente contra el cielo. Allí encontró a Nicole. Estaba sola en la barquilla que en aquel momento era la más alta de la noria y, al descender, vio que se estaba riendo a carcajadas. Se echó un poco hacia atrás, donde estaba la gente, la cual, a la siguiente vuelta de la noria, notó la risa excesivamente histérica de Nicole.

—Regardez-moi ça!

—Regarde donc cette Anglaise!

Volvió a bajar. Esta vez la noria se iba parando y se a pagaba su música; un grupo de personas se había congregado en torno a la vagoneta de Nicole, todas ellas impelidas por la extraña manera en que reía a sonreír idiotamente con ella. Pero en cuanto Nicole vio a Dick dejó de reír bruscamente; hizo un gesto de pasar de largo y huir de él, pero Dick la agarró por el brazo y se alejó con

ella sin soltárselo.

— ¿Por qué has perdido el control de esa manera? —Sabes perfectamente por qué.

—No, no lo sé.

— ¡No me hagas reír! ¡Venga, suéltame! ¿Es que crees que soy idiota? ¿Es que crees que no me di cuenta de cómo te miraba esa chica… esa morenita? ¡Oh, es tan absurdo todo esto! Una niña que no tendría más de quince años. ¿Es que crees que no me di cuenta?

—Venga, vamos a parar aquí un momento. Y cálmate.

Fueron a una mesa y se sentaron. Nicole tenía una expresión de profunda desconfianza y movía la mano por delante de los ojos como si su campo de visión estuviera obstruido.

—Necesito beber algo. Quiero un coñac.

—Coñac, no. Si quieres puedes tomar una cerveza.

— ¿Por qué no puedo tomar coñac?

—Vamos a dejar eso. Mira: toda esa historia de la chica son delirios tuyos. ¿Entiendes esa palabra?

—Sí. Cada vez que veo algo que no quieres que vea son delirios míos.

Dick se sentía de algún modo culpable, como en una de esas pesadillas en las que se nos acusa de un crimen que sin duda reconocemos como algo que hemos vivido pero que al despertar comprendemos que no hemos cometido. Apartó los ojos de ella.

—He dejado a los niños con una gitana en una caseta. Deberíamos ir a por ellos.

— ¿Quién te crees que eres? —dijo ella—. ¿Svengali?

Quince minutos antes formaban una familia. Pero ahora se veía obligado a arrinconar a Nicole con el hombro para que no escapara, y le parecía todo, su matrimonio, los hijos, un peligroso accidente.

—Vámonos a casa.

— ¡A casa! —rugió Nicole, con la voz tan descontrolada que en los tonos más altos temblaba y se quebraba—. ¿A estarme sentada pensando que nos estamos pudriendo y que las cenizas de los niños se pudren en cada caja que abro? — ¡Qué asco!

Dick notó, casi con alivio, que lo que decía le estaba sirviendo de catarsis, y Nicole, que estaba hipersensibilizada, leyó en el rostro de él su cambio de

actitud. Su propio rostro se serenó y le rogó:

— ¡Ayúdame, Dick! ¡Ayúdame!

A Dick le invadió una sensación de angustia. Era terrible que una torre tan hermosa no se mantuviera firme en el suelo, sino sólo suspendida, suspendida de él. Hasta cierto punto aquello era justo. Para eso estaban los hombres, para ser puntal e idea, viga maestra y logaritmo. Pero en cierto modo Dick y Nicole habían pasado a ser uno y el mismo, no seres opuestos y complementarios; ella era también Dick, era la médula de sus huesos. Él no podía ver cómo Nicole se desintegraba sin ser parte de esa desintegración. Su intuición se desbordó en ternura y compasión. No le quedaba más remedio que recurrir a los métodos modernos y hacer intervenir a un tercero: llamaría a una enfermera de Zurich para que se hiciera cargo de ella durante la noche.

—Tú me puedes ayudar.

La dulzura con que trataba de imponer su voluntad le hacía perder el sentido a Dick.

—Tú me has ayudado otras veces y puedes ayudarme ahora.

—Sólo te puedo ayudar de la misma manera que antes.

—Alguien me podrá ayudar.

—Tal vez. Tú eres la que mejor te puedes ayudar. Vamos a buscar a los niños.

Había numerosos puestos de lotería con ruedas blancas. Dick se sobresaltó cuando preguntó en los primeros de ellos y le contestaron con gestos de no saber de qué estaba hablando. Nicole se mantenía apartada, con expresión agorera, negando a los niños, a los que no perdonaba que formaran parte de un mundo bien hecho que ella deseaba amorfo. Dick los encontró por fin, rodeados de mujeres que los examinaban con deleite como si fueran mercancías preciosas y de niños campesinos que los miraban con curiosidad.

—Merci, monsieur. Ah, monsieur est trop généreux. C’était un plaisir, monsieur, madame. Au revoir, mes petits.

Emprendieron el viaje de regreso embargados de una profunda tristeza; dentro del coche se sentía el peso de su recelo mutuo y su congoja, y las bocas apretadas de los niños revelaban el desencanto sufrido. La pesadumbre se presentaba con un color sombrío y terrible que les era desconocido. En algún momento, cuando ya estaban en las cercanías de Zug, Nicole hizo un esfuerzo desesperado y repitió una observación que había hecho antes acerca de una casa de un amarillo brumoso, algo apartada de la carretera, que parecía una pintura que no se hubiera secado del todo, pero fue sólo un intento de aferrarse a una cuerda que se estaba gastando con demasiada rapidez.

Dick trató de calmarse. La verdadera batalla comenzaría luego, cuando llegaran a la casa y se tuviera que pasar horas y horas procurando recomponer el universo para Nicole. No es desacertado que se diga de los esquizofrénicos que tienen doble personalidad: Nicole era alternativamente una persona a la que no hacía falta explicar nada y otra a la que nada se le podía explicar. Con ella era preciso insistir, afirmar, mantener siempre abierto el camino que conducía al mundo real y dificultar el acceso al camino por el que se huía de esa realidad. Pero la locura, con toda su brillantez y versatilidad, es comparable al agua de un dique que hábilmente logra filtrarse o desbordarse: se requiere el esfuerzo conjunto de muchas personas para combatir su acción. A Dick le parecía necesario que esa vez Nicole se curara con su propio esfuerzo. Quería esperar a que recordara todas sus crisis anteriores y se rebelara contra ellas. Cansinamente proyectaba reanudar el régimen que prácticamente habían interrumpido un año antes.

Dick había tomado un atajo que llevaba a la clínica a través de una colina. Al entrar en un breve tramo recto que corría paralelo a la ladera de la colina, pisó el acelerador y el coche viró bruscamente a la izquierda, luego a la derecha, derrapó y mientras Dick, con Nicole chillándole al oído, trataba de arrancar la mano demente que se aferraba al volante, se enderezó, volvió a virar bruscamente y se salió de la carretera, corrió por entre unos matorrales, derrapó de nuevo y fue a empotrarse contra un árbol formando un ángulo de noventa grados.

Los niños chillaban y Nicole chillaba y maldecía y trataba de arañarle la cara a Dick. La primera preocupación de éste fue cuál sería la posición del coche y, al no poder calcularla, se desembarazó de Nicole, saltó por arriba y sacó a los niños del coche; entonces vio que el coche estaba en posición estable. Por un momento permaneció allí, tembloroso y jadeante, sin poder moverse.

— ¡Eres…! —gritó.

Nicole reía a carcajadas. No estaba ni atemorizada ni avergonzada: como si aquello no le concerniera. Nadie que hubiera aparecido en aquel momento se podría haber imaginado que ella había sido la causante de todo. Reía como un niño que acabara de cometer alguna travesura.

—Tenías miedo, ¿verdad? —le dijo a Dick en tono acusatorio—. ¡Querías vivir!

Hablaba con tal autoridad, y él se encontraba tan aturdido, que se preguntó si realmente le había asustado perder su propia vida, pero al ver la tremenda tensión que había en el rostro de sus hijos, que miraban alternativamente a uno y a otro, sintió deseos de aplastar con sus manos aquella horrible máscara que sonreía.

Arriba de donde se encontraban ellos había una posada, a medio kilómetro si se iba por la sinuosa carretera, pero a menos de cien metros si se subía trepando; uno de sus costados asomaba por entre los árboles de la colina.

—Coge a Topsy de la mano —le dijo Dick a Lanier—, así, bien apretada, y subid por esa colina. ¿Ves ese caminito? Cuando lleguéis a la posada, diles: «La voiture Divare est cassée». Seguro que enseguida viene alguien.

Lanier, que no estaba seguro de lo que había ocurrido, pero sospechaba que era algo oscuro y sin precedentes, preguntó:

— ¿Y tú que vas a hacer, Dick?

—Nosotros nos quedamos aquí junto al coche. Ninguno de los dos niños miró a su madre antes de ponerse en marcha.

— ¡Tened cuidado al cruzar la carretera! ¡Mirad a los dos lados! —les gritó Dick.

Él y Nicole se miraron de frente y sus ojos eran como ventanas iluminadas a cada lado de un patio interior. Nicole sacó una polvera, se miró en su espejito y se atusó el pelo en las sienes. Dick miró cómo los niños subían por la colina hasta que desaparecieron entre unos pinos a mitad de camino; luego, examinó el coche para ver los desperfectos que había sufrido y pensar en algún medio de volver a sacarlo a la carretera. Observando la tierra pudo ver la trayectoria que había seguido el coche en zigzag durante más de treinta metros. Le entró una violenta sensación de hastío que nada tenía que ver con la ira.

Unos minutos más tarde llegó corriendo el propietario de la posada.

— ¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo ocurrió? ¿Iban a mucha velocidad? ¡Qué suerte han tenido! ¡Si no llega a ser por ese árbol se hubieran caído rodando colina abajo!

Aprovechando la presencia tan real de Émile, con su amplio delantal negro y el sudor que le corría por las mejillas regordetas, Dick le señaló a Nicole con toda naturalidad para que le ayudara a sacarla del coche. Pero entonces ella saltó por el lado que había quedado más bajo, perdió el equilibrio, cayó de rodillas y se volvió a levantar enseguida. Mientras miraba las maniobras de los dos hombres para mover el coche, adoptó un aire desafiante. Dick, que pensaba que incluso esa actitud era preferible, le dijo:

—Vete con los niños, Nicole.

Cuando ya se había ido, recordó que había querido tomarse un coñac y que allá arriba tenían. Le dijo a Émile que no se preocupara por el coche, que esperarían a que llegara el chófer con el coche grande para remolcarlo hasta la carretera. Se fueron los dos a paso rápido hacia la posada.

XVI

—Tengo que salir de aquí —le dijo Dick a Franz—. Necesito un mes, tal vez más. Todo el tiempo que me sea posible.

— ¡Pues claro, Dick! En eso era en lo que habíamos quedado. Fuiste tú el que insistió en quedarse. Si tú y Nicole…

—No quiero que Nicole venga conmigo. Quiero irme solo. Esta última experiencia me ha dejado hundido. Si logro dormir dos horas cada día, se debe a uno de los milagros de Zuinglio.

—Necesitas una verdadera cura de abstinencia.

—«Ausencia» es la palabra exacta. Mira: si me voy al Congreso Psiquiátrico de Berlín, ¿te las podrías arreglar para mantener la paz? Nicole lleva tres meses sin ninguna recaída y se entiende bien con su enfermera. ¡Dios santo! Eres la única persona en el mundo a la que puedo pedir este favor.

Franz soltó un gruñido y se preguntó si se podía confiar en que siempre fuera a pensar en el bien de su socio.

A la semana siguiente, en Zurich, Dick fue al aeropuerto y tomó el avión para Munich. Mientras se elevaba en el cielo envuelto en los rugidos del motor, sentía los miembros entumecidos y se dio cuenta de lo fatigado que estaba. Una calma total se apoderó de él y decidió dejar que de las enfermedades se ocuparan los enfermos, del sonido, los motores y de los mandos el piloto. No tenía intención de asistir ni a una sola sesión del congreso. Se lo imaginaba perfectamente todo: los nuevos opúsculos de Bleuler y Forel padre que podría asimilar mucho mejor en casa, la disertación del americano que curaba la demencia precoz sacándole las muelas al paciente o cauterizándole las amígdalas, y el respeto apenas teñido de ironía con que esta idea sería acogida, simplemente porque los Estados Unidos era un país muy rico y poderoso. Y los demás delegados de los Estados Unidos: el pelirrojo Schwartz con su cara de santo y su infinita paciencia tratando de conciliar dos mundos y docenas de alienistas de aire solapado e intereses puramente comerciales, que asistirían al congreso en parte para hinchar su reputación, y de ese modo tener más posibilidades de conseguir los puestos más cotizados de expertos en criminología, y en parte para ponerse al corriente de los sofismas más recientes, que luego podrían incorporar a su repertorio y así contribuir más a la infinita confusión de todos los valores. Habría algún italiano cínico y algún discípulo de Freud de Viena. Entre todos destacaría claramente el gran Jung, suave, superenérgico, haciendo su recorrido entre los

bosques de la antropología y las neurosis de los colegiales. Al principio el congreso tendría un cierto aire norteamericano, casi «rotario» en su ceremonial y procedimientos, luego lograría imponerse la vitalidad más homogénea de los europeos, y, finalmente, los americanos sacarían el as que tenían oculto: el anuncio de donaciones y fundaciones fabulosas, de excelentes instalaciones y centros de formación nuevos, y ante la enormidad de esas cifras, los europeos empalidecerían y se achantarían. Pero él no estaría allí para verlo.

El avión bordeaba las montañas del Vorarlberg y Dick se deleitó contemplando aquellos pueblecitos con su bucólico encanto. Siempre había cuatro o cinco a la vista, cada uno de ellos agrupado en torno a una iglesia. Qué sencillo resultaba todo observando la tierra a esa distancia.

Tan sencillo como manejar muñecos y soldados de plomo en un juego siniestro. Así es como veían las cosas los hombres de estado, los generales y todos los jubilados. De todos modos, ¡qué alivio se sentía!

Un inglés que estaba al otro lado del pasillo quiso entablar conversación, pero Dick había empezado a notar en los ingleses algo que le repelía. Inglaterra era como un hombre rico que después de una orgía desastrosa trata de ganarse a los miembros de su familia hablando con cada uno de ellos por separado, cuando a todos les resulta evidente que lo único que quiere es recuperar su dignidad para poder arrogarse su poder anterior.

Dick tenía consigo todas las revistas que había podido encontrar en el aeropuerto: The Century, The Motion Picture, Illustration y el Fliegende Blätter, pero resultaba más divertido bajar con la imaginación a aquellos pueblecitos y saludar a los personajes rurales. Se sentaba en las iglesias como se sentaba en la iglesia de su padre en Buffalo, rodeado de las ropas domingueras obligatoriamente almidonadas. Escuchaba las sabias palabras del Cercano Oriente, fue Crucificado, Muerto y Sepultado, en la alegre iglesia, y una vez más le entraba la preocupación de si debía poner cinco o diez centavos en el cepillo, pensando en la chica que estaba en el banco de detrás de él.

El inglés cambió de pronto unas palabras con él y le preguntó si le podía dejar las revistas, y Dick, contento de quedarse sin ellas, pensó en el viaje que le esperaba. Como un lobo bajo la piel de cordero de su traje de lana australiana de hebra larga, se imaginó todo un mundo de placeres: el Mediterráneo incorruptible, con el polvo entrañable de la antigüedad incrustado en los troncos de los olivos, la muchacha campesina de Savona, que tenía un rostro tan verde y tan rosa como el color de un misal iluminado. La tomaría en sus brazos y la pasaría al otro lado de la frontera…

… pero allí la abandonaría: debía seguir su camino hacia las islas griegas, las aguas oscuras de puertos desconocidos, la muchacha perdida en la orilla, la

luna de las canciones populares. Una parte de la mente de Dick estaba ocupada por los recuerdos chillones de su infancia. Sin embargo, en esa desordenada tienda de saldos había conseguido mantener viva la precaria llama de la inteligencia.

XVII

Tommy Barban era un líder. Tommy era un héroe. Dick se lo encontró por casualidad en Munich, en la Marienplatz, en uno de esos cafés en donde los tahúres de tres al cuarto echaban los dados en esteras con pretensiones de alfombra. Todo eran discusiones políticas y ruido de naipes en el ambiente.

Tommy estaba en una de las mesas y se reía con su risa marcial: ¡Umb-jajaja! ¡Umb-jajaja! Por lo general bebía poco. Su juego era el valor y sus camaradas le tenían siempre un poco de miedo. Hacía poco que un cirujano de Varsovia le había extirpado una octava parte de la superficie del cráneo, que se estaba soldando bajo el pelo, y el tipo más endeble de los que se encontraban en el café le podría haber matado simplemente golpeándole con el nudo de una servilleta.

—Te presento al príncipe Chillicheff…

Éste era un ruso de cara grisácea y estropeada que tendría unos cincuenta años.

—… y al señor McKibben, y al señor Hannan.

Este último, que era una especie de bola vivaracha de pelo y ojos negros, un verdadero payaso, le dijo inmediatamente a Dick:

—… Antes de darle la mano, quiero que me explique una cosa: ¿Por qué anda por ahí tonteando con mi tía?

— ¿Cómo dice?

—Ya me ha oído. En todo caso, ¿qué es lo que tiene que hacer aquí en Munich?

— ¡Umb-jajaja! —rio Tommy.

— ¿Es que no tiene usted tías? ¿Por qué no tontea con ellas?

Dick se echó a reír, con lo cual el otro cambió de táctica.

—Bueno. No vamos a hablar más de tías. ¿Cómo sé yo que no es todo un invento suyo? Llega usted aquí, un completo desconocido al que no hace ni media hora que conozco y me viene con no sé qué historia disparatada de sus

tías. ¿Cómo puedo saber yo todas las cosas suyas que se ha callado?

Tommy rio de nuevo y luego dijo, afablemente pero con firmeza:

—Ya está bien, Carly. Siéntate, Dick. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Nicole?

A Tommy ningún hombre le inspiraba mucha simpatía, ni tampoco sentía la presencia de otro hombre con mucha intensidad. Siempre estaba perfectamente relajado, preparado para el combate, como ocurre con los buenos deportistas que, cuando están de suplentes, están realmente descansando la mayor parte del tiempo, mientras que alguien menos preparado hace creer que está descansando pero la constante tensión nerviosa le deja físicamente agotado.

Hannan, que nunca se daba por vencido del todo, pasó a un piano que estaba al lado de la mesa y, con el rencor pintado en el rostro cada vez que miraba a Dick, se puso a jugar con el teclado, murmurando de vez en cuando «Tus tías» y, con una cadencia mortecina, «En todo caso, yo no he dicho tías. Lo que dije fue crías».

—Bueno, ¿cómo estás? —volvió a decir Tommy—. No tienes un aire tan… (no le salía la palabra)… tan desenvuelto como solías. Tan animado. Bueno, ya me entiendes.

Parecía una manera bastante enojosa de decirle que había perdido vitalidad y Dick iba a replicar con un comentario sobre los trajes extravagantes que llevaban Tommy y el príncipe Chillicheff, de un corte y dibujo lo suficientemente fantásticos como para pasearse por Beale Street un domingo por la mañana, pero el príncipe se le adelantó.

—Veo que está mirando nuestros trajes —dijo—. Acabamos de volver de Rusia.

—Los hizo en Polonia el sastre de la Corte —dijo Tommy—. Absolutamente cierto. El propio sastre de Pilsudski.

— ¿Han estado haciendo turismo? —preguntó Dick.

Se echaron a reír los dos, y el príncipe, a la vez que reía, le daba palmadas en la espalda a Tommy con gran exageración.

—Sí, hemos estado haciendo turismo. Eso es, turismo. Nos hemos recorrido todas las Rusias como turistas de honor.

Dick esperaba una aclaración. Se la hizo el señor McKibben en dos palabras.

—Se fugaron.

— ¿Estaban prisioneros en Rusia?

—Yo —explicó el príncipe Chillicheff, mirando fijamente a Dick con sus ojos apagados de color amarillento—. No prisionero, sino oculto.

— ¿Les costó mucho salir de allí?

—Un poco. Dejamos tres Guardias Rojos muertos en la frontera. Tommy dejó dos —dijo levantando dos dedos a la manera de los franceses—. Yo dejé uno.

—Eso es lo que no entiendo —dijo el señor McKibben—. ¿Por qué se iban a oponer a que saliera de allí?

Hannan, que seguía sentado al piano, volvió la cabeza y, con un guiño, les dijo a los otros:

—Mac se cree que un comunista es un niño que hace la comunión.

Era el relato de una huida en la mejor tradición: un aristócrata escondido durante nueve años en la casa de un antiguo criado y trabajando en una panadería del Estado; su hija de dieciocho años que está en París y conoce a Tommy Barban… Mientras contaban la historia, Dick llegó a la conclusión de que la vida de aquel vestigio del pasado apergaminado y de cartón piedra no valía la de tres hombres jóvenes. Surgió la cuestión de si Tommy y Chillicheff habían pasado miedo.

—Cuando tenía frío —dijo Tommy—. Siempre me asusto cuando tengo frío. En la guerra siempre que tenía frío me entraba miedo.

McKibben se puso en pie.

—Me tengo que ir. Mañana por la mañana tengo que ir a Innsbruck en coche con mi mujer y mis hijos… y la institutriz.

—Yo también voy allí mañana —dijo Dick.

— ¿De veras? —exclamó McKibben—. ¿Por qué no se viene con nosotros? Es un Packard grande y sólo vamos mi mujer, mis hijos y yo… y la institutriz.

—No, muchas gracias, pero…

—Bueno, no es realmente una institutriz —dijo al fin McKibben, dirigiendo a Dick una mirada bastante patética—, y además, mi mujer conoce a su cuñada, Baby Warren.

Pero Dick no estaba dispuesto a dejarse arrastrar a ciegas.

—He prometido a dos amigos que iba a ir con ellos. McKibben puso cara de quedarse decepcionado.

— ¡Ah! Bueno, en tal caso… Adiós.

Fue a desenganchar a dos fox-terrier de raza atados a una mesa próxima, pero no se decidía a marcharse. Dick se imaginó el Packard abarrotado avanzando trabajosamente por la carretera de Innsbruck, con los McKibben y sus hijos, el equipaje, unos perros ladrando… y la institutriz.

—El periódico dice que se sabe quién lo mató —estaba diciendo Tommy —. Pero sus primos no querían que saliera en los periódicos porque ocurrió en un speakeasy. ¿Qué les parece?

—Es lo que se llama orgullo de familia.

Hannan tocó un acorde muy sonoro en el piano para atraerse la atención de los otros.

—A mí me parece que las primeras cosas que hizo no se sostienen —dijo —. Incluso olvidándonos de los europeos hay por lo menos una docena de americanos que pueden hacer lo que North hacía tan bien como él.

Era la primera indicación que tenía Dick de que estaban hablando de Abe North.

—La única diferencia es que Abe lo hizo primero —dijo Tommy.

—No estoy de acuerdo —dijo Hannan—. La fama de que era un buen músico le vino de que, como bebía tanto, sus amigos tenían que explicar su conducta de alguna manera.

— ¿Qué es lo que están diciendo de Abe North? ¿Qué le pasa? ¿Es que se ha metido en algún lío?

— ¿Es que no ha leído The Herald esta mañana?

—No.

—Ha muerto. Lo mataron a golpes en un speakeasy en Nueva York. Sólo consiguió llegar arrastrándose al Racquet Club, donde murió.

— ¿Abe North?

—Sí, claro. Dicen que…

— ¿Abe North?

Dick se puso en pie.

— ¿Están seguros de que ha muerto?

Hannan se volvió hacia McKibben:

—No fue el Racquet Club adonde llegó arrastrándose. Fue el Harvard Club. Estoy seguro de que no era socio del Racquet.

—Es lo que decía el periódico —insistió McKibben.

—Debe ser un error. Estoy seguro.

—Muerto a golpes en un speakeasy.

—Pero da la casualidad de que conozco a casi todos los socios del Racquet Club —dijo Hannan—. Tiene que haber sido el Harvard Club.

Dick se levantó y también Tommy. El príncipe Chillicheff salió de su ensimismamiento —tal vez estaba estudiando una vez más las posibilidades que tenía de salir de Rusia algún día, pensamiento al que había dedicado tanto tiempo que era dudoso que pudiera abandonar de inmediato— y se dispuso a marcharse con ellos.

—Abe North muerto a golpes.

Iban camino del hotel, pero Dick era apenas consciente de a dónde se dirigía. Tommy dijo:

—Estamos esperando que un sastre nos termine unos trajes para poder ir a París. Voy a trabajar con unos agentes de bolsa, pero no puedo presentarme a ellos así como voy vestido. Todo el mundo en tu país está haciendo millones. ¿De verdad te vas mañana? Ni siquiera vamos a poder cenar contigo. Resulta que el príncipe tenía una vieja amiga en Munich. La llamó por teléfono, pero hacía cinco años que había muerto, y vamos a cenar con las dos hijas.

El príncipe asintió con un gesto.

—Tal vez podría arreglarlo para que viniera también el doctor Diver.

—No, no —se apresuró a decir Dick.

Durmió profundamente y le despertaron los lentos acordes de una marcha fúnebre ante su ventana. Era una larga columna de hombres de uniforme que llevaban los típicos cascos de la guerra del 14, hombres gruesos con levita y chistera, burgueses, aristócratas, hombres del pueblo. Se trataba de una asociación de excombatientes que iba a depositar coronas de flores en las tumbas de los caídos. La columna avanzaba lentamente, con un aire que evocaba un esplendor perdido, un esfuerzo del pasado, un dolor ya olvidado. Aunque la tristeza de sus caras era sólo de circunstancias, Dick sintió una emoción en la que se mezclaban el pesar por la muerte de Abe y el lamento por su propia juventud de diez años atrás.

XVIII

Dick llegó a Innsbruck al atardecer; envió su equipaje a uno de los hoteles y se fue caminando al centro. A la luz del crepúsculo, el emperador

Maximiliano oraba de rodillas sobre su fúnebre comitiva de bronce; cuatro novicios de un seminario jesuita paseaban leyendo por los jardines de la universidad. Los recuerdos en mármol de antiguos asedios, bodas y aniversarios se desvanecieron rápidamente al ponerse el sol, y Dick tomó erbsen-suppe con trocitos de salchicha, se bebió cuatro jarritas de Pilsener y rehusó un postre imponente llamado kaiser-schmarren.

A pesar de la proximidad de las montañas, Suiza estaba lejos, y Nicole estaba lejos. Paseando por el jardín más tarde, cuando ya era completamente de noche, pensó en ella de manera desapasionada y comprendió que la quería por lo que de mejor había en ella. Recordó una ocasión en que la hierba estaba húmeda y ella había ido a su encuentro a paso ligero con las finas zapatillas empapadas por el rocío. Había puesto los pies encima de sus zapatos y se había apretado contra él, ofreciéndole la cara como un libro abierto en una página.

—Piensa en cuánto me quieres —había susurrado—. No te voy a pedir que me quieras siempre como ahora, pero sí te pido que lo recuerdes. Pase lo que pase, siempre quedará en mí algo de lo que soy esta noche.

Pero Dick se había alejado de ella para poder salvarse y se puso a pensar en ello. Se había perdido a sí mismo, aunque no hubiera podido decir la hora, el día o la semana, el mes o el año en que aquello había ocurrido. En otros tiempos había sido capaz de vencer las dificultades y resolvía la más enrevesada de las ecuaciones como si se tratara del problema más simple del menos complicado de sus pacientes. Pero entre el momento en que había encontrado a Nicole como una flor bajo una piedra del lago de Zurich y el de su encuentro con Rosemary, aquella capacidad había desaparecido.

Aunque no era por naturaleza nada codicioso, el ejemplo de su padre, que había luchado por salir adelante en parroquias pobres, había despertado en él un deseo de tener dinero. No se trataba de la saludable necesidad de sentir seguridad: nunca se había sentido más seguro de sí mismo, más totalmente independiente, que en la época en que se casó con Nicole. Y, sin embargo, lo habían comprado como a un gigolo y de algún modo había permitido que encerraran su caudal en las cajas de seguridad de los Warren.

—Deberíamos haber celebrado un contrato de compraventa en toda la regla, pero todavía no se ha cerrado la transacción. He malgastado ocho años enseñando a los ricos las reglas más elementales de la ética, pero todavía no he dicho la última palabra. Todavía me quedan demasiadas cartas por jugar.

Prolongó su paseo entre los rosales descoloridos y los dulces helechos húmedos que apenas distinguía en la oscuridad.

La temperatura era suave para el mes de octubre, pero hacía suficiente

fresco como para que tuviera que llevar una chaqueta gruesa de tweed abotonada al cuello con una pequeña cinta elástica. Se destacó una silueta de la forma oscura de un árbol y Dick supo, sin necesidad de verla, que era la mujer con la que se había cruzado en el vestíbulo cuando salía. Había llegado a un punto en que se enamoraba de todas las mujeres bonitas que veía, de sus siluetas a lo lejos, de sus sombras en un muro.

La mujer le daba la espalda mientras contemplaba las luces de la ciudad. Dick encendió una cerilla y ella debió oír el sonido, pero permaneció inmóvil.

¿Era aquello una invitación, o una indicación de que estaba ajena a todo? Dick llevaba mucho tiempo alejado del mundo en el que los deseos simples se satisfacen de una manera simple y se sentía torpe e inseguro. ¿No habría algún código secreto por el que se reconocieran entre sí rápidamente los que vagaban en la oscuridad de los balnearios?

Tal vez fuera él el que tuviera que dar el siguiente paso. Los niños, aunque no se conozcan, simplemente se sonríen y dicen: ¿Jugamos?

Se acercó un poco más y la sombra se hizo a un lado. Lo más probable era que le rechazara desdeñosamente tomándole por uno de esos viajantes sinvergüenzas de los que él había oído hablar en su juventud. El corazón le latía fuertemente ante la presencia de lo desconocido, lo inexplorado, lo que no se podía analizar ni explicar. De repente se dio la vuelta, y al mismo tiempo la muchacha rompió la figura que formaba su silueta contra el follaje, le dio un rodeo a un banco con paso no apresurado pero firme y tomó el sendero que llevaba de vuelta al hotel.

A la mañana siguiente, acompañado de un guía y otros dos hombres, Dick emprendió el ascenso al Birkkarspitze. ¡Qué magnífica sensación oír desde arriba los cencerros de las vacas que pastaban en los prados más altos! Dick deseaba que llegara ya la noche para estar en el albergue feliz con su fatiga y confiado en la autoridad del guía, deleitándose en su propio anonimato. Pero al mediodía el tiempo cambió. Cayó aguanieve y granizo y los truenos retumbaron en las montañas. Dick y uno de los otros dos excursionistas querían seguir, pero el guía se negó. Con gran pesar iniciaron el camino de regreso a Innsbruck, lleno de dificultades, con intención de volver a salir al día siguiente.

Después de haber cenado y de haberse bebido una botella de vino del país bastante fuerte en el comedor desierto, Dick sintió una gran desazón; sin saber por qué, hasta que se acordó del jardín. Se había cruzado con la muchacha en el vestíbulo antes de la cena y esta vez ella le había mirado con interés, pero aquello le seguía preocupando: ¿Por qué? Si en mis tiempos podía haber conseguido a casi todas las mujeres bonitas que hubiera querido, ¿por qué empezar ahora? ¿Con un fantasma, con un fragmento de mi deseo? ¿Por qué?

Su imaginación trataba de arrastrarle, pero al final acabaron triunfando su viejo ascetismo y la falta de costumbre que en realidad tenía: ¡Cielo santo! Lo mismo podría volver a la Riviera y acostarme con Janice Caricamento o con la chica de los Wilburhazy. ¿Voy a empequeñecer todo lo de estos años con algo tan vulgar y de tan poco valor?

Pero no conseguía calmarse, y se fue a la terraza y subió a su cuarto a reflexionar. El estar solo física y espiritualmente engendra soledad y la soledad engendra más soledad.

Una vez arriba, se puso a dar vueltas por la habitación pensando en aquello que le preocupaba y extendió las ropas de hacer montañismo sobre el radiador tibio para que se secaran. Volvió a ver el telegrama de Nicole, que todavía no había abierto, con el que ella le acompañaba diariamente en su viaje. No había querido abrirlo antes de la cena, tal vez por lo del jardín. Era un telegrama de Buffalo reexpedido desde Zurich.

Tu padre ha muerto esta noche plácidamente.

Holmes

Sintió un dolor tan agudo que tuvo que juntar todas sus fuerzas para poder resistirlo, pero no pudo evitar que se le extendiera por los riñones, por el estómago, por la garganta.

Volvió a leer el telegrama. Se sentó en la cama, jadeante y con la mirada fija. Su primera reacción fue la típica reacción egoísta de un niño ante la muerte de su padre o de su madre: ¿Qué va a ser de mí ahora que no puedo contar con la protección más segura que tenía, la primera que tuve?

Una vez dominado ese terror ancestral, se puso otra vez a dar vueltas por la habitación, deteniéndose de vez en cuando a mirar el telegrama. Holmes era oficialmente coadjutor de su padre, pero, de hecho, y desde hacía ya diez años, era el párroco. ¿De qué había muerto? De viejo: tenía setenta y cinco años. Había vivido muchos años.

A Dick le entristecía que hubiera muerto solo. Su mujer y sus hermanos y hermanas habían muerto antes que él; tenía primos en Virginia, pero eran pobres y no podían permitirse viajar al norte. De modo que el telegrama lo había tenido que firmar Holmes. Dick quería mucho a su padre: siempre que tenía que tomar alguna decisión pensaba primero en lo que su padre hubiera opinado o hubiera hecho. Había nacido varios meses después de la muerte de dos hermanas de corta edad, y su padre, previendo cuál sería la reacción de su madre, había evitado que se convirtiera en un niño malcriado al encargarse él mismo de su educación. Aunque era un hombre sin gran vitalidad, se había impuesto aquella tarea.

En el verano padre e hijo bajaban caminando al centro para que les limpiaran los zapatos, Dick con su traje de marinero de dril almidonado y su padre siempre con su hábito de clérigo de corte impecable, muy orgulloso de su hijo, que era un niño muy guapo. Le enseñaba a Dick todo lo que sabía de la vida, que no era demasiado pero casi todo verdad, cosas simples, normas de conducta que correspondían a su rango de clérigo. «Una vez, en una ciudad a la que acababa de llegar, poco después de que me ordenaran, entré en una sala llena de gente y no sabía muy bien quién era la dueña de la casa. Varias personas que conocía se acercaron a mí, pero no les hice caso porque acababa de ver a una señora de pelo gris sentada junto a una ventana al otro extremo de la sala. Fui hasta ella y me presenté. Después de eso hice muchos amigos en aquella ciudad».

Su padre había hecho aquello porque tenía buen corazón. Estaba seguro de lo que era y muy orgulloso de aquellas dos viudas tan dignas que le habían inculcado que no había nada superior a los «buenos instintos», el honor, la cortesía y el valor.

Siempre consideró que el pequeño capital que había h fado su esposa pertenecía a su hijo, y mientras cursaba estudios superiores y luego en la Facultad de Medicina le envió regularmente un cheque que cubría todos sus gastos cuatro veces al año. Era uno de esos hombres de los que en la era próspera se decía sentenciosamente: «Era todo un caballero, pero no tenía mucha energía».

Dick hizo que le trajeran un periódico. Sin dejar de dar vueltas y de leer y releer el telegrama que seguía abierto en su buró, decidió en qué barco se iba a ir a América. Luego puso una conferencia a Nicole en Zurich, y mientras esperaba que se la dieran se acordó de muchas cosas y se preguntó si había sido siempre todo lo bueno que había querido ser.

XIX

Al estar todavía bajo la profunda impresión que le había causado la muerte de su padre, la espléndida fachada de su patria, el puerto de Nueva York, le pareció a Dick un espectáculo a la vez triste y grandioso. Pero una vez en tierra, esa sensación que había tenido durante una hora se esfumó y ya no la volvió a tener ni en las calles ni en los hoteles ni en los trenes que le llevaron primero a Buffalo y luego a l sur, a Virginia, acompañando el cadáver de su padre. Sólo en el tren correo que avanzaba lentamente por la tierra arcillosa del condado de Westmoreland, entre bosques de arbustos y matorrales, se volvió a sentir identificado con todo lo que le rodeaba. En la estación vio una

estrella que reconoció, y la luna fría sobre la bahía de Chesapeake. Oyó el chirrido de las ruedas de las calesas al girar, las entrañables voces con su tono de presuntuosa inocencia, el rumor de los indolentes ríos primigenios, que discurrían suavemente con los suaves nombres que les habían puesto los indios.

Al día siguiente enterraron a su padre en el cementerio, entre un centenar de Divers, Dorseys y Hunters. Sin duda se sentiría más a gusto allí, rodeado de todos aquellos familiares suyos. Arrojaron flores sobre la tierra parduzca removida.

Ya no había nada que atara a Dick a aquella tierra y no creía que fuera a volver nunca. Se arrodilló en el duro suelo. Conocía muy bien a todos aquellos muertos. Conocía sus rostros curtidos por la intemperie y sus expresivos ojos azules, sus cuerpos enjutos y tensos y sus almas forjadas por la nueva tierra en la sombría espesura del siglo.

—Adiós, padre mío. Adiós, antepasados. Adiós a todos.

En los embarcaderos de los vapores, con sus largos techos, uno se encuentra en un país que no es todavía aquél al que se dirige pero tampoco es ya el país del que va a partir. La nebulosa bóveda amarilla se llena del eco de todos los gritos. Al retumbo de los carretones se suma el de los baúles que se acumulan, el chirrido estridente de las grúas, el primer olor a mar. Uno anda apresurado aunque haya tiempo de sobra. Detrás queda el pasado, el continente. El futuro es la boca resplandeciente al costado del buque. El pasillo turbulento y mal iluminado es el presente, pero un presente demasiado confuso.

Al subir por la pasarela, la visión del mundo se reajusta, se encoge. Se es ciudadano de una república más pequeña que Andorra y ya no se está seguro de nada. Los hombres que están en la oficina del sobrecargo tienen una forma tan rara como los camarotes; los pasajeros y sus amigos lo miran todo con desdén. Luego llegan el lúgubre pitido ensordecedor, la tremenda vibración, y el barco, la idea humana, se pone en movimiento. El embarcadero y las caras que hay en él pasan de largo y por un instante el barco es un fragmento de ellos arrancado accidentalmente. De pronto las caras apenas se distinguen, ya no tienen voz, y el embarcadero es uno de tantos puntos borrosos a lo largo de los muelles. El puerto corre rápido hacia el mar.

Y con él corría Albert McKisco, que era, según los periódicos, la carga más preciada del buque. McKisco estaba de moda. Sus novelas eran refritos de las obras de los mejores novelistas de la época, toda una hazaña que no cabía menospreciar, y además, tenía un gran talento para edulcorar y degradar lo que copiaba, de modo que muchos lectores estaban encantados con lo fácil que les resultaba leer lo que él escribía. El éxito había mejorado su carácter, le había

hecho más humilde. No se hacía ilusiones con respecto a sus aptitudes literarias: sabía que poseía más capacidad de trabajo que muchos hombres de superior talento y estaba decidido a disfrutar del éxito que había obtenido. «Todavía no he hecho nada que valga la pena», solía decir. «No creo poseer realmente genio. Pero si sigo intentándolo, tal vez llegue a escribir algún día un buen libro». Peores intenciones que ésas han dado excelentes resultados. Las innumerables humillaciones del pasado habían quedado olvidadas. En realidad, la base psicológica de su éxito había sido su duelo con Tommy Barban, a raíz del cual, y a medida que se iba haciendo más borroso en su memoria, se había creado un amor propio del que carecía. Al reconocer a Dick el segundo día de travesía, estuvo considerando primero si le saludaba o no, y luego se presentó en un tono cordial y tomó asiento a su Hado. Dick dejó lo que estaba leyendo y, pasados unos minutos, que fue lo que tardó en comprender que McKisco había sufrido un cambio, que ya no tenía aquel complejo de inferioridad tan molesto, descubrió que se alegraba de hablar con él. Mckisco estaba «muy impuesto» en más temas de los que dominaba el propio Goethe. Era interesante escuchar las innumerables mezcolanzas superficiales de ideas que presentaba como opiniones propias. Empezaron a tratarse y Dick comió varias veces con ellos. Los McKisco habían sido invitados a la mesa del capitán para las comidas, pero con incipiente esnobismo le dijeron a Dick que «no soportaban a aquella gente».

A Violet se la veía muy encopetada. La vestían los mejores modistos y no cesaba de maravillarse con los pequeños descubrimientos que las chicas de buena familia suelen hacer en la adolescencia. En realidad, podía haber aprendido todas aquellas cosas de su madre en Boise, pero su alma se había despertado melancólicamente en los pequeños cines de Idaho y no le había quedado tiempo para su madre. Ahora había sido «aceptada» —en un medio que comprendía a otros varios millones de personas— y era muy feliz, aunque su marido aún tenía que hacerla callar cuando daba muestras de excesiva ingenuidad.

Los McKisco se bajaron en Gibraltar. A la tarde siguiente, en Nápoles, en el autobús que les llevaba del hotel a la estación, Dick entabló conversación con una familia integrada por dos muchachas y su madre, que parecían desorientadas y nada felices. Ya se había fijado en ellas en el barco. Le invadió un deseo irresistible de ayudarlas, o de sentirse admirado. Consiguió hacerlas reír, las invitó a beber vino y observó satisfecho cómo iban recobrando su natural egoísmo. Les hizo creer que eran esto y lo otro y, siguiendo su plan hasta el final, bebió más de la cuenta para mantener la ilusión, y durante todo ese tiempo las mujeres estuvieron convencidas de que les había llovido un regalo del cielo. Se separó de ellas cuando la noche empezó a decaer y el tren a traquetear y resoplar entre Cassino y Frosinone. Después de unas extrañas despedidas a la americana en la estación de Roma, Dick se fue al Hotel

Quirinal más bien agotado.

Mientras aguardaba en recepción, levantó de pronto la cabeza, asombrado. Como si estuviera bajo los efectos de una bebida que le bajaba ardiendo por el estómago y de repente enviaba una llamarada al cerebro, vio a la persona que había ido a ver, la persona por la que había cruzado el Mediterráneo.

Rosemary le vio al mismo tiempo; le reconoció antes incluso de identificarlo. Le miró sorprendida y, dejando a la muchacha con la que estaba, se apresuró a ir a su encuentro. Procurando mantenerse erguido y conteniendo la respiración, Dick se volvió hacia ella. Al verla cruzar el vestíbulo con su belleza reluciente, como un caballo joven recién aceitado y con los cascos barnizados, se sintió como si despertara bruscamente de un sueño. Pero fue todo tan rápido que lo único que pudo hacer fue tratar de que no se diera cuenta de lo fatigado que estaba. En respuesta a la mirada confiada y llena de ilusiones de ella improvisó una forzada pantomima con la que quería decir: «¡Con lo grande que es el mundo y te encuentro precisamente aquí!».

Ella puso sus manos enguantadas sobre las suyas en el mostrador de recepción.

—Dick… estamos rodando Qué grande era Roma. O por lo menos, eso creo. Podemos dejarlo cualquier día.

La miró fijamente, tratando de cohibirla un poco para que no viera tan claramente su cara sin afeitar y el cuello arrugado de la camisa con la que había dormido. Afortunadamente, ella tenía prisa.

—Empezamos muy temprano porque a eso de las once el cielo se nubla. Telefonéame a las dos.

Una vez en su cuarto, Dick consiguió calmarse. Pidió que lo despertaran al mediodía, se desnudó y se sumió literalmente en un profundo sueño.

No se despertó cuando lo llamaron sino a las dos, totalmente repuesto ya. Deshizo la maleta y dio los trajes a planchar y la ropa sucia a lavar. Se afeitó, se sumergió durante media hora en un baño caliente y luego desayunó. Caía el sol en Via Nazionale y dejó que entrara en su habitación abriendo las dobles cortinas con un tintineo de anillas metálicas. Mientras aguardaba a que le plancharan un traje, leyó en el Corriere della Sera sobre «una novella di Sinclair Lewis Wall Street nella quale l’autore analizza la vita sociale di una piccola cittá Americana». Luego trató de pensar en Rosemary.

Al principio no se le ocurría nada. Era joven y atractiva. De acuerdo. Pero también lo era Topsy. Suponía que en los últimos cuatro años habría tenido amantes y los habría querido. Bueno, ¿y qué? Uno no puede saber nunca el lugar que ocupa realmente en la vida de otra persona. Y, sin embargo, de esa

inseguridad había nacido su afecto. Las mejores relaciones se establecen cuando uno quiere que perduren a pesar de conocer los obstáculos. El pasado volvía y Dick quería contener aquella elocuente entrega de sí misma que le hacía ella en su preciosa envoltura hasta que fuera sólo suya, hasta que ya no existiera fuera de él. Trató de pasar revista a todas las cosas hacia las que se podía sentir atraída: eran menos que cuatro años atrás. A los dieciocho años se puede ver a alguien que tiene treinta y cuatro a través del velo nebuloso de la adolescencia, pero a los veintidós años se ve a las personas de treinta y ocho con suficiente claridad. Además, en la época de su anterior encuentro, Dick estaba en un estado de especial sensibilidad afectiva, pero desde entonces su capacidad de entusiasmarse se había mermado bastante.

Cuando volvió el mozo, se puso una camisa blanca de cuello duro y una corbata negra con una perla; la cadena que sujetaba sus gafas de leer pasaba por otra perla del mismo tamaño que colgaba una pulgada más o menos por debajo. Al haber dormido, su cara había recobrado el tono marrón rojizo de muchos veranos en la Riviera, y para calentar el cuerpo se puso a hacer el pino sobre una silla hasta que se le cayeron de los bolsillos la estilográfica y unas monedas. A las tres llamó a Rosemary, la cual le invitó a subir. Como los ejercicios acrobáticos le habían dejado un poco aturdido, se detuvo en el bar a tomar un gin-tonic.

— ¡Hola, doctor Diver!

Sólo debido a la presencia de Rosemary en el hotel pudo reconocer Dick inmediatamente al que lo llamaba. Era Collis Clay. Se le veía tan seguro de sí mismo como siempre, con aspecto de irle bien las cosas y unos carrillos enormes que antes no tenía.

— ¿Sabe que Rosemary está aquí? —dijo Collis.

—Sí. Me la he encontrado.

—Estaba en Florencia y me enteré de que ella estaba aquí, así que me vine la semana pasada. No hay quien reconozca a la niña de mamá. Bueno, quiero decir —se corrigió—: Que era una chica tan bien educada por su madre y ahora es una mujer de mundo, ¿no? No se puede imaginar cómo tiene a estos chicos romanos. Hace lo que quiere con ellos.

— ¿Usted está estudiando en Florencia?

— ¿Yo? Sí, claro. Estudio arquitectura allí. Regreso el domingo. Me voy a quedar a ver las carreras.

Con gran dificultad, Dick consiguió impedir que pusiera su bebida a la cuenta que tenía en el bar, que parecía ya un informe de la bolsa de valores.

XX

Una vez que salió del ascensor, Dick siguió por un corredor tortuoso y al fin oyó una voz distante que salía de una puerta entreabierta y dirigió sus pasos hacia allí. Rosemary llevaba un pijama negro; en la habitación estaba todavía el carrito con los restos de la comida. Estaba tomando café.

—Sigues siendo muy guapa —dijo Dick—. Un poco más guapa incluso.

— ¿Quieres café, jovencito?

—Perdona el aspecto que tenía esta mañana.

—Sí, tenías mal aspecto. ¿Te encuentras bien ya? ¿Quieres café?

—No, gracias.

—Estás otra vez muy bien. Esta mañana me asusté. Mamá va a venir el mes que viene, si seguimos rodando aquí. Siempre me pregunta si te he visto por aquí, como si pensara que vivimos en casas contiguas. A mamá siempre le gustaste. Pensaba que eras una persona que valía la pena que conociera.

—Pues me alegro de que todavía se acuerde de mí.

— ¡Claro que se acuerda! —le aseguró Rosemary—. Muchísimo, además.

—Te he visto en alguna película que otra —dijo Dick—. Una vez hice que proyectaran La niña de papá sólo para mí.

—Pues en esta de ahora tengo un papel muy bueno, si no lo cortan.

Rosemary se levantó y le rozó el hombro a Dick al pasar por detrás de él. Llamó a recepción para que se llevaran el carrito y luego se acomodó en un sillón.

—Cuando te conocí era sólo una niña; Dick. Ahora soy una mujer.

—Quiero que me cuentes todo lo que has hecho estos años.

— ¿Cómo está Nicole? ¿Y Lanier y Topsy?

—Están todos muy bien. Se acuerdan mucho de ti.

Sonó el teléfono. Mientras ella lo contestaba, Dick se puso a hojear dos novelas, una de Edna Ferber y la otra de Albert McKisco. Entró el camarero a llevarse el carrito. Privada de su presencia, Rosemary parecía más sola con su pijama negro.

—Tengo una visita… No, no muy bien. Tengo que ir a probarme un vestido para la película y puede que tarde mucho… No, ahora no.

Como si se hubiera sentido liberada al desaparecer el carrito, Rosemary sonrió a Dick. Era una sonrisa que parecía querer decir que los dos juntos habían conseguido librarse de todas las penalidades del mundo y ahora estaban en paz en su paraíso particular.

—Ya está hecho —dijo—. No sé si sabrás que me he pasado la última hora preparándome para recibirte.

Pero el teléfono volvió a sonar. Dick se levantó para quitar su sombrero de la cama y ponerlo en la banqueta del equipaje y Rosemary, alarmada, tapó el micrófono con la mano.

— ¡No te estarás yendo!

—No.

Cuando terminó de hablar, Dick trató de conseguir que le dedicara la tarde a él, diciendo:

—Ahora espero que la gente me dé nutrimento.

—Yo también —convino Rosemary—. El hombre que me acaba de telefonear conoció una vez a un primo segundo mío. ¿Te imaginas que se pueda llamar a alguien por un motivo así?

Dejó la habitación a media luz en preparación para el amor. ¿Para qué si no iba a querer ocultarse a su vista? Las palabras que Dick le dirigía eran como cartas, como si tardaran un tiempo en llegar a ella después de que las hubiera pronunciado.

—Me cuesta estar aquí sentado, tan cerca de ti, sin besarte.

Entonces se besaron apasionadamente en el centro de la habitación. Ella se apretó contra él y luego volvió a su sillón.

No podían seguir así, en aquella situación meramente agradable. Había que avanzar o retroceder. Cuando, una vez más, sonó el teléfono, Dick fue al dormitorio y se tendió en la cama, con la novela de McKisco abierta. Enseguida entró Rosemary y se sentó junto a él.

—Tienes unas pestañas larguísimas —observó.

—Nos encontramos de nuevo en la fiesta de fin de curso. Entre los presentes está la señorita Rosemary Hoyt, que se vuelve loca por las pestañas…

Rosemary le besó y Dick la atrajo hacia sí para que se echara en la cama junto a él, y entonces se besaron hasta quedar ambos sin aliento. Rosemary tenía una respiración joven, apasionada y excitante. Sus labios estaban levemente agrietados pero eran suaves en las comisuras.

Eran todo brazos y piernas y pies y ropas y se debatían, él con los brazos y la espalda y ella con la garganta y los pechos, y de pronto Rosemary susurró:

—Ahora no. Estas cosas tienen que seguir un cierto ritmo.

Como un niño llamado al orden, tuvo que reprimir bruscamente su pasión, apartándola a algún lugar de su cerebro, pero abrazó su cuerpo frágil y la alzó ligeramente por encima de él.

—No importa, cariño —le dijo sonriente.

Al mirar su rostro desde la nueva posición, vio que había cambiado: se reflejaba en él el brillo eterno de la luna.

—Sería justicia divina si fueras tú —dijo ella.

Se separó de él, fue hasta el espejo y se atusó el pelo desordenado con las manos. Luego acercó una silla a la cama y le acarició la mejilla a Dick.

—Dime toda la verdad sobre ti —le pidió él.

—Siempre te la he dicho.

—En parte. Pero nada concuerda.

Los dos se echaron a reír, pero Dick continuó:

— ¿De verdad eres virgen?

— ¡Nooo! —cantó—. Me he acostado con seiscientos cuarenta hombres, si es eso lo que quieres que te diga.

—No es asunto mío.

— ¿Es que quieres estudiarme para luego sacarme en alguna tesis?

—Eres una chica de veintidós años perfectamente normal viviendo en el año 1928. Me imagino que habrás tenido más de una experiencia amorosa.

—Sí, pero todas se… frustraron —dijo.

Dick no acababa de creerla. No sabía si estaba levantando deliberadamente una barrera entre los dos o si todo era un medio de conseguir que valorara más su gesto cuando finalmente se entregara a él.

—Vamos a dar un paseo por el Pincio —sugirió Dick.

Se alisó las arrugas del traje y se pasó la mano por el pelo. De algún modo, el momento había pasado igual que había llegado. Durante tres años Dick había sido el modelo con el que Rosemary comparaba a todos los demás hombres y era inevitable que lo hubiera idealizado hasta otorgarle la estatura de un héroe. No quería que fuera como todos los demás y, sin embargo, allí estaba él, con las mismas exigencias que los otros, como si quisiera arrebatarle

algo que era suyo y llevárselo en el bolsillo. Mientras paseaban por el césped entre querubines y filósofos, faunos y cascadas, se agarró de su brazo acomodándose en él con una serie de pequeños reajustes, como si deseara hallar la posición definitiva porque se iba a quedar allí para siempre. Arrancó una ramita y la partió, pero no encontró jugo en ella. De pronto, al ver en el rostro de Dick lo que deseaba ver, le cogió la mano enguantada y se la besó. Luego se puso a juguetear como una chiquilla hasta que le hizo sonreír, y ella se echó a reír y empezaron a pasarlo bien.

—No puedo salir contigo esta noche, cariño, porque quedé con una gente hace mucho tiempo. Pero si te levantas temprano, te llevo mañana al rodaje.

Dick cenó solo en el hotel, se fue temprano a la cama, y a la mañana siguiente se encontró con Rosemary en el vestíbulo a las seis y media. En el coche, a su lado, resplandecía en toda su frescura, como recién creada, con el primer sol de la mañana. Salieron por Porta San Sebastiano y bajaron por Via Appia hasta llegar al inmenso decorado que representaba el Foro y que era más grande que el verdadero. Rosemary dejó a Dick en manos de un hombre que le sirvió de guía entre los grandes arcos y por las gradas y la arena del circo.

Rosemary estaba rodando en un decorado que representaba una mazmorra para prisioneros cristianos y al rato fueron allí y vieron a Nicotera, uno de los muchos Valentinos en potencia, pavoneándose y haciendo poses ante una docena de «cautivas» de ojos melancólicos e inquietantes a causa del rimmel.

Apareció Rosemary con una túnica que le llegaba a las rodillas.

—No te pierdas esto —le susurró a Dick—. Quiero que me des tu opinión. Todos los que han visto las primeras copias dicen…

— ¿Qué son las primeras copias?

—Las tomas del día anterior, que se pasan para que las vea el director. Todos dicen que es la primera vez que tengo sex-appeal en una película.

—Pues yo no lo noto.

— ¡Claro, tú no! Pero lo tengo.

Nicotera, en su piel de leopardo, se enfrascó en una conversación con Rosemary, mientras el electricista discutía con el director a la vez que se apoyaba en él. Finalmente, el director lo apartó bruscamente y se secó la frente sudorosa, y el guía de Dick comentó:

—Está otra vez cabreado. ¡Y qué cabreado!

— ¿Quién? —preguntó Dick. Pero antes de que el otro pudiera contestar, el director se acercó a ellos con paso rápido.

— ¿Quién está cabreado? ¡Tú eres el que está cabreado!

Se volvió a Dick y le habló con vehemencia, como si fuera miembro de un jurado:

—Cuando está él cabreado, se cree que todos los demás están tan cabreados como él.

Fijó su mirada iracunda en el guía un instante más y luego se puso a dar palmadas.

— ¡Venga! ¡Todo el mundo a sus puestos!

Era como ir de visita a la casa de una familia numerosa en la que reinara el caos. Se le acercó a Dick una actriz y estuvo un rato hablando con él totalmente convencida de que era un actor que acababa de llegar de Londres.

Al darse cuenta de su error, echó a correr despavorida. La mayoría de aquellos cineastas se sentían, o bien claramente superiores a la gente de fuera, o bien claramente inferiores, pero el primer sentimiento era el que predominaba. Eran gente a la vez arriesgada e industriosa; habían pasado a ocupar un lugar prominente en una nación que desde hacía una década sólo quería divertirse.

El rodaje finalizó porque empezaba a nublarse. Si bien la luz era perfecta para un pintor, para la cámara no podía compararse con el aire transparente de California. Nicotera siguió a Rosemary hasta el coche y le susurró algo al oído. Ella le miró sin sonreír al despedirse de él.

Dick y Rosemary comieron en el Castelli dei Cesari, un restaurante espléndido situado en una antigua villa desde la que se dominaban las ruinas de un foro de un periodo indeterminado de la decadencia. Rosemary tomó un combinado y un poco de vino y Dick bebió lo suficiente para que se disipara la sensación de insatisfacción que tenía. Después regresaron al hotel en el coche, sintiéndose animados y felices.

XXI

Rosemary tenía otro compromiso para cenar, una fiesta de cumpleaños de uno de los del equipo. Dick se encontró a Collis Clay en el vestíbulo del hotel, pero quería cenar solo y se inventó que tenía un compromiso para cenar en el Excelsior. Se tomó un combinado con Collis y el vago descontento que sentía se convirtió en impaciencia: ya no tenía ninguna excusa para seguir faltando de la clínica. Lo de Rosemary, más que una obsesión amorosa, era un recuerdo romántico. Nicole era su mujer. A menudo se sentía angustiado a causa suya,

pero no por eso dejaba de ser su mujer. Dedicarle tiempo a Rosemary era darse gusto a sí mismo egoístamente. Pero dedicarle tiempo a Collis era perderlo de la manera más inútil.

En la entrada del Excelsior se encontró con Baby Warren. Sus ojos grandes y bonitos, que parecían exactamente de jaspe, se quedaron fijos en él con sorpresa y curiosidad.

— ¡Pero Dick, yo te hacía en América! ¿Está Nicole contigo?

—He regresado por Nápoles.

El brazalete negro que llevaba le recordó a Baby qué tenía que decir:

—Siento mucho lo ocurrido.

Como era inevitable, cenaron juntos.

—Cuéntamelo todo —pidió Baby.

Dick le dio una versión de los hechos y Baby frunció el ceño. Necesitaba echarle la culpa a alguien de la tragedia de su hermana.

— ¿Tú crees que el doctor Dohmler hizo lo que debía haber hecho con ella desde el principio?

—Hoy día los tratamientos no difieren mucho entre sí. Naturalmente, siempre se procura encontrar la persona adecuada para cada caso.

—Dick, no es que pretenda darte consejos ni saber mucho al respecto, pero ¿no crees que un cambio le podría sentar bien? ¿No sería mejor que saliera de ese ambiente, siempre rodeada de enfermos, y llevara una vida normal, como el resto de la gente?

—Pero tú tenías mucho interés en lo de la clínica —le recordó—. Me dijiste que nunca te ibas a sentir realmente tranquila con respecto a ella…

—Pero eso fue cuando estabais llevando aquella vida de ermitaños en la Riviera, en lo alto de una colina aislados del resto de la humanidad. Yo no digo que volváis a llevar esa vida. Estoy pensando, por ejemplo, en Londres. Los ingleses son la raza más equilibrada del mundo.

—No, no lo son —protestó Dick.

—Sí lo son. Yo los conozco muy bien. Lo que quiero decir es que sería estupendo que alquilarais una casa en Londres para la primavera. Sé de una casa en Talbot Square, que podríais alquilar amueblada, que es un ensueño. Viviríais entre ingleses, gente sensata y muy equilibrada.

Baby habría pasado a continuación a repetirle todos los viejos clichés propagandísticos de la guerra del 14 si él no se hubiera echado a reír, diciendo:

—Acabo de leer un libro de Michael Arlen, y si eso es… Baby, blandiendo la cuchara de la ensalada, acabó con Michael Arlen de un solo movimiento.

—Arlen sólo escribe sobre degenerados. Yo me refiero a los ingleses que valen la pena.

Mientras ella ponía de esa manera el punto final sobre sus amigos, éstos fueron sustituidos en la mente de Dick únicamente por una visión de los rostros ajenos e inexpresivos que poblaban los pequeños hoteles de Europa.

—Desde luego, no es asunto mío —repitió Baby como preliminar para un nuevo ataque—, pero dejarla totalmente sola en un ambiente como ése…

—Tuve que ir a América porque mi padre murió.

—No, si lo entiendo. Ya te he dicho que lo sentía. Se puso a jugar nerviosamente con las uvas de cristal de su collar.

—Pero ahora tenemos tanto dinero. Hay dinero de sobra para cualquier cosa, y debería emplearse en curar a Nicole.

—En primer lugar, no me veo viviendo en Londres.

—Pero ¿por qué no? No veo por qué no vas a poder trabajar allí tan bien como en cualquier otra parte.

Dick se retrepó en su asiento y la observó. No cabía duda de que, si alguna vez había sospechado la sórdida verdad, la verdadera razón de la enfermedad de Nicole, había decidido negársela a sí misma y la había arrinconado en algún armario polvoriento como hacía con las pinturas que compraba por equivocación.

Continuaron la conversación en el Ulpia, que estaba en un sótano lleno de toneles de vino; un guitarrista muy dotado rasgueaba estruendosamente los acordes de Suona Fan para Mia. Collis Clay se acercó a saludarlos y se sentó con ellos.

—Es posible que yo no fuera la persona adecuada para Nicole —dijo Dick —. Pero, en todo caso, es muy probable que se hubiera casado con alguien parecido a mí, alguien n quien ella pensara que podía apoyarse… indefinidamente.

— ¿Tú crees que podría ser más feliz con algún otro? —exclamó de pronto Baby, como si estuviera pensando en voz alta—. Porque si es así, se podría arreglar.

Pero en cuanto vio a Dick estallar en una risa incontrolable, se dio cuenta de lo ridícula que había sido su observación.

—Bueno, ya me entiendes —dijo, como para tranquilizarle—. No te vayas

a creer que no estamos agradecidos por todo lo que has hecho. Y nos consta que no ha sido fácil.

— ¡Por Dios, Baby!, —protestó—. Si yo no quisiera a Nicole, tal vez fuera diferente.

—Pero ¿realmente la quieres? —preguntó alarmada. Collis estaba empezando a enterarse de la conversación y Dick se apresuró a cambiar de tema:

— ¿Y por qué no hablamos de otra cosa? De ti, por ejemplo. ¿Por qué no te casas? Alguien nos dijo que estabas prometida a Lord Paley, el primo de…

—Oh, no.

Se volvió tímida y esquiva.

—Eso fue el año pasado.

— ¿Por qué no te casas? —insistió Dick con obstinación.

—No sé. A uno de los hombres que quise lo mataron en la guerra y el otro me dejó.

—Cuéntamelo. Háblame de tu vida privada, Baby, de lo que piensas de las cosas. Nunca lo haces. Siempre hablamos de Nicole.

—Los dos eran ingleses. No creo que haya en el mundo un tipo de hombre superior a un inglés de primera, ¿no estás de acuerdo? O si lo hay, yo no lo he conocido. Este hombre… Oh, es una historia muy larga. Detesto las historias largas. ¿Tú no?

— ¡Desde luego! —dijo Collis.

—Yo no. Me gustan si son buenas.

—Eso es algo que tú haces tan bien, Dick. Eres capaz de mantener a un grupo animado con una frasecita de nada o un comentario de cuando en cuando. Me parece un don envidiable.

—Es un truco —se limitó a decir Dick. Con ésa eran tres las opiniones de ella con las que no estaba de acuerdo.

—Por supuesto, me gusta observar las convenciones sociales. Me gusta que las cosas sean como deben de ser, y en gran escala. A ti tal vez no te guste eso, pero debes reconocer que es un signo de solidez en mí.

Esta vez Dick ni siquiera se molestó en disentir de su opinión.

—Por supuesto, sé que la gente va diciendo que Baby Warren recorre toda Europa siempre a la caza de la última novedad y se está perdiendo lo mejor de la vida, pero creo, por el contrario, que soy una de las pocas personas que sabe

discernir realmente qué es lo mejor. He conocido a la gente más interesante de mi época.

Su voz se hizo opaca contra el sonido agudo de un nuevo número de guitarra, pero logró imponerse a él.

—He cometido muy pocos errores graves.

—Sólo los más graves, Baby.

Había notado un destello burlón en la mirada de Dick y cambió de conversación. Parecía imposible que pudieran tener nada en común. Sin embargo, había algo en ella que Dick admiraba, y se despidió de ella en el Excelsior con una serie de lisonjas que la dejaron deslumbrada.

Al día siguiente, Rosemary insistió en invitar a comer a Dick. Fueron a una pequeña trattoria que llevaba un italiano que había estado trabajando en América y comieron huevos con jamón y waffles. Después volvieron al hotel. Dick había descubierto que no estaba enamorado de ella, ni ella tampoco lo estaba de él, pero aquel descubrimiento, en lugar de ser causa de que disminuyera su pasión por ella, había hecho que aumentara. Ahora que sabía que no iba a ocupar un lugar más importante en su vida, se había convertido para él en una mujer misteriosa. Suponía que era eso simplemente lo que querían decir muchos hombres cuando decían que estaban enamorados.

Pero aquello nada tenía que ver con la apasionada sumisión del alma, la inmersión de todos los colores en un solo tinte oscuro que había sido su amor por Nicole. Cuando pensaba, por ejemplo, en la posibilidad de que Nicole muriera, o se hundiera en un vacío mental absoluto, o se enamorara de otro hombre, se sentía físicamente enfermo. Nicotera estaba en la salita de Rosemary y los dos hablaban de algún asunto profesional. Cuando Rosemary le dio a entender que ya era hora de que se fuera, se marchó entre protestas jocosas y dirigiéndole a Dick una mirada bastante insolente. Como de costumbre, el teléfono no cesó de sonar, y Rosemary estuvo hablando unos diez minutos mientras Dick se impacientaba cada vez más.

—Vamos a mi habitación —sugirió, y ella aceptó. Rosemary se echó en el amplio sofá con la cabeza apoyada en las rodillas de Dick y él se puso a jugar con los graciosos mechones que le caían sobre la frente.

— ¿Me dejas que siga siendo curioso? —preguntó.

— ¿Qué quieres saber?

—De hombres. Tengo curiosidad, por no decir un deseo enfermizo.

— ¿Lo que quieres saber es cuánto tardé después de conocerte a ti?

—O antes.

—Oh, no.

Pareció ofenderse.

—No hubo nada antes. Tú fuiste el primer hombre por el que sentí algo. Y sigues siendo el único por el que realmente siento algo.

Reflexionó un instante.

—Creo que fue un año después, más o menos.

— ¿Quién era?

—Oh, un hombre.

Ante su evasiva, la acosó.

— ¿A que yo mismo te lo puedo decir? La primera historia fue insatisfactoria y después hubo una gran laguna. La segunda fue mejor, pero en realidad no estabas enamorada de él. La tercera estuvo bien…

Era una tortura para él, pero siguió.

—Luego tuviste lo que era evidentemente una verdadera relación, pero para entonces ya habías empezada a preocuparte de no tener nada que ofrecer al hombre que finalmente amaras.

Se sentía cada vez más intransigente.

—Después tuviste media docena de aventuritas intrascendentes, hasta el momento actual. ¿Ha sido así o no? Ella rompió a reír, pero tenía lágrimas en los ojos.

No has acertado ni una —dijo, y Dick sintió un gran alivio—. Pero algún día encontraré a alguien a quien pueda amar de verdad y no le dejaré escapar.

En ese momento sonó el teléfono y Dick reconoció la voz de Nicotera, que preguntaba por Rosemary. Tapó el micrófono con la mano.

— ¿Quieres hablar con él?

Rosemary fue al teléfono y farfulló unas palabras en italiano que Dick no entendió.

—El día se pasa rápido con tanto hablar por teléfono —dijo Dick—. Son más de las cuatro y tengo una cita a las cinco. Más vale que vayas a divertirte con tu signora Nicotera.

—No seas tonto.

—Pues entonces, creo que mientras esté yo aquí no deberías contar con él.

—No es tan fácil como crees.

Se había puesto a llorar de pronto.

—Dick, de verdad te quiero. No he querido a nadie como a ti. Pero ¿qué me puedes ofrecer tú?

— ¿Y qué puede ofrecerle a nadie ese Nicotera?

—Es distinto.

«Porque la juventud atrae a la juventud».

— ¡Es un latino aceitoso! —dijo. Estaba loco de celos; no quería volver a sufrir.

—Es sólo un crío —dijo Rosemary, lloriqueando—: Sabes muy bien que para mí no hay nadie por encima de ti.

Dick reaccionó rodeándola con los brazos, pero ella se echó hacia atrás como si le fallaran las fuerzas. La tuvo así abrazada un rato, como si fueran las últimas notas de un adagio. Tenía los ojos cerrados y le colgaban los cabellos como a una ahogada.

—Dick, suéltame. No me he sentido más confusa en toda mi vida.

Era un pájaro malhumorado de penacho rojo e instintivamente se apartó de él, como si sus celos injustificados amenazaran con aplastar otros atributos que ella valoraba, como el respeto y la comprensión.

—Quiero saber la verdad —dijo Dick.

—De acuerdo. Nos vemos mucho y quiere casarse conmigo, pero yo no quiero. Eso es todo. ¿Qué quieres que haga yo? Tú nunca me has dicho que quieras casarte conmigo. ¿Qué quieres, que me pase el resto de mi vida tonteando con imbéciles como Collis Clay?

— ¿Estabas anoche con Nicotera?

— ¿Y a ti qué te importa? —contestó entre sollozos—. Perdóname, Dick. Claro que te importa. Tú y mamá sois las únicas personas que quiero en el mundo.

— ¿Y Nicotera?

— ¡Y yo qué sé!

Sus respuestas tenían un aire tan evasivo que la menor cosa que decía adquiría un significado oculto.

— ¿Es lo mismo que sentías por mí en París?

—Me siento a gusto y feliz cuando estoy contigo. En París era diferente. ¡Pero cómo se puede saber lo que se ha sentido años atrás! ¿Acaso tú puedes?

Dick se levantó y fue a coger la ropa que se iba a poner para salir. Aunque se le llenara el corazón de toda la amargura y el odio del mundo, no se iba a volver a enamorar de ella.

— ¡Nicotera no me importa nada! —afirmó Rosemary—. Pero mañana tengo que ir a Livorno con todo el equipo. ¡Oh, por qué habrá tenido que pasar esto!

De nuevo se puso a llorar.

— ¡Qué rabia me da! ¿Por qué tuviste que venir? ¿No habría sido mejor que nos hubiéramos quedado con el recuerdo? Me siento como si me hubiera peleado con mamá.

Al empezar Dick a vestirse, Rosemary se levantó y fue hacia la puerta.

—No voy a ir a la fiesta de esta noche.

Era su último esfuerzo.

—Me quedaré contigo. De todas maneras, no me apetece nada ir.

Dick empezó a sentir una nueva oleada de emoción, pero se contuvo.

—Estaré en mi cuarto —dijo ella—. Adiós, Dick. —Adiós.

— ¡Qué rabia me da! ¡Qué rabia! Pero ¿qué es lo que nos pasa realmente?

—Hace mucho tiempo que me lo pregunto. — ¿Y por qué me lo has tenido que volver a traer?

—Debo ser como la Peste —dijo Dick pausadamente——. Parece que ya no puedo hacer feliz a nadie.

XXII

Después de la cena, había cinco personas en el bar del Quirinal: una fulana italiana de bastante clase, que estaba sentada en un taburete e insistía en darle conversación al barman, el cual se limitaba a decir de vez en cuando con aire de aburrimiento: «Sí… Sí… Sí», un egipcio menudo con pretensiones sociales, que sin duda se sentía solo pero desconfiaba de la mujer, y los dos americanos.

Dick era siempre vivamente consciente de su entorno, mientras que a Collis Clay, que vivía de una manera vaga, las impresiones más agudas se le disolvían en un aparato de registro que se le había atrofiado a una edad muy temprana, de modo que el primero hablaba y el segundo escuchaba como el

que está sentado donde hay una corriente de aire.

Dick, que se había quedado agotado con todo lo que había ocurrido esa tarde, se estaba desquitando con los habitantes de Italia. Miraba en torno suyo como si esperara que algún italiano que se encontrara en el bar oyera lo que decía y se sintiera ofendido.

—Esta tarde fui a tomar el té con mi cuñada. Nos dieron la última mesa libre y entonces aparecieron dos tipos y se pusieron mirar a ver si encontraban una mesa, pero no había ninguna libre. Así que uno de ellos se acercó a donde estábamos y dijo: «¿No está reservada esta mesa para la princesa Orsini?», y yo le dije: «No había nada que lo indicara», y él dijo: «Pues creo que está reservada para la princesa Orsini». No le pude ni contestar.

— ¿Y qué hizo él?

—Se marchó.

Dick se revolvió en su silla.

—No me gusta esta gente. El otro día dejé a Rosemary dos minutos delante de una tienda y un militar se puso a dar vueltas delante de ella haciendo ademán de quitarse la gorra.

—No sé —dijo Collis al cabo de un rato—. Prefiero estar aquí que en París con alguien tratando de robarme la cartera cada minuto.

Lo estaba pasando muy bien y se resistía contra todo lo que amenazara con aguarle la fiesta.

—No sé —insistió—. No se está tan mal aquí.

Dick trató de representarse alguna imagen de los últimos días que se le hubiera quedado grabada en la mente. El paseo hasta las oficinas del American Express pasando por delante de las olorosas pastelerías de Via Nazionale y luego atravesando el pestilente túnel que desembocaba en las escalinatas de la Plaza de España, donde se elevaba su espíritu al ver los puestos de flores y la casa en la que había muerto Keats. Sólo le importaba la gente; en los lugares apenas se fijaba: lo único que le interesaba de ellos era el tiempo que hacía hasta que algún hecho tangible les daba color. El color de Roma era el del final de su sueño con respecto a Rosemary.

Apareció un botones que le entregó una nota:

«No he ido a la fiesta —decía—. Estoy en mi habitación. Nos vamos a Livorno mañana a primera hora».

Dick le volvió a dar la nota al muchacho con una propina.

—Dile a la señorita Hoyt que no me has encontrado.

Luego se volvió a Collis y le sugirió ir al Bonbonieri.

Examinaron a la fulana que estaba en el bar con el mínimo de interés que exigía su profesión y ella los miró a su vez, provocativa. Atravesaron el desierto vestíbulo animado por los tapices que conservaban en los pomposos pliegues el polvo de la época victoriana y saludaron con un gesto al portero de noche, que devolvió el saludo con el rencoroso servilismo propio de los sirvientes nocturnos. Luego tomaron un taxi que los llevó por calles tristonas en el relente de la noche de noviembre. No se veía ninguna mujer por las calles, sólo hombres pálidos con abrigos oscuros abotonados hasta el cuello que formaban pequeños grupos junto a los bordillos de fría piedra.

— ¡Ay Dios! —suspiró Dick.

— ¿Qué ocurre?

—Estaba pensando en el hombre ese de esta tarde. «Esta mesa está reservada para la princesa Orsini». ¿Sabe lo que son esas viejas familias romanas? Un hatajo de bandidos. Ellos fueron los que se apoderaron de los templos y los palacios después de la caída de Roma y saquearon al pueblo.

—A mí me gusta Roma —insistió Collis—. ¿Por qué no prueba a ir a las carreras?

—No me gustan las carreras.

—Pero va cantidad de mujeres…

—Estoy seguro de que aquí no hay nada que me pueda gustar. A mí me gusta Francia, donde todo el mundo se cree que es Napoleón. Aquí todo el mundo se cree que es Jesucristo.

En el Bonbonieri bajaron al cabaret, una sala hecha con paneles de aspecto irremediablemente transitorio en medio de la fría piedra. Una orquesta tocaba desganadamente un tango y unas doce parejas ocupaban la amplia pista con esos pasos de baile complicados y afectados que a un norteamericano le ofenden a la vista. El exceso de camareros excluía la posibilidad de que se produjera el tipo de alboroto que hasta unos pocos tipos bulliciosos pueden crear. Lo único que animaba aquella escena era un aire general de estar esperando que algo —no se sabía si el baile, la noche o el equilibrio de fuerzas que la sostenían— cesara. Era suficiente para convencer al cliente impresionable de que lo que andaba buscando, fuera lo que fuera, no lo iba a encontrar allí.

Para Dick aquello estaba clarísimo. Miró en torno a sí confiando en encontrar algo que pudiera distraer su mente, ya que no despertar su imaginación, durante una hora. Pero no había nada, y al cabo de un rato se volvió a Collis. Había hecho partícipe a éste de algunos de sus pensamientos

actuales y ya estaba harto de tener un público con tan poca memoria y tan poco receptivo. Media hora con Collis bastaba para que su propia energía vital se viera claramente afectada.

Se bebieron una botella de vino espumoso italiano y Dick se puso pálido y empezó a armar bulla. Invitó al director de la orquesta a que fuera a su mesa. Era un negro de las Bahamas engreído y desagradable, y a los pocos minutos se pusieron a discutir.

—Usted dijo que me sentara.

—Está bien. Y le di cincuenta liras, ¿no?

—Está bien. Está bien. Está bien.

—Está bien. Le di cincuenta liras, ¿no? ¡Y entonces usted me dijo que pusiera algo más en la trompeta! —Usted me dijo que me sentara. ¿Sí o no?

—Le dije que se sentara pero le di cincuenta liras. ¿Sí o no?

—Está bien. Está bien.

El negro se levantó con aire desabrido y se marchó, dejando a Dick de peor humor aún del que estaba. Pero vio una chica al otro extremo de la sala que le sonreía e inmediatamente las difusas formas romanas que le rodeaban adquirieron un aire más asequible y cotidiano. Era una inglesita rubia con una cara muy inglesa, bonita y de aspecto saludable, y le volvió a sonreír. Dick entendía perfectamente aquel tipo de sonrisa, que negaba toda posibilidad de contacto carnal aun cuando pareciera que lo estaba proponiendo.

—O no sé jugar al bridge o ésa ha sido una jugada muy rápida —dijo Collis.

Dick se levantó y atravesó la sala hasta llegar a donde estaba ella.

— ¿Quiere bailar?

El inglés de mediana edad con el que estaba sentada dijo, casi disculpándose:

—Yo me voy a ir pronto.

Tan excitado estaba Dick que se le había pasado la embriaguez. Bailó con la muchacha, que le sugería las cosas más agradables de Inglaterra; en su voz diáfana estaba implícita la historia de unos jardines tranquilos rodeados por el mar. Se echó ligeramente hacia atrás para mirarla; sentía tan sinceramente lo que le decía que le temblaba la voz. Ella prometió ir a sentarse con ellos dos en cuanto se marchara su acompañante. Éste, cuando Dick la acompañó a la mesa después del baile, se deshizo en disculpas y sonrisas.

De vuelta en su mesa, Dick pidió otra botella de vino espumoso.

—Se parece a una artista de cine —dijo—. No me acuerdo de cuál.

Miró hacia donde estaba la muchacha con impaciencia.

—No sé por qué no viene ya.

—Me gustaría trabajar en el cine —dijo Collis; pensativo—. Mi padre espera que trabaje con él, pero no me atrae mucho. ¡Veinte años sentado en una oficina en Birmingham!

Parecía resistirse con la voz a la presión de la civilización materialista.

— ¿Es que lo considera un trabajo indigno de usted? —sugirió Dick.

—No, no quiero decir eso.

—Yo creo que sí.

— ¿Y usted qué sabe? ¿Por qué no se pone a ejercer la medicina, si tanto le gusta trabajar?

Dick había conseguido que también el otro se pusiera de pésimo humor, pero como al mismo tiempo la bebida los tenía en un estado de semiinconsciencia, enseguida olvidaron el incidente. Collis se levantó para irse y se dieron un apretón de manos cordial.

—Piénseselo bien —dijo Dick en tono solemne.

— ¿Qué es lo que me tengo que pensar bien? —Pues eso.

Tenía idea de que era algo relacionado con que tenía que ponerse a trabajar con su padre. Un buen consejo.

Clay se esfumó. Dick se acabó la botella y luego volvió a bailar con la chica inglesa, forzando a su cuerpo reacio a dar vueltas atrevidas y pasos de marcha llenos de decisión por la pista de baile. Y de pronto ocurrió algo inexplicable. Estaba bailando con la chica, paró la orquesta y ella había desaparecido.

— ¿La ha visto usted?

— ¿A quién?

—A la chica con la que estaba bailando. Ha desaparecido de repente. Tiene que estar aún en el local…

— ¡No! ¡No! Ésos son los lavabos de señoras.

Se quedó en la barra del bar. Había otros dos hombres allí, pero no se le ocurría nada con que iniciar una conversación. Les podría haber contado todo lo que sabía de Roma y los orígenes violentos de las familias Colonna y Gaetani, pero se daba cuenta de que, como comienzo, resultaba más bien

abrupto. De la repisa de los cigarros se cayó de repente al suelo toda una hilera de muñecas rusas; se armó el alboroto consiguiente y Dick tenía la sensación de ser él el que lo había causado, así que volvió al cabaret y se tomó un café cargado. Collis se había marchado, la inglesita se había marchado y no parecía que pudiera hacer otra cosa que regresar al hotel y dejarse caer en la cama, deprimido como estaba. Pagó la cuenta y recogió el sombrero y el abrigo.

Había agua sucia en los arroyos y entre los toscos adoquines; empañaba el aire de la mañana una bruma pantanosa de la Campagna, como el sudor de cultivos agotados. Dick se vio rodeado por un cuarteto de taxistas a los que les bailaban los ojillos en sus bolsas oscuras. Apartó de un manotazo a uno de ellos que en su insistencia parecía echársele encima.

—Quanto a Hotel Quirinal.

—Cento lire.

Seis dólares. Hizo un gesto negativo con la cabeza y ofreció treinta liras, que era el doble de la tarifa de día, pero se encogieron de hombros como un solo hombre e hicieron ademán de alejarse.

—Trente-cinque liras e mancie —dijo con firmeza.

—Cento lire.

Se puso a hablar en inglés.

— ¡Pero si está a menos de un kilómetro! Les pago cuarenta liras.

—Oh, no.

Estaba muy cansado. Abrió la puerta de uno de los taxis y se metió dentro.

— ¡Hotel Quirinal! —dijo al taxista, que seguía obstinado fuera del taxi—. Deje de mirarme con esa cara de burla y lléveme al Quirinal.

—Ah, no.

Dick salió del taxi. Junto a la puerta del Bonbonieri un hombre estaba discutiendo con los taxistas y trató de explicarle a Dick cuál era la actitud de éstos; uno de ellos volvió a acercarse, insistiendo y gesticulando, y Dick lo apartó de un empujón.

—Quiero ir al Hotel Quirinal.

—Dise quiere siento lire —explicó el intérprete.

—Sí, ya lo sé. Le doy cincuenta liras. Lárguese de una vez.

Esto último se lo había dicho al que más insistía, que había vuelto a pegársele. El hombre le miró y escupió con desprecio.

Dick sintió cómo se le acumulaba de golpe toda la vehemente impaciencia de esa semana hasta no quedarle otro desahogo que la violencia, que era el recurso tradicional, el recurso honorable de su país; dio un paso adelante y abofeteó a aquel hombre.

Se lanzaron todos sobre él, amenazantes, agitando los brazos y tratando de rodearle sin conseguirlo. Dick, de espaldas contra la pared, asestaba golpes al azar, medio riéndose, y durante unos minutos representaron ante la puerta aquella parodia de pelea, en la que todo eran empujones, acometidas frustradas y puñetazos en el vacío. De pronto Dick dio un traspié y se cayó al suelo; se había hecho daño, pero trató de levantarse luchando contra brazos que de repente se apartaron. Había intervenido alguien, una voz nueva, y empezó una nueva discusión, pero él se apoyó en la pared, jadeante y furioso por el oprobio de que había sido objeto. Se daba cuenta de que nadie se ponía de su parte, pero se negaba a considerar que la razón no fuera suya. Iban a ir a la comisaría de policía a zanjar aquel asunto. Recuperaron su sombrero y se lo entregaron; alguien le agarró del brazo sin hacer presión apenas y, junto con los taxistas, dio la vuelta a la esquina y entró en una habitación inhóspita en donde unos carabiniere holgazaneaban a la luz mortecina de una bombilla.

Ante una mesa estaba sentado un capitán, a quien el solícito individuo que había parado la pelea le explicó detalladamente en italiano lo que había pasado, señalando de vez en cuando a Dick y dejándose interrumpir por los taxistas, que soltaban entrecortados insultos y acusaciones. El capitán comenzó a sacudir la cabeza con impaciencia. Levantó la mano y la hidra de cuatro cabezas, con unas cuantas exclamaciones últimas, cesó su discurso. Luego se volvió a Dick.

— ¿Habla italiano? —preguntó.

—No.

— ¿Habla français?

—Oué —dijo Dick, mirándole ceñudo.

—Alors. Écoute. Va au Quirinal. Espèce d'endormi. Écoute: vous êtes saoûl. Payez ce que le chauffeur demande. Comprenez-vous?

Dick negó con la cabeza.

—Non, je ne veux pas.

—Comme?

—Je paierai quarante lires. C’est bien assez. El capitán se levantó.

—Écoute! —gritó en tono amenazador—. Vous étes saoúl. Vous avez battu le chauffeur. Comme ci, comme ça.

Se puso a dar golpes al aire, acalorado, con la mano derecha y luego con la izquierda.

—C'est bon que je vous donne la liberté ce qu'il Payez un dit. Cento lire Va au Quirina.

Furioso al sentirse humillado, Dick se encaró con él.

—Muy bien.

Se dirigió ciego de rabia a la puerta. Ante él, mirándole con aire socarrón, estaba el que le había llevado a la comisaría.

— ¡Me iré! —gritó—. Pero antes le voy a dar su merecido a este tipo.

Pasó ante los carabinieri, que le miraban boquiabiertos, y al llegar al que sonreía burlón le asestó un formidable directo con la izquierda en la mandíbula. El hombre cayó desplomado.

Por un momento se quedó contemplándolo con salvaje expresión de triunfo. Pero justo cuando le empezaba a entrar un asomo de duda todo pareció dar vueltas en torno a él. Lo derribaron a porrazos y se pusieron a darle puñetazos y puntapiés con las botas a un ritmo salvaje. Sintió que se le partía la nariz como si fuera un trozo de madera y que se le saltaban los ojos como si estuvieran sujetos con gomas dentro de la cabeza. De un fuerte pisotón le hicieron astillas una costilla. Perdió el conocimiento momentáneamente y cuando lo recobró lo habían sentado y le estaban poniendo unas esposas. Se resistió automáticamente. El teniente de paisano al que había derribado se tocaba la mandíbula con un pañuelo y luego lo examinaba para ver si tenía sangre. Se acercó a Dick, afirmó los pies en el suelo y, tomando impulso con el brazo, lo tumbó de un solo golpe.

Mientras el doctor Diver yacía inmóvil en el suelo, le echaron agua encima con un cubo. Luego le arrastraron, amarrándole por las muñecas y, logrando abrir un ojo apenas, reconoció, a través de una bruma ensangrentada, el rostro espectral de uno de los taxistas.

—Vaya al Hotel Excelsior —le dijo con un hilillo de voz—. Avise a la señorita Warren. ¡Doscientas liras! Señorita Warren. Due centi lire. ¡Oh, cerdos…! Oh Dios…

Se ahogaba y sollozaba mientras le seguían arrastrando a través de la bruma ensangrentada por vagas superficies irregulares hasta que llegaron a un cuartucho y lo dejaron caer sobre un suelo empedrado. Los demás salieron, se oyó un portazo y se encontró solo.

XXIII

Baby Warren había estado tendida en la cama hasta la una leyendo uno de los relatos curiosamente insulsos de Marion Crawford cuya acción ocurría en Roma; cuando lo terminó, se levantó y se puso a mirar por la ventana lo que pasaba en la calle. Enfrente del hotel, dos carabinieri, de apariencia ridícula con las capas que los envolvían y las gorras de arlequín, se movían pesadamente de un lado a otro, como la vela mayor de un barco al virar éste, y mirándolos se acordó del oficial de la Guardia que le había dirigido miradas intensas durante el almuerzo. Tenía la arrogancia propia de los hombres altos de un país de bajos, como si no tuviera otra obligación que la de ser alto. Si se le hubiera acercado y le hubiera dicho: «¡Vámonos!», le habría contestado: «¿Y por qué no?», o al menos eso era lo que pensaba ahora, pues todo le seguía pareciendo irreal en aquel ambiente que le era tan ajeno.

—Vagaron sus pensamientos, pasando lentamente del oficial a los dos carabinieri y de éstos a Dick. Se volvió a meter en la cama y apagó la luz.

Un poco antes de las cuatro la despertaron bruscamente unos golpes en la puerta.

—Sí. ¿Quién es?

—El portero, señora.

Se puso el kimono y abrió la puerta con aire soñoliento.

—Su amigo Divere está en lío. Lío con la policía y está en prisión. Mandó taxi para decir y el taxista dice que prometió doscientas liras.

Hizo una prudente pausa para ver si estaba de acuerdo con esa cifra y luego siguió.

—El taxista dice que el señor Divere está en mucho lío. Ha peleado con la policía y está herido muy mal. —Bajo enseguida.

El corazón le latía furiosamente mientras se vestía. Diez minutos después salía del ascensor al vestíbulo en penumbra. El taxista que había traído el recado se había marchado ya; el portero le consiguió otro taxi y le dijo al taxista las señas de la cárcel. Mientras iban en el taxi, la oscuridad empezaba a disiparse lentamente y los nervios de Baby, aún no despiertos del todo, se resentían de aquel inestable equilibrio entre la noche y el día. En su mente inició una carrera contra el día. A veces, en las anchas avenidas, era ella la que ganaba, pero cada vez que la incipiente claridad hacía una pequeña pausa, se veía empujada por ráfagas de viento que, impacientes, la obligaban a continuar su lenta ascensión. El taxi pasó ante una ruidosa fuente cuya agua al caer formaba una sombra voluminosa, torció y se metió en una callejuela de

trazado tan curvo que los edificios se habían combado y estirado para poder seguirlo, pasó dando tumbos y traqueteando por suelos adoquinados y se paró con una sacudida ante dos garitas de centinela que destacaban contra un muro húmedo y verdoso. De pronto, desde la oscuridad violácea de un corredor llegó la voz de Dick, que gritaba desgañitándose.

— ¿No hay ningún inglés? ¿No hay ningún americano? ¿No hay ningún inglés? ¿No hay ningún…? ¡Oh Dios! ¡Cerdos italianos!

Su voz se apagó y Baby oyó un ruido sordo de golpes en la puerta. Luego volvió a oírse la voz de Dick.

— ¿Es que no hay ahí ningún americano? ¿Ningún inglés?

Baby recorrió el pasillo siguiendo la voz hasta que, al llegar a un patio, se quedó un momento desorientada y por fin localizó la salita de guardia de donde procedían los gritos. Dos carabinieri se pusieron en pie sobresaltados al verla, pero Baby pasó ante ellos rápidamente y se dirigió a la puerta de la celda.

— ¡Dick! —exclamó—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Me han sacado un ojo —dijo Dick con voz lastimera—. Me pusieron las esposas y luego me golpearon, los malditos… los…

Baby, echando chispas por los ojos, dio un paso hacia los dos carabinieri.

— ¿Qué le han hecho? —murmuró, con tal fiereza que los dos se echaron hacia atrás previendo que iba a tener un acceso de ira.

—Non capisco inglese.

Los maldijo en francés. Su furia era tal que dominaba todo aquel espacio y envolvía a los dos hombres, hasta que éstos se amilanaron y trataron de quitarse de encima todo el peso de la culpa que dejaba caer sobre ellos.

— ¡Hagan algo! ¡Hagan algo!

—No podemos hacer nada mientras no nos lo ordenen.

—Bene. Bay-nay! Bene!.

Una vez más consiguió Baby que su cólera les afectara de tal modo que se deshicieron en disculpas por no poder hacer nada y se miraron convencidos de que debía haber pasado algo terrible. Baby fue hasta la puerta de la celda, se apoyó en ella, casi acariciándola, como si de ese modo Dick pudiera sentir su presencia y su poder, y exclamó:

—Me voy a la Embajada. Volveré.

Tras lanzar a los carabinieri una última mirada furibunda, salió

apresuradamente de allí.

Fue en taxi hasta la Embajada americana y al llegar allí tuvo que pagar al taxista, que se negaba a esperarla. Seguía siendo de noche cuando subió las escaleras y apretó el timbre. Tuvo que apretarlo tres veces hasta que al fin le abrió la puerta el portero con aire soñoliento.

—Necesito ver a alguien —dijo ella—. A quien sea. Pero dese prisa.

—No hay nadie despierto todavía, señora. No abrimos hasta las nueve.

Con un gesto de impaciencia, Baby pasó por alto aquella mención de la hora.

—Es importante. Le han dado una paliza terrible a una persona… a un ciudadano americano. Está en la cárcel italiana. —No hay nadie despierto. A las nueve…

—No puedo esperar. Le han sacado un ojo… es mi cuñado, y se niegan a dejarlo en libertad. ¿No se da cuenta de que tengo que hablar con alguien? ¿Está usted loco? ¿Qué hace ahí parado mirándome como un idiota?

Yo no puedo hacer nada, señora.

— ¡Tiene que despertar a quien sea!

Le agarró por los hombros y le dio una sacudida violenta.

—Es un asunto de vida o muerte. Como no despierte a alguien, no respondo de lo que le pase a usted…

—Haga el favor de no ponerme las manos encima, señora.

Desde arriba, a espaldas del portero, llegó como flotando una voz cansina con acento de Groton.

— ¿Qué pasa ahí?

El portero contestó aliviado.

—Es una señora. Y me está agrediendo.

Había dado un paso atrás para contestar y Baby irrumpió en el vestíbulo. En uno de los rellanos superiores de la escalera había un joven de aspecto singular, envuelto en una bata persa blanca con bordados, que claramente acababa de despertarse. Tenía la cara rosa, pero de un rosa monstruoso y artificial, vivo y a la vez inanimado, y tenía la boca tapada con lo que parecía ser una mordaza. Al ver a Baby movió la cabeza hacia atrás para que quedara en penumbra.

— ¿Qué pasa? —repitió.

Baby se lo explicó, abriéndose paso en su agitación hacia las escaleras. Mientras le contaba lo sucedido, se dio cuenta de que lo que había tomado por mordaza era en realidad una especie de venda para el bigote y que tenía la cara cubierta de crema de color rosa, lo que encajaba perfectamente en aquella pesadilla que estaba viviendo. Lo que tenía que hacer, insistió con vehemencia, era acompañarla a la cárcel inmediatamente y sacar de allí a Dick.

—Mal asunto es ése —dijo él.

—Sí —asintió Baby en tono conciliatorio—. ¿Qué?

—Eso de enfrentarse a la policía.

Empezó a insinuarse en su voz un tono de ofensa personal.

Me temo que no se va a poder hacer nada hasta las nueve.

— ¡Hasta las nueve! —repitió Baby horrorizada—. ¡Pero algo podrá hacer usted! ¿Por qué no viene a la cárcel conmigo para asegurar que no le vuelvan a hacer daño?

—No estamos autorizados para ese tipo de cosas. De eso se encarga el Consulado. El Consulado abre a las nueve.

La impasibilidad de su rostro, constreñido por la tira que sujetaba el bigote, acabó de irritar a Baby.

—Pues no puedo esperar hasta las nueve. Mi cuñado dice que le han sacado un ojo. ¡Está herido de gravedad! Tengo que volver allí. Tengo que encontrar un médico.

Decidió no dominarse más y lloraba exasperadamente al hablar, pues sabía que una escena de nervios tendría más efecto sobre él que todo lo que pudiera decir.

—Tiene que hacer algo para arreglarlo. Su obligación es proteger a los ciudadanos americanos cuando tienen algún problema.

Pero él era de la costa este y más duro de lo que Baby esperaba. Moviendo la cabeza con un gesto que indicaba que estaba teniendo mucha paciencia con ella, a pesar de que se negaba a entender su posición, se ciñó más la bata persa y descendió unos peldaños.

—Dele a esta señora las señas del Consulado —le dijo al portero— y busque las señas y el teléfono del doctor Colazzo y déselos también.

Se volvió a Baby con la expresión de un Cristo enojado.

—Señora mía: el cuerpo diplomático representa al Gobierno de los Estados Unidos ante el Gobierno de Italia. No le incumbe para nada la protección de

los ciudadanos, salvo si recibe instrucciones específicas del Departamento de Estado. Su cuñado ha infringido las leyes de este país y lo han metido en la cárcel, igual que podrían meter en la cárcel a un italiano en Nueva York. Los únicos que lo pueden poner en libertad son los tribunales italianos y si su cuñado tiene motivos para presentar una denuncia, puede usted obtener asistencia y asesoramiento en el Consulado, que se encarga de proteger los derechos de los ciudadanos americanos. El Consulado no abre hasta las nueve. Yo no podría hacer nada aunque se tratara de mi propio hermano y…

— ¿No podría llamar usted al Consulado? —interrumpió Baby.

—No podemos injerimos en los asuntos del Consulado. A las nueve, cuando el cónsul llegue…

— ¿No me puede dar usted la dirección de su domicilio? Tras una minúscula pausa, negó con la cabeza. Cogió la nota que el portero le tendía y se la entregó a Baby. —Y ahora, si me lo permite…

Se las había arreglado para llevarla hasta la puerta; durante un instante, la luz violeta del alba iluminó crudamente la máscara rosa y la tira de tela que sujetaba el bigote. Y de pronto, Baby se encontró sola en la escalinata: había estado en la Embajada diez minutos.

La plaza a la que daba estaba casi totalmente vacía: sólo había un viejo recogiendo colillas con un palo con púas. Baby tomó un taxi y fue al Consulado, pero allí no había más que tres pobres mujeres fregando las escaleras. No consiguió hacer que entendieran que quería saber la dirección del cónsul. De pronto le volvió a entrar la preocupación y salió corriendo y le dijo al taxista que la llevara a la cárcel. Aquél no sabía dónde estaba, pero usando las palabras sempre dritte, destra y sinistra consiguió que la llevara hasta un lugar cercano, donde se bajó y se lanzó a explorar un laberinto de callejas que creía reconocer. Pero todos los edificios y las callejas parecían iguales. Siguiendo una pista salió a la Plaza de España y se animó al ver la palabra «American» en el rótulo de las oficinas de la American Express. Había luz en la ventana y atravesó la plaza apresuradamente, pero la puerta estaba cerrada y vio que eran las siete en el reloj que había dentro. Entonces se acordó de Collis Clay.

Recordaba cómo se llamaba su hotel, una villa anticuada forrada de felpa roja que estaba enfrente del Excelsior. La mujer que estaba en recepción no parecía dispuesta a ayudarla: no estaba autorizada a entrar sin avisar en el cuarto del señor Clay y se negaba a dejar subir sola a la señorita Warren; finalmente, tras convencerse de que no se trataba de un asunto amoroso la acompañó arriba.

Collis yacía desnudo en su cama. La noche anterior había llegado bastante

borracho y, al despertarse, tardó un rato en darse cuenta de que estaba desnudo. Trató de compensarlo con un exceso de recato. Se llevó la ropa al cuarto de baño y se vistió apresuradamente, mientras murmuraba para sus adentros: «¡Caray! Desde luego me ha visto todo lo que me podía ver». Tras hacer varias llamadas telefónicas, averiguaron dónde estaba la cárcel y allí se dirigieron.

La puerta de la celda estaba abierta y Dick estaba repantigado en una silla en la sala de guardia. Los carabinieri le habían limpiado parte de la sangre que tenía en la cara, le habían peinado someramente y le habían encasquetado el sombrero de forma que le tapara casi toda la cara. Baby permaneció en la entrada. Estaba temblando.

—El señor Clay se quedará contigo —dijo—. Voy a ver si consigo ver al cónsul y traerte un médico.

—Muy bien.

—No hagas nada y quédate tranquilo.

—Sí.

—Hasta luego.

Fue en taxi hasta el Consulado. Ya eran más de las ocho y la dejaron esperar en la antesala. El cónsul llegó hacia las nueve, y Baby, histérica por lo impotente y lo agotada que se sentía, repitió toda la historia. El cónsul se irritó. Le dijo que no había que enzarzarse en peleas en una ciudad extraña, pero lo que más parecía importarle era que esperase afuera. Con desesperación, Baby leyó en sus ojos de persona mayor que deseaba mezclarse lo menos posible en aquella catástrofe. Mientras esperaba una decisión suya, empleó el tiempo en telefonear a un médico para que fuera a ocuparse de Dick. Había otras personas en la antesala y a algunas de ellas las hicieron pasar al despacho del cónsul. Pasada media hora, Baby aprovechó el momento en que salía alguien para pasar precipitadamente por delante de la secretaria y meterse en el despacho.

— ¡Esto es intolerable! A un norteamericano le han dado una paliza que casi lo matan y lo han metido en la cárcel y usted no hace nada por ayudarle.

—Un momento, señora…

—Ya he esperado bastante. ¡Venga inmediatamente conmigo a la cárcel y sáquelo de allí!

—Señora…

—Mi familia es muy importante en los Estados Unidos. (Se le iba endureciendo el gesto a medida que hablaba). Si no fuera por el escándalo

que… Ya me encargaré yo de que queden bien informadas las personas pertinentes de la indiferencia que ha mostrado usted en este asunto. Si mi cuñado fuera ciudadano británico, hace ya horas que estaría en libertad, pero a usted le preocupa más lo que pueda pensar la policía que cumplir con sus deberes de cónsul.

—Señora…

—Póngase el sombrero y venga conmigo inmediatamente.

Que mencionara su sombrero pareció alarmar al cónsul, que empezó a limpiarse los cristales de las gafas apresuradamente y a desordenar sus papeles. De nada le sirvió aquello: tenía ante sí a la Mujer Norteamericana en estado de excitación; nada podía hacer ante aquel temperamento irracional que barría con todo, que había acabado con el espíritu de toda una raza y había convertido todo un continente en una guardería infantil. Telefoneó al vicecónsul: Baby había ganado.

Dick estaba sentado al sol que entraba profusamente por la ventana de la sala de guardia. Con él estaban Collis y dos carabinieri, y todos parecían esperar que pasara algo. Con la limitada visión que le quedaba en un ojo, Dick podía ver a los carabinieri. Eran campesinos toscanos con el labio superior corto y le resultaba difícil relacionarlos con la brutalidad de la noche anterior. Le pidió a uno de ellos que le trajera un vaso de cerveza.

La cerveza le puso un poco alegre y por un momento consideró todo lo ocurrido con cierto humor sarcástico. Collis tenía la impresión de que la muchacha inglesa tenía algo que ver con todo el lío, pero Dick estaba seguro de que había desaparecido mucho antes de que ocurriera nada. Collis seguía dando vueltas al hecho de que la señorita Warren lo hubiera encontrado desnudo en la cama.

A Dick se le había pasado algo la indignación y tenía una profunda sensación de irresponsabilidad penal. Lo que le había ocurrido era tan horrible que nada podía cambiarlo, salvo que consiguiera borrarlo totalmente de su memoria y, como esto no era nada probable, estaba desesperado. A partir de aquel momento iba a ser una persona diferente, y en el estado de hipersensibilidad en que se encontraba, se hacía ideas sumamente extrañas de cómo iba a ser esa nueva persona. Aquello parecía tener el carácter impersonal de un caso de fuerza mayor. Ningún ario adulto es capaz de sacar provecho de una humillación. Si llega a perdonarla, es porque ya ha pasado a formar parte de su vida, se ha identificado con aquello que le humilló. Pero en este caso no parecía posible que ello ocurriera.

Cuando Collis habló de tomar represalias, Dick sacudió la cabeza y no dijo nada. Entonces entró en la sala con tres hombres un teniente de carabinieri de

aspecto reluciente, desplegando gran energía y vitalidad, y los guardias saltaron a posición de firmes. Agarró la botella de cerveza vacía y reprendió severamente a sus subordinados. Estaba animado de un nuevo sentido del orden, y lo primero que había que hacer era sacar aquella botella de cerveza de la sala de guardia. Dick miró a Collis y se echó a reír.

Llegó el vicecónsul, un joven recargado de trabajo que se llamaba Swanson, y se dirigieron al juzgado, Collis y Swanson uno a cada lado de Dick y los dos carabinieri detrás, a corta distancia. Era una mañana brumosa, amarillenta. Las plazas y los soportales estaban llenos de gente, y Dick, con el sombrero calado hasta las orejas, caminaba deprisa, marcando el ritmo de la marcha, hasta que uno de los carabinieri de piernas cortas se adelantó para quejarse. Swanson lo tranquilizó.

—Les he deshonrado, ¿no? —dijo Dick en tono jovial.

—Se expone uno a que lo maten luchando con italianos —replicó Swanson tímidamente—. Por esta vez quizá lo dejen en libertad, pero si fuera usted italiano no le libraba nadie de pasar un par de meses en la cárcel.

— ¿Ha estado usted en la cárcel alguna vez? Swanson se echó a reír.

—Me cae bien —le anunció Dick a Clay—. Es un joven muy agradable y da excelentes consejos, pero apuesto a que él también ha estado en la cárcel. Seguro que se ha pasado semanas encerrado.

Swanson volvió a reír.

—Lo que le quiero decir es que tenga más cuidado. No sabe cómo es esta gente.

— ¡Sé perfectamente cómo son! —exclamó Dick, irritado—. Son unos canallas.

Y volviéndose a los carabinieri, les dijo:

— ¿Han oído eso?

—Le tengo que dejar —dijo Swanson precipitadamente—. Ya se lo dije a su cuñada y nuestro abogado le estará esperando arriba en la sala. Sea prudente.

—Adiós —dijo Dick, dándole la mano cortésmente—. Muchísimas gracias. Presiento que va usted a hacer carrera.

Con una última sonrisa, Swanson se marchó apresuradamente, y su cara volvió adoptar la expresión oficial de desaprobación.

Entonces pasaron a un patio rodeado por sus cuatro lados de escaleras exteriores que llevaban a las salas del piso superior. Al cruzar el patio fueron

recibidos con una serie de gruñidos, siseos y abucheos por los grupos de gente que había allí, al parecer esperando a alguien, y oyeron voces llenas de ira y desprecio. Dick miró a su alrededor sin comprender.

— ¿Qué es eso? —preguntó horrorizado.

Uno de los carabinieri dijo unas palabras a un grupo de hombres y dejaron de oírse las voces.

Entraron en la sala del tribunal. Un abogado italiano de aspecto zarrapastroso, enviado por el Consulado, le estuvo hablando al juez un largo rato mientras Dick y Collis esperaban a un lado. Alguien que sabía inglés y que estaba junto a la ventana que daba al patio se les acercó y les explicó el motivo de aquel tumulto con que se habían encontrado a su paso por el patio. Un individuo de Frascati que había violado y matado a una niña de cinco años tenía que comparecer esa mañana y la gente había supuesto que era Dick.

Pasados unos minutos, el abogado le dijo a Dick que era libre. El tribunal consideraba que ya había recibido suficiente castigo.

— ¡Suficiente! —exclamó Dick—. ¿Y castigo por qué?

—Vámonos —dijo Collis—. No puede hacer ya nada.

—Pero ¿qué es lo que hice, aparte de pelearme con unos taxistas?

—Ellos alegan que se acercó a un inspector de policía como si fuera a darle la mano y le dio un puñetazo.

— ¡Eso no es cierto! Le dije que le iba a dar un puñetazo… No sabía que era inspector de policía.

—Es mejor que se vaya —le apremió el abogado.

—Vámonos.

Collis le agarró del brazo y bajaron las escaleras.

— ¡Quiero pronunciar un discurso! —gritó Dick—. Quiero explicar a esta gente cómo violé a una niña de cinco años. Seguramente fui yo…

—Vamos.

Baby les aguardaba con un médico en un taxi. Dick no tenía ganas de mirarla y le desagradó el médico, que con sus modales severos demostraba pertenecer a uno de los tipos de europeo más insoportables: el moralista de país latino. Dick resumió su versión de lo que había ocurrido, pero los otros no parecían tener mucho que decir. En su habitación del Quirinal el médico le limpió la sangre que aún le quedaba en la cara y el sudor grasiento, le compuso la nariz y las costillas y los dedos fracturados, le desinfectó las heridas más leves y le cubrió el ojo con una venda, esperando que así se

curara. Dick pidió una pequeña dosis de morfina, pues seguía despabilado y lleno de energía nerviosa. Con la morfina consiguió dormirse. El médico y Collis se marcharon y Baby se quedó con él hasta que llegara una enfermera que habían pedido en el sanatorio inglés. Había sido una noche terrible, pero a ella le quedaba la satisfacción de saber que, a partir de aquel momento, e independientemente de cuál hubiera sido el comportamiento anterior de Dick, su familia tenía una superioridad moral sobre él que podría hacer valer mientras les siguiera siendo de alguna utilidad.

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es